

Bronce dorado

Maricela Guerrero



Lumen

Bronce dorado

Maricela Guerrero

Lumen

narrativa

Para Santiago y Eliseo, siempre

Como lo dice Gilles Deleuze en *El abecedario*, en «r» como revolución:

> Todas las revoluciones fracasan. Todo el mundo lo sabe. Y fingimos redescubrirlo. Hay que ser un poco idiota. [...] Que las revoluciones encallen, que las revoluciones acaben mal, jamás impidió a las personas, ni hace que las personas no devengan revolucionarias. [...] El asunto de las personas en las situaciones de tiranía, de opresión, es efectivamente devenir revolucionarias. Porque no hay otra cosa que hacer.

Inscripciones

Cuatro fotografías con cara de «se busca» sin anteojos, sin idea de lo que va a pasar, en blanco y negro como película de Juan Orol, cabello recogido y sin aretes.

Acta de nacimiento donde dice que hubo una vez un papá y hubo una vez una mamá, que estuvieron casados y hubo un cuarteto de abuelos y abuelas. En el acta no consta que los papás se han separado y que al padre no se lo ha visto hace algunos años.

Certificado de sexto de primaria, escuela de paga a dos colonias de distancia, aspiracional con ganas de acomodarse mejor.

Uniforme de diario: falda gris Oxford, talla enorme; suéter verde expandible, descosible, calcetas del color del grado: por esta ocasión, las de primero: verdes como las rejas de Chapultepec. *Las rejas de Chapultepec son verdes, son buenas, son nuevas, nomás para usted.* Para el futuro, en segundo, serán grises de Oxford como la corona inglesa, como las ratas y esa tristeza que no sé de dónde se fue adhiriendo a algunos de los pensamientos de la protagonista, y para tercero: blancas como los lunes blancos, en blanco, calzones blancos, brasier blanco, chazarilla blanca, *chores* blancos, dientes blancos para que brillen en la oscuridad y pueda verse, así, sonriente.

Zapatos negros, choclos de suela de goma como las de las botas de Alaska, *¿dónde está nuestro error sin solución?, ¿fuiste tú el culpable o lo fui yo?, ni tú ni nadie, nadie puede cambiarme*.

Bata de laboratorio blanca con el nombre completo bordado en letras cursivas, para química, biología, física: blanca bata de laboratorio para parecer ratas blancas de ojos rojos en el laboratorio, observación: el experimento soy yo o no; el mundo es un experimento lleno de muestras en congeladores, matraces y mecheros de Bunsen ardiendo, como las benditas ánimas del purgatorio de las imágenes de la casa de una abuela que no para de persignarse por todo.

Luego la promesa de un taller de las muchas variedades de artes y oficios, como plan B, por si algo sale mal en el largo camino hacia una profesión de provecho, medicina, leyes, contaduría o administración. Talleres como plan B, un oficio para aprender a ganarse la vida, aunque sea. Talleres en los que se llevarán batas de tela mascota de algodón, varios colores, como de pintor francés en París, que no en Zambeze, Nigeria o Turkestán; sino en París: bata de colores sin boina, pero con bolsitas para guardar las herramientas y las cartitas de las compañeras de oficio. Si la alumna se queda en cocina, belleza, economía doméstica, bordados y tejidos, todo bien, batas de colores brillantes hacia el espectro de la normalidad; pero si la alumna osaba ir a artes plásticas, dibujo técnico, entonces opciones de aves raras: batas rojas: escuadras, estilógrafos, porta láminas, porta papeles, porta rarezas y cajitas con variedades de colores, texturas: raritas, esas, las de las batas rojas, sus ínfulas de artistas, rarezas.

Suena el despertador, el amanecer más lluvioso e iluminado al mismo tiempo. *La emisora XEQHK proporciona la hora exacta del Observatorio 6:24, 6:24 chocolates Turín, ricos de principio a fin.* Vamos tarde, ¿ya oíste la hora?, le dice mi mamá a su novio que llega al departamento para llevarme a la escuela, es su primer día. Corran, Martín, ya es tarde. Mi madre me quita las migajas, me alisa el moño de papel banco con verde del peinado de media cola. Ay, Maura. Traes pelos de gato en el suéter. ¡Pinche Serpentina!, se quedó dormida sobre mi uniforme. ¡Lávate los dientes! ¡Apúrense!

Agarro la mochila roja con cierres de colores, en ella una libreta y la estuchera, a donde llevo el paquete de plumas de corazones con olor y la pluma morada con marcador y aroma a uva. Llegamos derrapando.

Primera ceremonia de arranque de cursos, recuerdo entonces, Rudra, las efemérides de inicio de ciclo escolar: la Independencia de México y una canción: violetas imperiales sonando como un océano que se desparrama hasta inundarlo todo desde el auditorio al fondo del patio. De bienvenida, el coro de las alumnas de tercero, la ceremonia, nos cantan; su último año en secundaria. De bienvenida, a las de primero, nos cantan. Todas violetas, una canción violeta, aromas de recién bañadas, y el musgo del muro del patio de la higuera fosforece, todo está húmedo y fresco, hay charcos que reflejan el cielo y las nubes, llovió toda la noche y ahora está la mañana iluminada, ni parece que hubiera habido contaminación. Algo raro, un cosquilleo que me aterra y atraviesa, esa frase del poema que leí quién sabe dónde: «en su purpúreo seno». Y no se me quita de la cabeza, qué es o cómo, pero se me escapa, como si comprender las palabras o lo que dicen se tratara de agarrar los resbalosos peces de la pecera de la dirección: inconseguibles: *en su purpúreo seno*, palabras peces que se resbalan de las manos, cuando las escucho, están ahí las de tercero más grandes que nosotras y nos cantan.

Violeta, para ti tengo yo una canción, la misma que aprendí en tu antiguo pregón, te acuerdas en Granada, al pie del Albaicín, juntos en el jardín, que nos dio su ocasión, nos cantan, las de tercero.

Sabes que ya no habrá primavera, si tú no estás aquí, violetera, la primavera ha venido y yo sé porque ha sido, entre las flores que ofreces, es como una flor. Piensa que en esta corte francesa eres más que gitana, princesa. Las de tercero nos cantan, en su purpúreo seno, durante la primera ceremonia del año y todo comienza, el muro de musgo del patio trasero y los fresnos fosforecen, así todo se echa a andar como las gotas de la ventana que se condensan

cuando en el salón hace calor y afuera hace frío: gotas que se resbalan jalando a otras gotas, así en el recuerdo, un sonido, una imagen y cosquilleos de algo que comienza y no puedo precisar qué es ni cómo, entonces tu recuerdo, Rudra, te pienso.

Un lápiz labial, un tono, bronce dorado: coreografía: labio superior, del centro a la izquierda y del centro a la derecha, labio inferior de derecha a izquierda, apretar los labios: esta boca es mía.

Rudra

¡Rudra, quién le pone así a su hija!, te dijo la maestra de dibujo técnico cuando te presentaste, íbamos en primero. Todas reímos y te pusiste muy seria y te azotaste contra el restirador. La maestra no dijo nada más, y seguimos con las presentaciones. El taller de dibujo técnico era la zona de rebeldía de la Treinta y Ocho gloriosa, un espacio para las fugitivas de cocina, belleza, bordados y tejidos y, sobre todo, para las que habíamos huido del destino de la economía doméstica. Ahí había de todos los salones, tú eras de las del E y yo de las del C, junto con Andrea y Lizbeth, éramos como veinte y ahora no recuerdo cómo se llamaban todas.

A veces pienso en tu nombre, Rudra. También en el labial bronce dorado y en los peces de la pecera de la dirección: Fama y Fortuna. Peces dorados y resbaladizos que estuvieron ahí como espectadores de todos los desatinos y desaguisados que pasaban por la dirección de nuestra insigne secundaria pública para señoritas. Cuántas veces tuvimos que verlos mientras la secretaria tecleaba los largos reportes de nuestras fechorías de escuinclas de secundaria.

Aunque, ahora, solo me acuerdo del reporte del día en que me manché la falda. Hacía frío y era la segunda vez que me bajaba, me dolía mucho, traía dos toallas empalmadas y aun así sentía el charco debajo de la pantaleta; pedí permiso para ir al baño, me dieron la tarjetita verde de salida al baño; y ahí me di cuenta de que las toallas no habían contenido nada, de que todo se había chorreado,

la pantaleta, el chor, y la falda que tenía una mancha del tamaño de un distrito federal en medio de la república de la falda blanca de deportes. Estaba sola en el baño y no sabía qué hacer, de esas veces que se cierra el mundo y piensas que nunca, nunca, nunca vas a resolver ese problema y que te vas a quedar ahí hasta que se derritan los polos y todo se inunde y al lado de ti pasen osos polares y pingüinos mientras se hunde la estación polar de un Madelman esquimal con todo y su husky llamado Huellas.

Entonces llegaste tú, Rudra, y me preguntaste si estaba bien. Te enseñé lo que había pasado, pero no te conté de los osos polares ni los pingüinos para que no pensaras que estaba loca. Orita vengo, dijiste y te tardaste, me di cuenta, porque otra vez comenzaba a inundarse el baño y los osos polares y los pingüinos volvían a aparecer, para entonces ya me estaba dejando ir en las aguas heladas del derretimiento. Luego volviste, con una bata de laboratorio y con unas toallas enormes de las que daba el Seguro Social a la enfermería. Que no me preocupara, dijiste. Que me quitara la falda y comenzaste a enjuagarla. Orita que enjuaguemos la falda nos vamos al patio atrás del auditorio y la ponemos a secar; cuando ya esté seca, te la pones y aquí no pasó nada, chulita. Me dijiste *chulita*, sentí raro, pero me gustó; reíamos mientras exprimíamos juntas la falda hasta que nos acercamos mucho, nuestras caras quedaron muy cerca, casi a punto de tocarnos; de repente sentí que ya no estaba en peligro y quise creer que estando tú, Rudra, no se iban a derretir los polos pronto. Era raro pero lindo, muy lindo.

En esas estábamos cuando entró la prefecta Noemí al baño y se puso como loca, de vernos ahí contentas, juntas, ve tú a saber qué pensó, qué se imaginó, porque inmediatamente nos llevó a la dirección con la ropa mojada para ser interrogadas en dos oficinas distintas. Yo conté lo que pasó sin pingüinos, inundaciones ni osos polares; supongo que tú también, pero no conté que me dijiste *chulita*, aunque hubiera querido contárselo a todo el mundo.

Ese día llamaron a nuestras casas para que fueran por nosotras y nos hicieron el reporte más largo de la historia de la Treinta y Ocho gloriosa: nos reportaron por desobedientes y por saltarnos la clase y por haber robado la bata del laboratorio de la maestra Tina. De eso me di cuenta cuando nos interrogaron en la oficina de la dirección y vi mi reflejo en la vitrina con el nombre bordado en la bolsa izquierda del frente de la bata. «Biol. Tina Gutiérrez Pérez», ahí me cayó el veinte de que estábamos en problemas graves. ¡Chale! Todo fue peor cuando llegó mi mamá. La prefecta insistió muy enfáticamente en que mi mamá tenía que hablar conmigo sobre la higiene y sobre las enfermedades mentales. Ahí mi mamá, que había estado muy serena, se puso de mil colores y le dijo a la enfermera que cómo se atrevía, que no sabía lo que estaba diciendo y que más le valía que no anduviera diciendo cosas sin fundamento. Y nos salimos de la oficina, con una hermosa suspensión de tres días.

El camino a la casa fue la peor inundación provocada por el derretimiento de los polos que pueda imaginarse. La mirada reprobatoria de mi madre lo derretía todo. Mi madre, sus ojos y el suspiro. Calladas en el taxi que se llenaba de agua helada hasta el tope. Llegamos. Comimos en medio de una inundación terrible, los muebles flotaban, había *icebergs*, osos polares hambrientos y pingüinos famélicos tratando de encontrar un poco de tierra firme. Hasta que mi mamá y su mirada dijeron con la voz impostada de serenidad y condescendencia: Siempre te voy a creer a ti, te voy a apoyar a ti y si hiciste algo malo o raro o lo que sea, prefiero que me lo cuentes tú y no andarme enterando por terceras personas.

¿Qué, qué?, ¿qué malo hice? No hice nada malo. ¡Terceras personas! Esa inútil de Noemí es una tercera persona del singular colectivo juzgador. En ese punto las aguas heladas retrocedieron llevándose a los pingüinos y a los osos polares, y de lo más profundo de mi ser se desató una tormenta de arena que azotó puertas y ventanas, desertificándolo todo, hasta gritonearle en la cara a mi madre: ¡Por qué me dices eso! Lo que pasó fue que me manché la

falda y una compañera de otro salón, Rudra, me ayudó y ahora solo quiero no volver a menstruar nunca y que todo se acabe para siempre, no quiero estar aquí ni en ninguna parte. No quiero pensar nunca en terceras personas inútiles, metiches y juzgonas. No quiero regresar a la escuela, no quiero nada, ¡nunca! Y me encerré en mi cuarto.

Estaba muy enojada con mi mamá, con la prefecta y con todo. Solo quería quedarme en el desierto y llorar mucho hasta inundarlo todo de nuevo, además me estaba bajando y eso sí que era una inundación que se expandía como derrame de petróleo en las costas del Golfo. Qué ganas de destruir algo, romper todos los trastes, las figuritas de porcelana de Lladró, los jarrones y las copitas de fino Baccarat aún en su envoltorio de celofán, destripar las almohadas, tirarlo todo, poner a arder todas las ropas del clóset y el clóset y la ciudad, como cuentan que ardió Roma o Troya o cualquier ciudad de la Antigüedad. Ganas de destruir lo que había en la recámara, la casa, la colonia, la ciudad, la república, los océanos, las islas, las tierras continentales, el planeta, el sistema solar, la galaxia, las que siguen, el universo infinito e inabarcable, ganas de que todo colapsara y se hiciera chiquito para que reiniciara todo de nuevo y volver a ser un átomo.

Asco y llanto insuperables hasta que la Serpentina se vino a consolarme y la empujé como si no quisiera contagiarla, como si mis desvíos fueran virus o la V de la invasión desconocida. Bloques de hielo desgajándose en mi pecho, el Madelman esquimal congelado al interior de un témpano. Qué culpa tenía Serpentina, el único ser en el mundo que me quería desinteresadamente, el único ser al que no le importaba ni el tamaño de mis pechos, ni si mis dientes estaban chuecos, ni si tengo panza o papada, ni los granos de mi cara, ni cómo camino, ni si se me enreda el pelo. A la Serpentina eso no le importaba. Era el único ser en el mundo que no me miraba raro ni me decía lo que tenía que hacer, ni todo lo mal que había en mí. La Serpentina era un gato y me quería tal cual, regresó a consolarme,

le conté lo que había pasado en el baño y luego con la prefecta y mi mamá, paró atentamente sus orejas, aguzó sus ojos y entornó su carita, luego con su lengua rasposa me lamió gatunamente desvaneciendo las voces de mi cabeza que inventaban historias de amor con la primera persona que conocía; pero ni su lengua ni su cariño podían desvanecer todas las voces que decían que yo me estaba desviando, que me estaba yendo a la dimensión desconocida. Serpentina estuvo ahí consolándome, hasta que nos quedamos dormidas, soñé con el Madelman; a su lado estaba Huellas congelado, tratando de sintonizar en el radio, la XEQK, con la hora exacta del Observatorio.

6:24, 6:24, Martín llegó para llevarme a la escuela. Mi mamá no tocó el tema más, durante mucho tiempo, como hacía con todo lo que le incomodaba o la ponía triste: lo dejó ahí como ese bote de crema al fondo del refri, lleno de sobras que se olvidaron varios días y luego semanas, años, para siempre: un bote de crema como un universo nuevo creado a partir de todas las cosas incómodas.

Así que el lunes, Rudra, te fui a buscar a tu salón, pero no te encontré, te fui a buscar al taller de dibujo técnico, y tampoco estabas ahí. Todas me miraban raro. Fui a la dirección y ahí estabas con la cara más triste que había visto, larga, larga, larga y triste, enmarcada por tu melena desenfadada. Fama y Fortuna observándolo todo.

A señas te pregunté qué pasaba. Pero apenas levantaste la cara y moviste la cabeza lentamente de izquierda a derecha; y vi cómo tu papá asentía y a ti se te llenaban los ojos de lágrimas.

Me fui al taller de dibujo técnico, llegaste más tarde, a mitad de la clase donde llenábamos láminas de papel mantequilla con líneas paralelas que trazábamos con las escuadras. Azotaste el restirador y te soltaste a llorar. La maestra se hizo como que no había pasado nada y las demás también hicimos como que no pasaba nada. Disimulé una cara de aquí no pasa nada que me importe mucho y seguí proyectando líneas paralelas con las escuadras, imaginando

que una pequeña inclinación, un milimétrico desvío del trazo haría que en algún punto del tiempo y del espacio esas líneas se interceptarían, y habría una gran colisión que generaría universos insospechados; mientras hacía como las demás del salón, como si de veras no hubiera pasado nada nunca. Al final de la clase, fui a tu restirador, me hiciste señas de que no habláramos, pero me diste un papelito que decía: Chulita, ¿ya devolviste la bata de la maestra de laboratorio? Vi el mensaje y lo guardé en la bolsita de la bata donde traía el libro del niño y los gansos salvajes que estaba leyendo.

Ese día, más tarde, nos encontramos en el tianguis a la salida de la escuela.

Cuando íbamos en segundo

Una vez en segundo nos pusimos a reunir periódicos para ganar un viaje a Oaxtepec, pero tú ya no te juntabas con nosotras, Rudra, que ibas en el E; además ya no usabas bronce dorado ni habías hablado conmigo desde el día en que no llegué.

Una vez en segundo, las del C de la Treinta y Ocho gloriosa nos organizamos para juntar todas las Jornadas, los Universales, los Soles de México y las Novedades que pudimos, tampoco le hicimos el feo a las Prensas, los Alarmas o a otros periódicos más sensacionalistas, ni a las ofertas de El Sardinero, la Comercial Mexicana o el Aurrera. Para lograr nuestro cometido, hasta inventamos un método de recolección, recepción y acomodo digno de cadena fordista; porque nuestro salón de secundaria se transformó en un enjambre como el de la Abejita Maya con tal de ganar el viaje que nos habían prometido. Cada día, cada una de nosotras traía periódicos, así que nos turnábamos en la entrada con dos diablitos que habíamos conseguido entre nuestras familias. Uno nos lo prestó mi abuela, que lo había ocupado en los viajes que había hecho a la frontera para traer fayuca, el otro quién sabe quién más lo trajo. Nuestra organización consistía en turnarnos todo el mes que duró la recolección para esperar a las que llegaban con periódicos del segundo C en la entrada, esperábamos a que se llenara a su máxima capacidad y entre dos llevábamos diablitos al salón repletos de periódicos con noticias buenas y malas, ofertas de

empleo, ventas de casas, carteleras de teatro y cine, recetas de cocina, horóscopos, columnas de derecha y hartas fotografías, algunas de personas del mundo del espectáculo o de la alta alcurnia social con apellidos extranjeros. Arriba, en el salón de segundo C, estaban otras tres compañeras acomodando los periódicos para que no se hiciera un mugrero en el salón y, sobre todo, tener muy controlada la cantidad de periódicos que llevábamos. Ese viaje a Oaxtepec se nos metió en la cabeza a punta de *vamos a la playa, ooo, vamos a la playa, ooo* y *cuando calienta el sol aquí en la secuuuun*. Evidentemente, Oaxtepec no era una playa, aunque sí lo más cercano a un paraíso caluroso donde tendernos al sol cerca del De Efe y sin papás.

Para evitar que les salieran patitas a los periódicos que los llevasen a las pilas de los otros grupos de segundo, que también estaban en la competencia, cosa que podía suceder, en los descansos y en el recreo montábamos guardias; de manera que todas fuimos responsables por lo menos dos veces del cuidado de nuestros periódicos. Todos los viernes de las cuatro semanas que duró la recolección, llegaba la maestra Arrona con un flexómetro que traía colgado en el cinturón y anotaba en su libreta los metros lineales que cada grupo llevaba. Con esa información hacía una tablita que estaba a la vista de todas en el pizarrón del periódico mural. La primera semana casi todos los grupos traíamos los mismos cuatro y medio metros, pero a partir de la segunda semana, llevamos nuestro espíritu emprendedor al límite.

El papá de Andrea trabajaba en un despacho y tenía titipuchal de periódicos, pero no podía llevarlos, porque entraba a trabajar muy temprano y salía muy tarde; así que nos pusimos de acuerdo para ir a recogerlos cada jueves. Llegábamos en la noche a casa de Andrea, donde su papá esperaba con la cajuela de su ranita naranja repleta de periódicos que otros papás recogían y llevaban a la escuela. De manera que, a la segunda semana, llevábamos no solo los cuatro y

medio metros de la semana anterior sino siete más, porque en el despacho del papá de Andrea se les juntaban bastantes.

Para la cuarta semana que se suponía era la última de recolección, ya llevábamos como veinticuatro metros lineales, lo sabíamos, no había manera de que los otros grupos nos ganaran. Segundo E, tu segundo E, Rudra, quería sacarse la espinita y pidieron una semana más, que les concedieron. En la ceremonia del lunes de la semana de gracia, Munra dijo que lo que se iba a ganar de reciclaje de toda la escuela sería más que suficiente para pagar el viaje del grupo ganador a Oaxtepec y los materiales que se requerían para renovar los laboratorios, la fotocopiadora y hasta iba a alcanzar para comprar dos porterías para jugar futbol en el recreo, sobre todo ahora que había que prepararse para Italia 90, ¡México, México, México!

Cuando por fin se cerró la recolección de periódicos, ganamos el viaje. ¡¡¡Ganamos!!! ¡¡¡Tercero C se va a Oaxtepec!!!

¡¡¡Tercero C se va a Oaxtepec!!!

¡¡¡Tercero C se va a Oaxtepec!!!

Nos dieron la noticia en la última ceremonia de segundo, por el micrófono, ante toda la escuela, después del cambio de escolta. Dijo Munra Luz Ramírez, la directora: Felicitamos al grupo de segundo C que el año que entra, una vez que hayamos realizado los trámites ante la Secretaría de Educación Pública, irá a Oaxtepec con todos los gastos de transportación y entradas pagados. Además, la recolección de periódicos se empleará para renovar el material de laboratorio, comprar una fotocopiadora y dos porterías. Felicitamos a todas las alumnas de la escuela secundaria diurna Treinta y Ocho gloriosa porque han demostrado que saben trabajar en equipo. Después le cedió el micrófono a la maestra Arrona que dijo: Las felicito,

¡¡¡Tercero C se va a Oaxtepec!!!

¡¡¡Tercero C se va a Oaxtepec!!!

¡¡¡Tercero C se va a Oaxtepec!!!

¡¡¡Tercero C se va a Oaxtepec!!!

Para celebrar que se acabó el año y que ya habíamos pasado a tercero nos fuimos a Plaza Universidad a comprar cosas para llevar a las paradisiacas albercas de Oaxtepec. Cuando nos estábamos probando lentes de sol, llegó Andrea y me dijo:

Qué bien, pareces Luis Miguel en el video de «La incondicional».

Todas se rieron.

¿Volarías conmigo en helicóptero?, pregunté.

Sí, pero yo conduzco, a ver. Me quitó los lentes y se los puso.

Eres más guapa que Luis Miguel, le dije.

Tú más.

A ver estos, me puse unos lentes con forma de corazón color cereza.

Con esos tienes cinco años.

Luego puse cara de boba, saqué la lengua y nos carcajeamos.

Cada una salimos del centro comercial con lentes de sol y chácharas para el viaje, Andrea además compró una cajita de lenguas de gato para todas, que comimos en la jardinera de la plaza. Luego hicimos eso que hacíamos cada vez que nos sentíamos parte de algo: sacamos parsimoniosamente el bilé bronce dorado y un espejo: posteriormente como en coreografía de bailarinas de nado sincronizado nos pintábamos los labios con trazos simétricos que partían del centro del labio superior a la derecha y la izquierda y remataban con el labio inferior de derecha a izquierda.

El viaje iba a estar buenísimo. *Acelérele, chofer, acelérele, chofer, que lo viene persiguiendo la mamá de su mujer, con la escoba de barrer. Acelérele chofer*, y así íbamos en la plaza preparando nuestro viaje. Uy, dijo Andrea, yo pongo la grabadora, y sacó el casete de Depeche Mode que siempre traía en su *walkman* amarillo: Miren. Luego movíamos las caderas de un lado para otro con la rolita de Technotronic, *get up, get busy*, y bla bla bla, sonando en nuestras cabezas; harta alegría que nos escurría como paleta de hielo derritiéndose en el patio, lentes de sol nuevos y ropa de calle: cosas muy contentas que nos sabían tan buenas, como los pambazos del

recreo. Ese día de Plaza Universidad nos divertimos tanto imaginando todo lo que teníamos que llevar y conseguir para el viaje, que era como si ya lo estuviéramos haciendo, nuestras toallas tendidas al lado de la alberca, los refrescos, el bloqueador solar y las rolitas en la gabacha. Aunque para entonces todavía faltaban como seis meses, pues haciendo cálculos, se suponía que nos íbamos en noviembre, despuesito de la ceremonia de la Revolución, de tercer año.

Luego pasamos a comer pizzas que acompañamos con un *icee* de cereza para brindar por todo, por el viaje, porque pasamos a tercero, porque éramos las consentidas, porque solo queríamos bailar y usar lentes de sol, divertirnos y pintarnos los labios coreográficamente.

Recuerdo, Rudra, que cuando estaba aburrida en clases, dibujaba y en la libreta pintaba labios de muchos colores y que, de una o de otra forma, trataba de encontrar el color bronce dorado para pintarlos con los Prismacolor; pero no me salía, como nunca me salió un color moreno en la piel de las mujeres que dibujaba. A veces, sin provocarlo me viene a la mente una imagen aterradora de la película *Laberinto*, Sarah cae en picada por un tobogán directo a un precipicio, donde bocas formadas de manos dicen cosas y la sujetan o la avientan caprichosamente. Muchas veces me siento así, cuando escucho lo que pienso y lo que digo; o veo lo que mi mamá dice cuando abre la boca y lo que otras personas dicen con labios que no siempre son de un color cálido sino aterradoramente oscuros, grises, morados como labios de ultratumba que me aterran.

Y luego la boca que se tuerce y suspira de mi madre cuando me mira, cuando digo algo, cuando pregunto. Esa boca que se tuerce y suspira, que me hace sentir que siempre estoy mal.

Jícamas con chile

Ese día del fin de curso de segundo estuvo casi tan lindo como cuando íbamos en primero y mis amigas y yo nos encontramos contigo en el tianguis, ¿te acuerdas? Fue justo después de que me diste el papelito que decía *chulita* y que guardé en la bata roja del taller. Después de pasar por unas jícamas con chile, llegamos al paraíso de los cosméticos de fayuca, un arca de tesoro abierta y ordenada por tamaños y colores brillantes: entonces, al centro como en instalación de museo para turistas estaba la caja de los labiales y al mismo tiempo, como imantadas, preguntamos: ¿bronce dorado? Sí, bronce dorado es el que está de moda, dijo la vendedora y sacó una revista de las que consultábamos cuando queríamos saber nuestros horóscopos y con una pluma imaginaria enmarcó el bronce dorado que usaban todas las cantantes y actrices de telenovelas que veíamos. Este color le va excelente a todas: Erika Buenfil, blanca, bronce dorado; Lucía Méndez, trigueña, bronce dorado; Salma Hayek, morena, bronce dorado; Whitney Houston o Paula Abdul, bronce dorado. Es el color perfecto para todas. Así, cada una de nosotras sacó su monedero y, con la parsimonia propia de quien puede comprar un pedazo de alegría brillante, lo abrió, sacó las monedas y las contó para pagar un bilé bronce dorado. Andrea, Lizbeth, yo y tú, Rudra, que pasabas por ahí y me preguntaste: ¿Qué onda? Sentí una sorpresa extraordinaria, como esa vez que después de tres cartas de reyes en tres años consecutivos, por fin

llegó el Robot XL2, con dos casetes de preguntas y respuestas. Te acercaste, nos preguntaste qué hacíamos y les conté que eras del E, y que fuiste tú la que me ayudó con la mancha de la falda en el baño. Para entonces ya todas teníamos un labial bronce dorado; tú también tienes que tener uno, te animé y lo compramos juntas. ¿Quieres ir a Plaza Universidad? Me preguntaste. Sí, sí quiero y nos miramos a los ojos, Rudra, y quedamos en que el sábado a las tres de la tarde en el Poppin Tiger.

Cuando llegué a la casa, tarde porque nos quedamos comiendo jícamas con chile en el tianguis y riendo muchísimo de todas las caras que poníamos cuando nos pintábamos los labios y diseñamos cuidadosamente la coreografía para pintarnos con el bronce dorado, mi mamá se puso como loca. ¡Ya viste la hora! ¿Con quién estabas? Mi mamá, sus ojos y su boca torcida con suspiro diciendo: No puedes salir a ninguna parte, para la próxima voy por ti. Ni cómo decirle que había quedado de ir contigo a Plaza Universidad.

Esa tarde, tomé el trapo de limpiar los muebles y la crema, con todo lo que me molestaba limpiar muebles, pero lo hice para poder decirle que me dejara salir el sábado un ratito, no le iba a decir que había quedado contigo, pero sí le iba a pedir permiso. Pero no pude, ella andaba de malas. Peor, se enojó porque no quité todas las cosas del librero antes de pasar el trapo. Así, solo estás cambiando el polvo de lugar, mejor no hagas nada. Además, es viernes, los viernes no son días de limpiar muebles. Ya vete a tu recámara. Luego enloqueció aún más cuando revisó la bata roja con el libro y encontró el papelito que me diste. Qué es esto, Maura. De dónde salió esto. ¡Estás loca! Con todos los problemas que tenemos y tú haciendo cochinadas. ¿De qué hablas? No. Es una amiga que me ayudó. Todas las mamás de la escuela dicen que esa niña es un problema. No quiero que tú seas un problema. Saliste a tu padre. Eres como él. Estás mal. No quiero que te juntes con esa. Y a partir de ahora, voy a ir por ti a la escuela. Sonó el teléfono, era Martín. Y nada más contestarle, se puso a pelear con él.

De manera que no pude pedir permiso para ir el sábado. No llegué a Plaza Universidad a las tres de la tarde al Poppin Tiger a ver peluches como habíamos quedado; y luego ya no pude parar de repetirlo, no llegué y me quedé a llorar y a repetir que no llegué a verte; repito, soy una repetidora que no sabe parar de repetir ni de faltar a las cosas que le importan; aunque por supuesto que sabía de lo que era capaz mi madre para que dejara de hacer las cosas que no quería que hiciera; y me quedé en casa aterrada como ratón recién descubierto que se mete en el hueco más cercano y se queda temblando. Así me quedé en casa llorando, doblando la ropa de los cajones y limpiando los muebles; deshaciéndome del uniforme de primaria, de los listones y de las cosas de las Barbies, de la playera con corazones, de los patines que no aprendí a usar, de los casetes de Timbiriche, solo guardé una cosa: la estación polar del Madelman esquimal. Y el sábado en que habíamos quedado de ir a ver peluches, me quedé en casa, tirando cajas y calcetines sin par a la basura, papeles y periódicos; lo único que logré fue recuperar del bote de la basura el papelito hecho bolas, el que decía *chulita*. Y el papelito fue a dar al libro que tenía que leer para entregar el resumen de español, un verdadero disparate: había una vez un niño malvado que se empequeñecía y una parvada de patos salvajes se lo llevaba para que aprendiera a amar a dios en tierra de salvajes, y entonces, se volvía bueno, ecologista; un disparate escrito por una mujer que repetía mucho la palabra *marisma*, como la que yo creía ahora se estaba formando con todo el llanto que no sabía de dónde brotaba y ahí en medio de esas marismas, se quedó guardado el papelito que me diste.

No fui a buscarte el sábado y me quedé llorando; se derritieron los polos y a mi lado pasaban osos polares hambrientos y tristes pingüinos; *icebergs* contoneándose y estrellándose contra las aguas frías y amargas que corrían por mis mejillas e inundaban la recámara; mientras, yo me hundía amargamente entre bolsas de mugrero que tirar y chácharas mezcladas con una profunda

vergüenza y dolor por no poder ir a verte, por no tener tu teléfono; para, por lo menos, aclararte que no iba a llegar, que lo sentía, que no sabía qué hacer, que tenía miedo. Solo lloraba y todo estaba hasta el tope de agua, amargor y tristura porque no fui. Porque no pude ir ni disculparme; así que solo me dejé ir en ríos de agua helada de derretimientos peligrosos, oscuros en marismas inubicables. Pero, sobre todo, lo que me hacía llorar fue que no hice nada contra todas las cosas espantosas que mi mamá pronunció, y que hicieron que el derretimiento de los polos fuera apoteósico e inconmensurable; porque todas las cosas que escupió mi madre con tanto horror fueron como millones de botes de spray para el pelo dañando la capa de ozono que se adelgazaba a pasos agigantados y dejaba pasar rayos ultravioleta abrasadores, que además de derretir los polos quemaban todo lo que yo podía creer que era la libertad, la voluntad y el confiar en las personas y en la vida. Todas las palabras que mi madre ató en ese macramé de horror para colgar macetas de plantas artificiales me llenaron de miedo y vergüenza, como un bote que se desparrama de mugrero viscoso porque no hay quien le cierre a la llave del horror. Entre todas las cosas que sentenció, mi madre me prohibió volver a hablar contigo, y luego que no quería problemas, que no estaba bien juntarse con personas como tú, que los tiempos que corren, que las manzanas podridas echan a perder las buenas, que yo era de las buenas; y que el mundo me iba a poner tentaciones horribles, que para eso estaba ella, para impedirlo, para enseñarme lo correcto; que no quería tener una hija en problemas o muerta o enferma. Que una compañera suya de la escuela bancaria y otra mujer, que les fue terrible, que desaparecieron, que la tristeza embargó a su familia infinitamente, que por lo que más quisiera y me hizo prometer que no volvería a hablar contigo nunca.

Entonces entre nosotras, entre lo que yo pensaba que eras tú y yo, se desató un océano y pasaron *icebergs*, hundimientos de Titanics infinitos, en los que estuve muy, muy triste mucho tiempo,

sobre todo cuando nos encontrábamos en los pasillos y nos volteábamos la vista, o cuando en dibujo técnico dejé de hablarte, y cuando veía cómo ibas teniendo nuevas amigas de segundo y de tercero con las que llegabas al tianguis a comer jícamas con chile y reían juntas. Así, cada una de nosotras separadas sin que yo hubiese tenido el coraje de provocar nada. Porque al siguiente lunes después de que no llegué a Plaza Universidad, decidí no explicarte nada, solo obedecer lo que me dijo mi mamá y portarme bien para no tener problemas; de esa manera, entre nosotras, poco a poco creció un océano de menos mil grados de temperatura con *icebergs* y osos polares por la tundra que se extendió de tu salón del E a mi salón del C y a toda la escuela, una tundra y un océano congelados que ningún Madelman esquimal exploraría hasta mucho tiempo después, en que me hice como que fui dejando de pensar en ti, en que fingí que todo seguía tan a temperatura ambiente como siempre; o eso creí, o quise creer, porque a ratos se me congelaba todo, y me daban unas ganas de llorar infinitas que solo soltaba en las noches después de terminar con los asuntos pendientes de la escuela, chorros de llanto que terminaban en sollozos y mocos, después de tachar pendientes en un pizarrón que mi mamá me puso en la pared para que me apurara y portara bien, para que al fin de semana me llevara con Martín por un helado o algo a la plaza. Entonces, tachaba pendientes y lloraba, luego dibujaba Ziggys y Snoopys muy tristes, y lloraba hasta muy tarde pensando en ti y en lo divertido que hubiera sido encontrarnos en Plaza Universidad, en lo gracioso que hubiera sido intercambiar estampitas de Ziggy y cartitas con caligrafía de globos con nuestros nombres fluorescentes; en la risa que nos hubiera dado embarrarnos la nariz con helado de vainilla y chocolate o decir en Helen’s un día cualquiera que era nuestro cumpleaños para que nos cantaran las Mañanitas y nos llevaran pastel. Sobre todo, lloraba pensando en que debía haberte dicho algo, aunque fuera por teléfono, disculparme por tener vergüenza y cobardía, escribirte una carta, algo que no te dejara plantada en Plaza

Universidad para siempre; y a mí en ese desierto glacial que se extendió entre nosotras.

Así pasaron muchas horas que se convirtieron en días, que se acumularon en meses y en un par de años. Pasamos de primero a segundo separadas, sin hablarnos ni en los pasillos, ni encontrarnos nuevamente en el baño a donde me salvaste de las manchas de la falda y del calentamiento global. No nos volvimos a hablar ni en el tianguis, ni en el taller de dibujo técnico, ni siquiera aquella vez cuando entre todas tuvimos que escribir una carta y hacer unos dibujos para Dorlina, que iba a faltar porque la iban a operar de algo que parecía grave y nos hicieron grabarle un casete con canciones y palabras de aliento.

Por eso solo te veía y te miraba cuando no te dabas cuenta, pero quería creer que no me importaba mucho y que me estaba portando bien. Quería creer que así no le daría ninguna molestia a mi mamá, que bastante tenía con procurarlo todo para ella y para mí, ahora que mi abuela y mis tíos la regañaban por haberse separado de mi papá; que se hizo un poco ojo de hormiga y un poco una especie de héroe que fue a buscar recursos en el extranjero; así como un poco el mejor padre del mundo porque no negaba permisos, no exigía calificaciones, no revisaba mochilas ni preguntaba por los amigos y amigas, es decir, perfecto o casi, un padre que estaba como el mejor recuerdo y con las palabras perfectas que yo creía que sabía de memoria; y no como ese novio, medio metiche, de mi mamá, que los sábados nos llevaba a comer helado a la plaza o algo.

Munra, el inmortal

La escuela secundaria pública número Treinta y Ocho gloriosa para señoritas en el De Efe de finales de los ochenta se presentaba ante nuestros ojos adolescentes como una cápsula del tiempo; aunque no sé si tanto como el establo al que a veces íbamos a comprar la leche bronca pasando la avenida que separaba nuestra colonia de un pueblito donde todavía quedaban algunas milpas y un ranchito. El mismo Rancho Alegre en el que aseguran se vendía estiércol calientito para rizar el cabello y detener la calvicie.

La directora, Munra Luz Ramírez, tenía 74 años, y al finalizar el ciclo escolar 1990-1991, se celebrarían los cincuenta años de su labor docente, de los cuales, miles fueron como directora de la muy afamada Treinta y Ocho gloriosa porque parecía que siempre había estado ahí, desde el principio de los tiempos, desde antes quizá del Big Bang. La Treinta y Ocho gloriosa valía lo que pesaba en oro y en antigüedad, resabio, fervor revolucionario, valores institucionales y convento. Un reducto de la más férrea defensa de la educación para señoritas, como su directora Luz Ramírez decía orgullosa, a quien, movidas por la creatividad y en búsqueda de un referente conocido, nombramos: Munra, el inmortal, porque la directora Ramírez se figuraba tanto a ese villano que para hacer su aparición invocaba fuerzas oscuras: *¡Antiguos espíritus del mal, transformen este cuerpo decadente en Munra, el inmortaaaaaal!* Y así se transformaba en la directora Luz Ramírez que administraba una escuela pública

bajo los más estrictos y puritanos valores de la decencia, la rectitud y la productividad: es decir, las señoritas deben estar para obedecer las reglas del Estado, de la sociedad de padres de familia y del reglamento de la muy gloriosa secundaria diurna Treinta y Ocho gloriosa.

Aunque se suponía que era una escuela laica, no dejaban de celebrarse, como en toda la educación pública, festividades religiosas. En fin, la laicidad constitucional de la Treinta y Ocho gloriosa se flexibilizaba lo suficiente para que celebráramos el Día de Muertos, las navidades, además del cincuenta aniversario de la directora Luz Ramírez, quien había estado a la cabeza de la Treinta y Ocho desde siempre y se había dedicado en cuerpo y alma a educar señoritas útiles a sus familias y a la sociedad. Al anunciarlo en la ceremonia de inicio de curso, casi parecía que Luz Ramírez había dicho en el micrófono: *¡Antiguos espíritus del mal, transformen este cuerpo decadente en Munra, el inmortaaaaaal!* Realmente parecía que no envejecía y que ser directora de una escuela pública para señoritas en la Ciudad de México tenía un súper efecto restaurador y vigorizante, casi mejor que la crema con baba de nopal o los productos del Instituto Pond's. ¿Y si se alimentaba de nuestra juventud? ¿Cómo saberlo, Rudra? En ese momento, algunas temíamos que bajo los rayos de sol comenzara a resquebrajarse en destellos de luz como una Drácula cualquiera. Pero no, salió rozagante a decir que el maestro J. Bonilla tenía unos mensajes que darnos.

J. Bonilla tomó el micrófono, se acomodó el copete y dijo con esa voz de locutor de la XEW que, para celebrar el final de cursos 1990-1991 y los cincuenta años de carrera de la directora, se invitaba a toda la comunidad estudiantil a participar en los juegos florales en honor de nuestra directora y que, para esos fines, quedaban abiertas las inscripciones a un taller de poesía que podíamos cambiar por las clases de deportes. Claro que la maestra Riviera se estremeció en su banquito, frunció el ceño y miró inquisitoriamente a Munra, quien

condescendientemente le hizo un gesto de que le bajara dos rayitas, dos.

La clase de deportes de la maestra Riviera no era precisamente un lugar para ejercitarse sanamente si a cada rato se tenía que ir a enfermería por hielos, analgésicos y desinflamantes para la cara que no dejaba de estrellarse contra los balones de basquetbol. Por otro lado, hacer genuflexiones al compás de los acordes del piano de la maestra Gasparín para calentar antes de los balonazos sí que estaba bueno. Repeticiones de ocho, un dos tres, un dos tres, arriba abajo, alcanzar las rodillas, tocar los pies, estirar a ritmo de Debussy o de Chopin en el patio rodeadas de truenos, fresnos, una higuera y el muro de ladrillos que en época de lluvias fosforecía de musgo y líquenes. Un dos tres, un dos tres, y Gasparín feliz tocando nocturnos, sonatas, mazurcas, mientras Riviera, sentada en su banquito a todo lo que daba su voluminosa humanidad, daba las instrucciones para estirar y calentar antes de mandarnos a la masacre que era el entrenamiento de basquetbol, en el que de tres retas que recibí, dos y media terminaron con mi cara con bolsita de hielos, dos paracetamoles y mucha vergüenza por no poder pescar ni esquivar el balón para que no me diera en la cara. En fin, zafarse de eso por un par de bimestres para mí era suficiente para inscribirme al famoso taller ese y escribir las loas más celebratorias a Munra y a toda la corte celestial de la Treinta y Ocho gloriosa.

La verdad es que me dio ilusión pensar que quizá tú también, Rudra, ibas a inscribirte, y aunque no nos habláramos en dibujo técnico, sí lograríamos hablarnos en el taller de escribir poemas y ser amigas de nuevo. Pero resulta que no te inscribiste, en cambio llegaron otras quince, de toda la escuela, unas más divertidas que otras, además de Dorlina, que llegó impecable y bien peinada con ese gesto de superioridad aprendido de algún antepasado que quizá hizo fortuna a costa del trabajo de otros, de su aspecto de dama de alcurnia en apuros que ahora se encontraba entre la chusma; aunque, claro, era un bache del destino, una pasajera mala suerte,

ya volvería a su colegio inglés, invencible, había derrotado a una enfermedad innombrable y lo recobraría todo de nuevo. De haber sabido que Dorlina iba a estar en el taller de escribir, en lugar de ti; que en deportes ya estabas organizando lo del futbol para todas, y te estabas poniendo trucha con las porterías que se iban a comprar con lo que ganamos entre todas con la venta de los periódicos, no me hubiera inscrito, pero me inscribí; y lo que en un principio pensé iba a ser el paraíso, China libre de las clases de Riviera, para jugar turista o lo que fuera: ¡mangos!

Chinas libres. ¡Mangos!

Porque en realidad todo lo iba a controlar ese J. Bonilla: además no era que en automático Riviera nos iba a exentar de deportes, sino que la calificación se iba a poner a consideración de J. Bonilla. Porque el que nos dedicáramos a esas cosas de escribir no tendría que ser a costa de nuestra condición física, dijo Riviera con toda su humanidad posada en su banquito del patio, desde donde dirigía sentada todas las actividades de la clase de educación física.

Así que, chinas libres. ¡Mangos!

Al final, para poder pasar la clase de educación física nos iban a hacer examen de basquetbol en las canchas. Y aunque había compañeras muy divertidas en el taller, también estaba Dorlina, inmaculada, estirada y, afortunadamente, sanísima, lo que la volvía una figura de adoración de toda la escuela. Lo peor de todo es que no estabas tú, Rudra, que ya andabas organizando torneos de futbol en los recreos.

Y si Adelita se fuera con otra

La maestra Arrona lo había preparado todo, todo: la ceremonia del 20 de Noviembre de 1990, la ceremonia de la conmemoración de la Revolución Mexicana de la secundaria diurna Josefa Ortiz de Domínguez, tueejeplosiemprenosguiará, ochenta años después de iniciada la Revolución al grito de ¡tierra y libertad!, bueno, no; eso fue después, primero era ¡sufragio efectivo, no reelección! La ceremonia de la Revolución, que ya merito nos traería toda la justicia que se necesitaba en este país y sus alrededores, había sido planeada —hasta donde se pudo— por la maestra Arrona.

Arrona no escatimó en planeación ni en orden ni en inspiración. Un viernes a la última hora nos llevó a la biblioteca, pidió la videocasetera, cerró las cortinas y sacó una película de su morral, *Si Adelita se fuera con otro,* 1948, con Jorge Negrete y Gloria Marín, para ponerla en el viejo y gran televisor, además nos llevó palomitas de maíz hechas en casa.

Estuvimos ensayando desde septiembre, todos los viernes. Nos reuníamos para desarrollar el guion y luego para poner los bailes, escribir los discursos y hacer los vestuarios, cada ensayo terminaba en una fiesta en la que hasta la insufrible de Dorlina me caía bien.

Y, finalmente, llegó el día de presentarnos en el auditorio al lado del muro que se pintaba de fosforescencias verdes en época de lluvias; el mismo donde una vez nos llevaron a escuchar un concierto de piano, con un señor de peluquín que habían mandado

de Bellas Artes, quien, mientras tocaba de lo más inspirado una sonata de luna, casi se infarta cuando del fondo del auditorio se escucharon los ronquidos del maestro de química que se quedó profundamente dormido a los primeros quince minutos del concierto, provocando las más sonoras carcajadas de todas y la más completa indignación del concertista, que enfurecido cerró el piano de cola al mismo tiempo que se le desprendía el peluquín. Munra Luz llegó a callarnos a todas, al maestro de química lo mandaron a su laboratorio y ya ni me acuerdo cómo continuó el concierto.

En fin, te cuento esto, Rudra, para que sepas cómo lo viví.

La mañana heladísima del 19 de noviembre de 1990, a las 9:30 a. m., al auditorio Leona Vicario de la Treinta y Ocho gloriosa comenzaron a llegar las alumnas de todos los grupos de primero, las de segundo y las de tercero; los 32 maestros de asignatura, las cuatro prefectas y dos prefectos, así como las autoridades escolares invitadas, incluyendo a una exalumna hija de la escuela que había saltado a la fama por un papel en la telenovela de quinceañeras del año, donde hizo un cameo como la sirvienta de la protagonista. La maestra Arrona estaba detrás de todo, organizándonos, quitándonos lo nerviosas, respiren y no se preocupen, todo va a salir bien porque lo ensayamos mucho.

Esta es primera llamada: ¡Primera llamada, ocupen sus lugares, está por comenzar la revolución!, escuchábamos detrás del escenario, la maestra de ceremonias vestida de Adelita se trataba nada menos que de Dorlina Villegas alisándose el vestido, acomodándose los moños más verdes y brillantes que se hubieran visto nunca en un escenario escolar de escuela pública. ¡Esta es segunda llamada! Ahí estábamos todas, las del coro, cada una con sus trenzas y sus faldas amponas, listones coloridos, mejillas rosadas, y una que otra con pestañas postizas que había conseguido en el tianguis de los miércoles. Ahí estábamos, acuarteladas tras bambalinas. ¡A sus órdenes, mi General! Nos cuadrábamos unas frente a otras, a la menor provocación: mientras nos colocábamos

los bigotes o recogíamos los cabellos para guardarlos en mallas bajo los sombreros. ¡Esta es tercera llamada! Celebremos ochenta años del inicio de la Revolución Mexicana. ¡Comenzamos!

Vamos al baile y verás qué bonito,
donde se alumbra con veinte linternas,
donde se bailan las danzas modernas,
donde se baila con mucho carquís…

Salieron las de primero, unas con vestidos llenos de holanes y otras con calzones y camisas de manta, carrilleras y paliacates, sombrerudas con bigotes postizos y rifles hechos con palos de escoba y cartones, bailando, mirándose en compás las unas con las otras. Adelante y hacia atrás, girando alrededor del escenario, tomándose de los brazos en un calabaceado centelleante y vivaz que remató con las sombrerudas abrazando por la cintura a las que llevaban holanes en la falda y grandes moños de colores en las trenzas. *Y quiéreme, Jesusita, y quiéreme, por favor, y mira que soy tu amante y tu seguro servidor*. Después, se escuchó el rugido de la locomotora que se proyectó al fondo, desde donde salieron las montadas de segundo que iban a caballo: *Tengo mi par de caballos para la Revolución; uno se llama el Canario y otro se llama el Gorrión*, rodeando a Laura López de segundo A quien al puro estilo Lola Beltrán, de alto chongo, garbo, aplomo, ¡cuánta intensidad!, comenzó a cantar: *Yo soy rielera, tengo mi Juan, él es mi encanto, yo soy su querer. Cuando le anuncian que ya se va el tren: ¡Adiós, mi rielera, se va tu querer!* Laura López Beltrán se despide entre flores de papel crepé que vuelan y caen en el escenario. El telón se cierra en medio de grandes aplausos, que cesan para recibir a Dorlina Villegas, maestra de ceremonias, quien se alisa el vestido y pide al público un atento saludo para recibir a Porfirio Díaz. Al escuchar su nombre comienza la rechifla, misma que Dorlina, con el solo gesto de llevarse el dedo índice a los labios y susurrar silencio, calma soberanamente.

El telón se abre lentamente al ritmo de los primeros acordes del vals «Sobre las olas» y el bufido de un trasatlántico que sale del fondo del escenario, del que desciende a un café parisino al lado de una torre Eiffel, Don Porfirio Teresa Díaz, ataviado con su traje militar, condecoraciones y dedito levantado al tomar la tacita de porcelana y comenzar su historia debajo de una cenital. Sale el trasatlántico y se proyecta el Palacio de Bellas Artes. Con un fuerte suspiro, el exdictador dice:

Veo, no sin celebrarlo, que por fin lo terminaron [refiriéndose al Palacio de Bellas Artes], no entiendo su molestia, les di refinamiento y cosmopolitismo, elegancia y glamour, que no se hubiese conseguido sin la paz y el orden que logré para esta nación. En fin, por si no lo saben, soy el General Don José de la Cruz Porfirio Díaz Mori, nací en Oaxaca el 15 de septiembre de 1830 con el espíritu de la Independencia que me llevó a tomar la carrera militar, en la que me distinguí notablemente contra la Intervención Francesa, cosa que olvidan, porque antes que afrancesado fui un patriota. Ese amor a México me impulsó a ser presidente electo de esta República mexicana en 1876, y de 1877 a 1880, así como de 1884 a 1911, y hubiera seguido, de no ser por ese evento que mal llamaron «revolución», iniciado por ese espiritista vegetariano de nombre Francisco I. Madero. Aunque, como le advertí al General Victoriano Huerta y a muchas de ustedes que me desoyeron, ya se enterarán cómo la única forma de gobernar este país es como yo lo hice, no hay mejor manera ante tanta desobediencia e ignorancia. En fin, como todas saben, salí al destierro en un buque llamado el Ypiranga, rumbo al puerto de Vigo, y luego me fui a vivir muy modesta y airosamente a un apartamento parisino en 1913; desde donde mi espíritu viajero me guio a conocer Egipto, estando ahí, frente al templo de Guiza en medio de los efluvios de esa ancestral religión que adoraba al dios del sol, Ra, me enteré de la muerte de ese Francisco, Indalecio o Ignacio, Madero. Por supuesto que sentí tristeza por su trágico deceso, vegetariano e iluso, querer

democracia y votos bien contados en un país que no habla francés, cómo se le ocurre. Morí en compañía de mi esposa y de mi hijo el 2 de julio de 1915. Fui enterrado en la iglesia de Saint Honoré d'Eylau y en 1921 mis restos fueron trasladados al cementerio de Montparnasse, a donde posteriormente me acompañarían insignes personajes, escritores y personalidades de la alta cultura internacional, que sí hablaban y escribían la lengua de Rabelais. Este año se está pidiendo la repatriación de mis restos, espero que lo logren, aunque, muy sinceramente, preferiría quedarme en París.

Porfirio Díaz Mori siguió tomando su té, hasta que el palacio de Bellas Artes y la torre Eiffel se desvanecieron mientras se cerraba el telón.

Luego se escuchó una explosión y de entre el humo se abrió paso Francisco, Indalecio o Ignacio, Madero, interpretado por Diana del tercero D, era de las que les decían las raperas, con bombín y los ojos enmarcados en delineador negro. Más que nada se parecía a Chaplin, aunque sí tenía un aire de revolución y espiritismo al centro del escenario vacío, dispuesto solo para su mística figura que flotaba en la nube de hielo seco que se había esparcido por toda la base del escenario.

Me llamaron «el loco que se comunica con los muertos», aunque en realidad fui una mujer de familia honrada, que se preocupaba por el bien de la patria, a quien quise servir en la medida de mis fuerzas. Nací en 1873 en la hacienda el Rosario en Parras de la Fuente, Coahuila. Me comprometí con las tareas del campo, por eso realicé estudios de agricultura en Estados Unidos y de administración en Francia. Al volver de París en 1909, fundé el Partido Nacional Antirreeleccionista, con el que logramos sumar fuerzas con varias terratenientes y gentes de a pie, quienes estaban hartas de las terribles condiciones de opresión y antidemocracia con las que nos tenían sometidas los del gobierno del dictador que, al ver la fuerza de nuestro movimiento, me encarceló.

Desde prisión, escribí el Plan de San Luis, contra el Gral. Díaz, que proclamamos el 5 de octubre de 1910, ante las simpatizantes de nuestro movimiento quienes serían las encargadas de llevar estas palabras a todo el pueblo:

Si os convoco para que toméis las armas y derroquéis al Gobierno del General Díaz, no es solamente por el atentado que cometió durante las últimas elecciones, sino para salvar a la Patria del porvenir sombrío que le espera continuando bajo su dictadura y bajo el gobierno de la nefanda oligarquía científica.

Si en el ánimo del General Díaz hubiesen pesado más los intereses de la Patria que los sórdidos intereses de él y de sus consejeros, hubiera evitado esta revolución; pero ya que no lo hizo... ¡tanto mejor!, el cambio será más rápido y más radical, pues la mujer mexicana valiente recurrirá a la fuerza para sacudirse el yugo, y arrojará a ese hombre funesto del poder y para reconquistar su libertad.

¡Sufragio Efectivo. No-Reelección!

San Luis Potosí, 5 de octubre de 1910. Francisco I. Madero.

Se cerró el telón y de una cortina de humo emergió una mujer vestida de negro quien sentenció:

El Plan de Ayala circuló entre las correligionarias de más confianza hasta el 15 de noviembre de 1910. Un par de días antes en Puebla las hermanas Serdán, que eran simpatizantes antirreeleccionistas, se levantaron en armas, siendo duramente combatidas por los rurales en su casona de la calle de la portería de Santa Clara, Puebla.

Díaz fue derrocado en 1911. Madero fue presidente de la nación hasta 1913, cuando un golpe militar del traidor y asesino Victoriano Huerta los mató a él y al vicepresidente Pino Suárez.

Del fondo del telón sonó una armónica con los acordes de «La cucaracha», luego las del coro salieron vestidas de militares villistas a caballo cantando: *Ya murió la cucaracha, ya la llevan a enterrar, entre cuatro zopilotes y un ratón de sacristán. La cucaracha, la*

cucaracha, ya no puede caminar. Porque no tiene, porque le falta, mariguana que fumar.

No sé si te acuerdas, de todo esto, Rudra. Te juro que ese día casi no salgo al escenario. Me temblaban las piernas, sentía un hormigueo en las rodillas y tenía mucho frío. Salí, empapada de sudor y con las rodillas como cascabeles de la temblorina; llegué hasta el centro abriéndome paso en medio de las compañeras que iban a caballo. Plantada en el centro, como asta bandera de plaza pública abandonada, nomás miré para arriba de las cabezas del público y me acomodé los bigotes que se despegaban del lado derecho. Disfrazada más para ir de safari que para hacer la revolución: en mi cabeza debajo del salacot o salakot, solo sonaba una frase: soy una impostora, soy una impostora, soyunaimpostora, soyunaimpostora, soyunaimpostora, soyunaimpostora, nadie me va a creer nada nunca. Tomé aire y abrí la boca pintada con bronce dorado debajo de los bigotes y miré al infinito con las pestañas recién enchinadas y pronuncié quién sabe cómo:

Compañeras de armas y señoras, no crean ustedes que la que les va a hablar es una persona de la filosofía, yo nada más soy una persona del pueblo, así que ustedes comprenderán que, cuando les hable, les hable con el corazón. Mi nombre es José Doroteo Arango Arámbula, pueden llamarme Pancho Villa, nací en la hacienda La Coyotada en San Juan del Río, Durango, de donde tuve que huir después de asesinar al patrón que abusó de mi hermana. Tuve varios oficios, albañila, cargadora, bandolera y gobernadora.

Me uní al movimiento antirreeleccionista porque ese Madero me pareció sincero y, como todas, ya estaba cansada de ver tanta injusticia social. Luego, comandé la División del Norte para luchar en contra del usurpador Huerta. Cuando Huerta le puso precio a mi cabeza y fue apoyado por Estados Unidos, ataqué la Ciudad de Columbus. Intentaron capturarme, pero no lo lograron. En 1914 firmé un contrato con Hollywood para que filmaran la batalla de Ojinaga el 10 de enero, los trajes que nos regaló el director de cine

nos quedaron retepiochas. Cuando fui gobernadora de Chihuahua, abrí escuelas y yo misma asistí para aprender a leer y escribir, también prohibí el alcohol que tanto ha servido para someter a las pobres. Luego firmé un pacto con el gobierno de Álvaro Obregón para retirarme a la Hacienda El Canutillo en Parral. Y quiero dejar bien claro que, yo, Pancho Villa, fui una persona leal que el destino trajo al mundo para luchar por el bien de las pobres y que nunca traicionaré ni olvidaré mi deber.

Poco a poco se fue cerrando el telón.

Volvió a sonar la armónica, desde el fondo se oyeron unos tiros y salió ella, Bárbara Emiliano Zapata, con sombrero de ala ancha y alisándose el bigote, diciendo:

Si bien el ejército norteamericano nunca pudo detener a mi Generala Doña Francisco Villa, un comando de matones enviados por Obregón y Calles la asesinó el 20 de julio de 1923 en Parral, Chihuahua.

Mi nombre es Emiliano Zapata Salazar. Nací un 8 de agosto de 1879 en San Miguel de Anenecuilco, en el estado de Morelos, donde los latifundistas han hecho de las suyas desde antes de que Humboldt llamara a Cuernavaca «el lugar de la eterna primavera». Por esa razón, viendo cómo las campesinas éramos despojadas de las tierras, fue que me uní a la Junta de Defensas de las Tierras, donde conocí al periodista Ricardo Flores Magón y a mi maestro Otilio Montaño. El 11 de marzo de 1911, al ver que Madero nomás no cambiaba nada de las estructuras porfiristas y que la injusticia seguía sobre las campesinas y las trabajadoras, me levanté en armas y me llamaron «Caudillo del Sur». El 28 de noviembre, después de muchos días de trabajo, redactamos el Plan de Ayala con el que desconocimos a Madero, pero con el que sobre todo sentamos las bases para una reforma agraria que restituyera la propiedad de las tierras a los pueblos y exigíamos el respeto a los principios del Plan de San Luis y que se cumplieran las promesas de la revolución. Cuando terminamos de escribirlo, les dije:

«La tierra es de quien la trabaja. Ora sí, muchachas, las que no tengan miedo, fírmenle».

Y firmaron: «¡Tierra y libertad!».

Porque siempre será mejor morir de pie que vivir toda una vida arrodillada.

¡Viva la Revolución!

Y Bárbara Zapata empuñó el rifle que traía en la mano derecha y se quitó el sombrero ante la concurrencia.

Entonces desde el fondo del auditorio, Rudra, gritaste: ¡Bárbara, te amo!

Y toda la escuela en la ceremonia del 20 de noviembre de 1990, ochenta años después de aquel llamado, escuchó que: tú, Rudra, decías amar a tu compañera, Bárbara, ante los oídos atónitos de los maestros y maestras de la Treinta y Ocho gloriosa, de las autoridades invitadas, de los siete grupos de primero, seis de segundo y siete de tercero, y de la incipiente actriz hija de la escuela que había salido en una telenovela interpretando a una sirvienta. En ese momento, cada uno de los átomos de mi cuerpo desde el dedo chiquito del pie derecho hasta la coronilla comenzaron a punzar inundados por un sentimiento extraño y doloroso. Entonces las aguas heladas retrocedieron para dar paso a la más devastadora sequía y bosques incendiados en este planeta, en este sistema solar, galaxia y el universo infinito, porque me acordé de súbito que un día en primero íbamos a vernos en la tienda Poppin Tiger a las tres de la tarde en Plaza Universidad, y no llegué y no te hablé por teléfono y no te expliqué nada nunca y te dejé de hablar.

En la Treinta y Ocho gloriosa todas hicieron como que no había pasado nada. Nadie escuchó nada. Salimos todas las revolucionarias a agradecer los aplausos. La maestra Arrona dio las gracias a las autoridades que nos acompañaron, pidió a los profesores que llevaran a los grupos al salón y nos invitó a celebrar el día de la Revolución viendo el desfile de los deportistas y de las Fuerzas Armadas. Se despidió con un: ¡Tierra y libertad! ¡Viva la Revolución!

Al otro día fue feriado.

Playa con palmeras

Los ríos de África son el Nilo que desemboca en el Mediterráneo, el Congo que desemboca en el Atlántico, igual que el Níger, el Senegal y el Orange; en el Océano Índico desembocan el Zambeze y el Limpopo. Recitábamos en la clase de geografía después del día de asueto y del desfile. Parecía que ya nadie se acordaba de lo que había pasado en la ceremonia de la Revolución y ahora ya venía la blanca Navidad. África es el segundo continente más seco del mundo, el primero es Oceanía. El 66 por ciento del territorio de África es árido o semiárido, y en África la mayoría de sus habitantes tienen que caminar por lo menos treinta minutos para ir por agua. Más de la mitad de los habitantes que viven en el África Subsahariana sobrevive con un metro cúbico de agua al año. Me pregunto si en la televisión de los países africanos hay un niño gordito diciéndole a las personas que desperdician el agua: ¡Ciérrale! También me pregunto, Rudra, qué estarás haciendo ahora que has dicho que amas a Bárbara. Todo se me hace bolas mientras intento colorear el mapa de África y sus ríos para aprenderme sus nombres. Los ríos de África son el Nilo, el Congo, Níger, Senegal, Zambeze, Limpopo y Orange, y parece que han pasado millones de años desde el día de la ceremonia de la Revolución. Además, es raro que no hayan dicho nada en la ceremonia acerca del viaje a Oaxtepec, estarían distraídos en la dirección con lo de la ceremonia, el feriado,

tal vez en cualquier momento vendrán a decirnos que tercero C se va a Oaxtepec.

Levanto la mano para ir al baño. Sí, ve, toma la tarjeta verde.

Los ríos de África son el Nilo, que desemboca en el Mediterráneo; el Congo, Níger, Senegal y Zambeze que desembocan en el Océano Atlántico; y Limpopo y Orange que desembocan en el Océano Índico. Entro al baño, salgo, y cuando me estoy lavando las manos, alguien detrás de mí dice: ¡Ciérrale!, como en el comercial. Levanto la cara y te veo. Estoy hecha bolas. Los ríos desembocan en África y son áridos, sus habitantes sobreviven con media hora de agua al año, que traen del Mediterráneo en trenes trasatlánticos. No tengo la más remota idea de qué hacer, me acerco a ti, Rudra, mirándote a los ojos, toco tu rostro y te doy un beso lento y tibio: y mientras te beso, susurro que los ruidos de África desembocan en lagos y cascadas, que los hielos perpetuos del Kilimanjaro se transforman en nubes para todo el mundo. Rudra, visitemos el Kilimanjaro y vayamos de exploradoras al Continente Originario, sigo diciendo muchas cosas, y ya no eres tú, sino un mapa que se desfigura y se inunda de agua salada: un mapa donde los océanos lo invaden todo con agua imbebible, insostenible, salada y viscosa; entonces, en ese momento, ya no eres tú a quien beso, sino a un mapa que chorrea agua y sal; y se me deshace entre las manos.

Suena el despertador.

Chocolates Turín, ricos de principio a fin, la hora exacta 5:52. Hay que bañarse para ir a la escuela. Le cambio de estación. *No vamos a encontrar otra playa que tenga palmeras moviéndose al viento, no vamos a encontrar un amor a medida otra vez.*

Total, que ese día había examen de geografía a la primera hora y estuvo de la fregada. Se me olvidaron los países que atraviesan los ríos de África y lo peor es que cuando escribí el papelito con las respuestas para Andrea y Lizbeth, escribí todo hecho bolas. El papelito corrió por el salón como por un río llevando respuestas equivocadas que se manifestaron en cada examen de todas las que

leyeron y transcribieron del papelito; de manera que todas respondimos que los ríos de África son pocos y áridos; que es el segundo continente más seco del mundo, solo después de Tanzania, y que el Amazonas tiene su origen en Senegal.

Después de eso, en lugar de entregarnos calificaciones, la maestra de geografía nos aseguró que investigaría de dónde habían salido esas respuestas, que una cosa era que anduviéramos copiando, pero que ni siquiera nos diéramos cuenta de lo que copiábamos, esa sí era una cosa bien grave. Todas voltearon a mirarme como si las respuestas erróneas estuvieran grabadas en mi cara con escoriaciones. Me encogí de hombros y pedí permiso para ir al baño. Toma la tarjeta verde.

Entré, salí, abrí la llave del agua, le cerré, abrí de nuevo, me enjuagué y le volví a cerrar; y afortunadamente no había nadie. Salí del baño debajo de las escaleras y ahí estabas, Rudra. Nos vimos y me barriste de arriba abajo, me miraste con desprecio; solo pude mover la cabeza de un lado a otro: pero alguien nos vio, y después de eso, solo sé que se corrió el rumor de que tú y yo nos estábamos besando en el baño, como cuando íbamos en primero.

De todo el calor que se me subía a la cabeza con esa historia, no alcanzo a distinguir cuál de las situaciones era la que más triste o enojada me ponía, si haber soñado que te besaba, Rudra, si mirarnos con tanto desprecio en el pasillo o la bola de chismes que ni en sueños eran ciertos y que se hacían a expensas de nosotras. Me sentía furiosa o triste o ambas y me daban unas ganas de escapar, de echarme a correr y no volver a saber nada de nadie nunca, ni de ti. Me hubiera gustado no haberte conocido en el baño, ese día en que parecía que me ibas a salvar siempre de todas las manchas y de todas las cosas horribles del mundo como el calentamiento global, me hubiera gustado no sentir todo lo que me importabas, con la forma tan arrojada y salvaje con que parecía que te tomabas la vida, hasta que nos alejamos, hasta que me alejé de ti, porque mi mamá decía que no tenía que juntarme contigo ni con

las que son como tú. Sentía como si todo este tiempo en que no nos hemos hablado, ni vuelto a comer jícamas con chile ni nada, todo se hubiera convertido en un río seco donde solo quedaban lodo y mosquitos.

De todo esto que siento, Rudra, lo único que sé es que me gustaría poder hablar contigo un día y no estar escribiendo estas cosas ni hacer listas con todos los pendientes que se me agolpan, y que al acumularse en mi cabeza y en la libreta hacen que se me olvide un poco lo mucho que quisiera volver a hablarte para decirte lo que siento; aunque en lugar de eso aparecen listas interminables de cosas por hacer: un mapa de los ríos de África con división política, aprenderse las montañas ahora y repasar los ríos para quizá un nuevo examen. Dibujo del desfile del 20 de Noviembre para civismo. Olvidar por qué sentí tan raro cuando escuché que le gritaste a Bárbara que la amabas, olvidar la punzada aguda desde la quijada al corazón que me atravesó como un rayo y que hizo que se me doblaran un poco las rodillas, mientras unas ganas aterradoras de echarme a correr me asaltaban y no podía, estaba en parálisis y en tristeza y enojo al mismo tiempo de imaginar que estando ahí en el escenario prefirieras a Bárbara vestida de Zapata y no a mí, que le hubieses gritado que la amabas mientras a mí me encontrabas en los pasillos y me mirabas con desprecio. No pensar más en ti, no escribirte más, no hacerte cartas con corazones que quizá nunca te vaya a enviar. Olvidar. Echar debajo de todos los ríos de África y del mundo este coraje que siento y a lo mejor olvidar. Devolver el sombrero de Pancho Villa a Martín, que lo consiguió porque se lo pidió mi mamá. Poner el uniforme y bolear los zapatos. Hacer los planos de la maqueta de dibujo técnico, quiero construir un Taj Mahal. Viajar a la India un día. Revisar las ecuaciones de segundo grado, aprenderme la fórmula general. No volver a pensar en que puede desatarse una guerra nuclear jamás. No pensar en Laguna Verde ni una vez más. Ni pensar ni en el petróleo ni en Rockefeller ni en Kuwait ni en la Guerra del Golfo Pérsico, no pensar en eso, el

mundo no va a echarse bombas nucleares otra vez, no pensar en eso jamás. O sí, bueno, si no se las echa, pone reactores para hacer energía nuclear. Escribir para que todo este sentir me deje de doler. Escribir que la energía puede ser mecánica, que puede ser potencial o cinética, como cuando te haces bolita en lo que acumulas energía y ganas de que las cosas cambien. Chernóbil, Laguna Verde, la energía es una cosa que no sé dónde poner ni a dónde va a parar pero si la escribo, Rudra, sé un poco mejor dónde está. Escribir para poder dormir, escribir lo que sentí el día de la ceremonia de la Revolución: una punzada que va de la quijada al corazón y que hace que se me doblen las rodillas; así si lo escribo puedo saber a dónde está y dejar la ceremonia de la Revolución en paz. Ya casi no siento raro, Rudra, qué cosas tan radioactivas eres capaz de hacer como una Rockefeller de las cosas raras, y ya casi no quiero pensar en ti ni en la bomba nuclear que soltaste en la ceremonia y ahora viene la Navidad y vamos a cantar «Los peces en el río» otra vez, sin violetas imperiales tan ajenas a esa sensación que era pensar en su purpúreo seno que se ha diluido en el gris mugroso de las tardes de contingencia ambiental; y ya no quiero pensar, pero parece que al mundo de repente le hace falta un poco de paz, *oh, blanca Navidad*, y Rogelio que no regresa como la virgen que le habla, y los cabellos de oro y plata fina de Dorlina, y ya no quiero pensar ni escribir ni nada ni Navidad en casa de mi abuela, y eso que lo bueno es que, Rudra, a veces ya casi no pienso en ti, ni en lo que dijiste ni en Kuwait ni en la energía nuclear, ya siento distinto, creo, quiero que así sea, y veo entonces a Bárbara y el romero floreciendo por ver a Dios nacido, por vez primera; aunque me intranquilizan los golfos, el de México, Laguna Verde, el de Persia; es de ahí *El Gilgamesh*, o me equivoco; un Rockefeller que lo toma todo, que bebe y bebe y vuelve a beber, bebe y bebe, beben los peces Rockefeller por ver a Dios nacer, reactores de energía nuclear, hasta que ya muy noche me quedo dormida y sueño con nadar en playas de aguas cristalinas, en playas con palmeras moviéndose al viento y tibieza y paz, creo.

No se trata de una película de Walt Disney

Volvimos de las vacaciones de la Navidad del último año de secundaria. Lo único bueno que pasó fue que Martín me regaló el casete de Caifanes que en el lado B comenzaba con la canción «Viento» y que escuché muchas veces, muchas, en la grabadora que me dejó Rogelio antes de irse.

Ya nadie se acordaba de que le habías gritado a Bárbara que la amabas. Lo que sí seguía por ahí, en las paredes de los baños, era ese rumor de que tú y yo nos habíamos besado. Un verdadero disparate espantoso pintarrajeado en el baño donde nos dibujaron con pluma bic al lado de la palabra «desViadas», con la V en mayúscula. Lizbeth y Andrea me lo enseñaron y fuimos las tres a borrarlo, pero más tardábamos en borrarlo con corrector que volvía a aparecer, y luego más palabras, «mariconas», «raras», «lesbianas». Todo comenzó a ponerse raro en la Treintayocho, muy raro.

En la clase de biología, la maestra Tina Gutiérrez Pérez nos dijo que daría una clase especial a petición de la Mesa Directiva de la Asociación de Padres de Familia que acababa de sesionar extraordinariamente.

Tina Gutiérrez Pérez, bióloga, egresada de la UNAM en 1977, comenzó a hablar de que en la naturaleza todo está dispuesto para la reproducción de las especies, que no hay absolutamente nada que tenga que ver con el placer de las especies o el goce de las especies.

Que si existen aves y peces o plantas es porque la vida brota así, y que la reproducción es un asunto de células para fecundar y células que fecundan, y que no hay nada más, que en las flores y los frutos es muy fácil distinguirlo. Lo mismo las aves. Levanten la mano, dijo la bióloga Tina Gutiérrez, si alguna ha visto cómo se reproducen los canarios.

Levantó la mano Lizbeth: Claro, el canario macho pisa a la canaria hembra y luego los dos ponen el nido, salen los huevos y luego los canaritos. Perfecto, dijo la bióloga Tina Gutiérrez Pérez, esa es la naturaleza. Hay canarios machos y canarias hembras: no hay más y si se encuentran es para que el ciclo de la vida continúe. Ahora bien, podemos distinguir a los canarios de las canarias porque los canarios son más fuertes, esbeltos, cantan y se encargan de llevar el alpiste cuando las canarias están empollando. En cambio, las canarias son redondas, chiquitas, no cantan y empollan en su nido. Me parece que lo han entendido muy bien, esa es la naturaleza: canarios o canarias. ¿Dudas?

Maestra, ¿puede ser que una canaria sea más que una amiga de otra canaria?, preguntó Andrea. ¡Qué! Evidentemente, respondió Tina Gutiérrez Pérez, ni los canarios ni las canarias pueden ser amigos, se trata de biología, no de una película de Walt Disney. Saquen su libro, página 77. De la clasificación de las especies. Linneo, el padre de la biología, sus aportaciones, clasificar, ¿para qué?, ¿qué es una especie?

Una bola de papel aterrizó en mi banca. La abrí, en el centro del papelito estaba un corazón con nuestras iniciales, las tuyas y las mías, Rudra, las habían pintado con pluma de color rosa con aroma. Volteé a ver de dónde había salido, y parecía que ninguna del salón se había dado cuenta. El mensaje llegó de afuera como una amenaza extraterrestre, como si una bola de reptilianos estuviera a punto de tomar la secundaria. Estaba asustada, mucho, estaba encabronada, a quién se le ocurrió, además a la que le gritaste que la amabas fue a ella, a Bárbara, no a mí, ¿estaban locas?,

¿reptilianas? Me temblaban las piernas y estaba blanca, transparente y abrumada. Andrea intentó acercarse, asomarse un poco a ver qué decía ese papelito que me había puesto tan mal. Le grité: ¡Déjame en paz! Azoté la banca y salí del salón hecha una furia.

En el patio todas se me quedaban viendo con risitas burlonas. Me picaba todo. De repente, toda la arena del desierto del Sahara, del de Durango, del de Sonora, del Atacama, todos los desiertos del mundo se agolparon en mi corazón y de ahí se extendieron por mis venas y arterias hasta el cerebro y cada una de mis extremidades. En mi pecho había una tormenta de arena hirviendo que llevaba arena a los dedos de mis manos y mis pies, a mis ojos que se nublaron de sal y fragmentos minerales, milimétricas partículas del universo trituradas corriendo por mi cuerpo; así que lo hice, Rudra, entré a la dirección, y solo lo hice. Pedí hablar con Munra Luz y me senté a esperar frente a la pecera, ahí estaban Fama y Fortuna, los peces dorados de la dirección, mirándome fijamente, aterrados ante el desierto sin fin que era toda yo.

Munra Luz Ramírez me dijo: Pasa. ¿Qué es tan importante? Le dije que me estaban molestando, que alguien me estaba molestando. Le dije que tú me estabas molestando. Preguntó que por qué decía eso, que cómo era que me estabas molestando, que a qué me refería y le enseñé el papelito. Munra le pidió a la prefecta Noemí que te trajeran a la dirección.

Cuando llegaste te miré desafiante y enojada: esa mirada que había visto en otra parte, esa mirada que sentía que me seguía a todas partes y me hacía sentir horrible. Munra te enseñó el papelito, y tú, Rudra, te enojaste: reventaste contra Munra, le dijiste que no tenías nada que ver con esas cochinadas, que era horrible, que no tenías nada que ver con eso y golpeaste la mesa, la silla y tiraste el florero que se rompió, regando las astromelias y el agua sobre el escritorio. Munra te castigó con una suspensión de tres días y mandó llamar a tu papá.

Me dijo que me podía ir, que estaría al pendiente y que en cualquier momento podría entrar a su oficina para contarle de cualquier cosa rara que viera.

Hubiera querido que fuera distinto, pero no se trata de una película de Walt Disney, como dijo la maestra de biología.

La fortuna sonríe a los audaces

Los canarios y los pavorreales se distinguen de las hembras de su especie por ser más altos, esbeltos y vistosos. Los canarios y los pavorreales son pura belleza; en cambio, las hembras de su especie son más pequeñas, sin color ni chiste, les falta la gracia, los colores y el canto de los machos. Todo eso rondaba en mi cabeza mientras estábamos en las escaleras Andrea, Lizbeth y yo resolviendo el test de personalidad que venía en la revista que Andrea compraba cada semana sin falta desde que entramos a segundo, una recopilación de chismes, clichés y horóscopos que nos permitía saber los asuntos de la farándula del momento y hablar de nuestras propias cosas.

A ver, cada una escriba, ¿cuál es tu animal favorito? Inmediatamente pensé en una pantera negra y poderosa trepándose a un árbol, un gato enorme y musculoso por las ramas de un robusto y fosforescente encino. Luego la vi llevar al cachorro en el hocico para alejarlo de una amenaza, rugir, tirar el zarpazo y mostrar los enormes colmillos salivantes. Por un momento, sentí lo fiera y poderosa que tenía que ser para defenderse y sentí como se me ponían rojos los cachetes. Pero en realidad, escribí: la vaca.

Luego teníamos que responder: para ti, ¿qué es el bosque? Pensé en las sierras eléctricas y cómo son derribados árboles enormes, me acordé cuando teníamos que ir al pueblo de mi mamá en la carretera, que en cada viaje se veían más y más huecos en los cerros que se iban quedando pelones porque tumbaban los pinos, y

cómo iban y venían camiones llevando troncos gigantes. Aunque solo escribí: el bosque es misterio y paz.

Cuando llegamos a la pregunta sobre el mar, me acordé del último viaje que hicimos con mi papá a la playa. Lo muy borracho que se puso todos los días; más ese en el que al atardecer paró el coche a la orilla de la carretera. Veníamos de estar en una palapa comiendo pescado a la talla a la orilla de un río, estuve jugando todo el día con Mario, un niño que vivía ahí, y que me enseñó a echarme con la corriente del río y luego dejarme ir varios metros para nadar y salir por la orilla, estuvo muy divertido; hasta que en una de esas, me jaló la corriente y me dejó del otro lado, en una isla que se formaba en medio del río. Mario se dio cuenta y se echó un clavado desde donde estaba para ir a traerme de regreso a la orilla donde estábamos jugando a encontrar pepitas de oro y esmeraldas, de las verdes, decíamos y colocábamos las piedritas en una cubeta. Luego Mario se tuvo que ir a trabajar y fui a donde estaban mis papás con sus compadres, les iba a enseñar las piedras de la cubeta. Pero ya mi papá se había puesto muy borracho y teníamos que regresar al hotel. Dejó que condujera su compadre, y antes de llegar a Acapulco lo obligó a detener el coche en una playa de mar abierto a la orilla de la carretera. Se bajó, se quitó la camisa y se echó al mar que estaba picado, ya era tarde. Todo comenzaba a ponerse naranja, rojo —si hubiera podido en ese momento, habría recuperado la frase de que la tarde estaba en su purpúreo seno, pero no—, y mi padre seguía ahí, retando al mar; entraba y salía de las olas frenético, hasta que casi no sale de una, salió trastabillando con el estómago todo revuelto. Tuvimos que esperar a que se calmara y se le bajara un poco, no solo la borrachera sino quién sabe qué cosa oscura, porque después reventó en llanto como niño chiquito, y mi mamá estaba enojadísima, con sus ojos reprobación y molestia. Del sol solo quedaba un hilito rojo en el horizonte. Trepamos a mi papá al coche y se quedó dormido enseguida, iba roncando muy fuerte. Mientras, mis primos, mis tíos, mi mamá y yo hacíamos como que no había

pasado nada. Yo solo quería haberme quedado en esa isla jugando con Mario.

Cuando me preguntó Andrea qué había escrito, le dije que el mar, a veces, no me gustaba tanto.

Lizbeth dijo que las ballenas. Que una ballena gigante para hacer unas fiestas enormes como las que dicen que se hacen en el Baby'O. Que desde chiquita las ballenas han sido su inspiración. Andrea le dijo que no inventara, porque la otra vez había dicho que su animal favorito era el alacrán. Lizbeth lo negó y se puso roja, agarró su libreta y dijo que ya se iba. Andrea puso una cara rara. Sobre todo porque Andrea y yo sabíamos que, en su cumpleaños, Andrea le había regalado un alacrán de alambres de cobre, porque Lizbeth dijo que lo mejor de lo mejor eran los alacranes de Durango y los escorpiones del zodiaco como ella. Andrea y yo nos miramos. Hasta que me dijo: Yo creo que estos test de la personalidad son puras pendejadas, a mí no me gustan los animales, ninguno. Ningún animal, ni una pulga. A mí solo me gustan las plantas carnívoras y creo que todo lo que tiene que ver con los bosques se vuelve una película de terror. El año pasado fui de colada a un pinche campamento donde mis primos y sus amigos se estuvieron burlando de mí, porque me dio miedo en la noche y ya me quería regresar a mi casa, y me empezaron a cantar la tonadita de la película de la *Posesión* y me dio más miedo, y estuve llorando hasta que me quedé dormida y amanecí toda hinchada y picoteada, porque algo me hizo reacción alérgica y parecía un espantoso pinche pez globo. Así que, a la chingada, no vuelvo a comprar esa revista inútil. Además, en este número no salió Pablito Ruiz. Los odio.

Le pregunté si a mí también y me dijo que no.

Sonó el timbre y nos fuimos a formar para entrar al salón.

Los canarios y los pavorreales se distinguen de las hembras de su especie por ser más altos, esbeltos y vistosos. Los canarios y los pavorreales son pura belleza; en cambio las hembras de su especie son más pequeñas, sin color ni chiste, les falta la gracia, los colores

y el canto de los machos. No estaba segura de lo que había pensado y respondido primero o después; en realidad, no sabía si realmente anhelaba ser pantera, vaca o canaria. En realidad, el animal que me hubiera gustado escoger sería uno que no sintiera vergüenza, ni se sintiera observado ni enojado ni triste, un animal que no se preocupara por lo que piensen de él, uno que estuviera contento y tranquilo, respirando ser el animal que era; porque en ese momento yo era más bien como un león enjaulado que no sabía dónde ponerse ni acomodarse ni nada.

Aunque sí, con lo que hice, Rudra, dejé de pensar en ti como antes; y comencé a pensar en ti más como en una fuerza desconocida, como de otra dimensión, que venías a acabar con el mundo, como los reptilianos. Dejé de pensar en ti como la muchacha que me había ayudado hacía un par de años a resolver una catástrofe de ropa manchada y toallas sanitarias y que me había caído muy bien, para pensar en ti como una fuerza aterradora que venía del espacio exterior para acabar con el mundo tal y como lo había conocido.

Como león enjaulado estuve hasta que nos llamaron a formación por grupos en el patio, qué raro. Al medio día, bajo el sol. ¿A quién se le ocurrió? Pues ahí nos formamos todas en el patio. Y conectaron el sonido. Algo importante tendrían que comunicarnos. Y sí.

Munra Luz Ramírez tomó el micrófono, abrió las fauces y pronunció su discurso: Es necesario que nuestra escuela sea ejemplo de compostura y buenas costumbres para futuras generaciones, no podemos permitir que algunos grupos infiltrados de agencias desestabilizadoras quieran arruinar la reputación y las bondades que nuestro sistema y nuestros esfuerzos han creado para nuestra comunidad y, si no lo han visto claramente, las invito a meditar cuidadosamente en los premios y trofeos que como escuela hemos reunido gracias al esfuerzo de alumnas, profesores y padres de familia. Por eso es que, para reforzar las ideas de responsabilidad y decencia que guían los principios de nuestra amada secundaria, y en

consonancia con los mejores deseos de nuestra Mesa Directiva de la Asociación de Padres de Familia, se han reunido urgentemente para tomar determinaciones, por el bien de todas ustedes y por el futuro y la reputación de las generaciones venideras es que se han tomado algunas determinaciones que nuestro insigne profesor de español J. Bonilla estará a cargo de llevar a cabo e indicarles puntualmente.

J. Bonilla apestaba. Apestaba a *old spice* y a que todo le había salido bien siempre y parecía que se podía saber cuándo iba a llegar precedido por el tilín tilín de todas sus medallas titilantes colgadas en el cuello, chocando unas contra otras. Cuando se presentó en la primera clase de español de tercero, entró muy seguro de sí, colocó su portafolio Samsonite azul petróleo y un termo con lo que supusimos era café sobre el escritorio. Del portafolio sacó un atril de madera, un libro del *Quijote*, después se alisó la corbata y se aseguró de que viéramos cómo colocaba un pisacorbatas a la altura del tórax, luego suspiró y, como si con su voz grabara palabras en letras de oro sobre el aire, salmodió: La fortuna sonríe a los audaces. ¿Alguna de ustedes me puede decir de quién es esa contundente frase? Nos quedamos viendo con cara de a este señor qué le pasa, y después de un largo rato, pronunció con su tonito de sabelotodo: En fin, ya veo que no saben porque aún no me conocen, pero es preciso indicarles que «La fortuna sonríe a los audaces» es una frase de mi autoría y ha sido utilizada como epígrafe en un poema dedicado a mi padre, Jacobo J. Bonilla, que se publicó en la revista de la Facultad de Filosofía y Letras en la primavera de 1988. Ahora bien, comencemos la clase, y todas sus medallitas tintinaron estruendosamente, justo como ahora que tomaba el micrófono.

J. Bonilla, que apestaba a *old spice* y a que todo le había salido bien y siempre se escuchaba como un montón de medallas y trofeos chocando unos contra otros, usaba gel y se hacía un copetito muy gracioso que lo hacía parecer una especie de Hernán Cortés venido a menos y sin ningún chiste. El día del anuncio, tomó el micrófono y anunció: En esta escuela no vamos a tolerar que cunda la

enfermedad ni el desquiciamiento de nuestras conductas, que deben ser honorables, firmes y buenas a los ojos de Dios y de los hombres; por lo que a partir de ahora llevaremos una disciplina que nos permitirá recuperar el orden y la salud después de los últimos acontecimientos que se han presentado.

Primero que nada, el viaje a Oaxtepec de tercero C se suspende definitivamente, lo mismo que el taller de escribir para la fiesta de fin de año en honor de nuestra querida maestra Luz Ramírez, los trabajos hasta ahora escritos serán suficientes. Además, mientras se alisaba la corbata, J. Bonilla manifestó: Los padres de familia nos han pedido que tengamos una clase obligatoria para cada una de ustedes acerca de los peligros de las enfermedades mentales y, sobre todo, que las encaucemos por el camino del bien, la rectitud y el orden; nos han rogado encarecidamente por aquellas alumnas en las que percibimos más peligros y riesgos. Así que por el momento quedan suspendidos los talleres de dibujo técnico y de artes plásticas, de los tres grados, las alumnas de esos talleres serán reubicadas en una nueva sección de economía doméstica, que será la materia piloto para volver al orden y alejarlas de los peligros que acechan a la juventud, por sus mismas inquietudes mal encauzadas.

No habrá posibilidad de reunirse en grupos si no es con la presencia de profesores. De manera que ningún grupo podrá quedarse solo, en todos los grupos habrá un profesor o prefecto encargado.

Ninguna alumna podrá reunirse con otras compañeras ni dentro ni en los alrededores de la escuela. Estaremos vigilando. A la que se sorprenda teniendo amistad con los de la secundaria de al lado, será amonestada y, si reincide, castigada.

Todos los días se harán revisiones minuciosas de sus peinados; a partir de ahora quedan prohibidos los copetes elevados, muy particularmente esos que se hacen, pareciera, con el tubo del drenaje. Se les pedirá que se peinen adecuadamente y, si reinciden, el problema será cortado de raíz.

No pueden traer las uñas ni pintadas ni largas ni con brillitos. La prefecta Noemí será el apoyo más importante en el correcto cuidado de su persona, ya que ella organizará las revisiones y los asuntos que haya que corregir.

Absténganse de traer la falda corta, que no podrá estar ni un milímetro por encima de las rodillas, a reserva de que en cuanto se descubra la falta de tela para cubrir sus piernas, se intervendrá para corregirlo inmediatamente.

Tolerancia cero a los retardos y las faltas. Quien acumule más de dos faltas al mes tendrá que hacer trabajos extra para reponer la pérdida de horas efectivas de clase.

A la que se sorprenda pintando en los baños, será expulsada.

Ahora, hagamos los honores a la bandera.

Su discurso nos cayó como una bomba. Lo habíamos planeado tanto. El viaje a Oaxtepec, comencé a gritar: ¡Tercero C se va a Oaxtepec!, ¡Tercero C se va a Oaxtepec! Lizbeth y Andrea intentaron secundar el griterío, pero nadie más se unió, nos quedamos solas y verdes de coraje cuando Munra Luz Ramírez llamó a una fulanita de primero a recitar el juramento.

Como si lo único que hubiéramos podido hacer era enmudecer. Ninguna del tercero C pronunció palabra, creo, quiero imaginar; aunque Dorlina sí masculló un «legado de nuestros héroes».

Para el resto de la escuela era como si nada de lo que nos acababan de recetar creara alguna incomodidad o molestia.

Y luego pensé en ti, Rudra, mucho, muchísimo, pero no como al principio, no como en las cartas que te escribí y que no te he entregado, sino con horror. No sé por qué no se te ocurrió otra cosa, como mandarle una carta a Bárbara o coquetearle como lo hiciste una vez con Diana la rapera en el salón de dibujo técnico, cuando le prestaste tus estilógrafos, o invitarla a Plaza Universidad como aquella vez que me invitaste a mí. Si no le hubieras gritado en la ceremonia, nadie se hubiera enterado de nada; pero sí lo hiciste,

frente a toda la escuela, frente a Munra Luz Ramírez, frente a J. Bonilla, frente a la inspectora y los invitados especiales y frente a mí.

¡Qué tenías en la cabeza! ¡Qué tienes en la cabeza! ¡Pájaros! ¡Aves de mal agüero revoloteando en tu cabeza! Lo que hiciste fue encender la mecha de un reactor nuclear en el centro del patio de recreo que arrasó con todo lo divertido y prometedor que tenía haber sobrevivido hasta tercero de secundaria. Por un momento pensé que era una venganza que habías planeado contra tercero C de puritita envidia, sabías que con tu chistecito en la escuela se iban a poner locos. El problema, Rudra, es que ese segundo, en que pensé en cómo lo habías planeado para dejarnos sin viaje, no fue un segundo sino una cadena de segundos que se hicieron minutos, horas, días; y que, entre más tiempo pasaba, más me convencía de que eras la culpable de que nosotras nos quedáramos sin viaje ni celebración y hasta de que se hubiera desatado la guerra en Kuwait. Ahora lo sé, dejé de pensar en ti como la compañera que me ayudó en primero con mi ropa sucia y con la que comí jícamas con chile, para pensar en ti como una traidora reprobable.

Fama y Fortuna

Fama y Fortuna se llamaban los peces dorados que Munra Luz Ramírez tenía en la dirección y que, con sus profundos y gigantes ojos de pez, se encargaban de verificar que los reportes, que nos ponían cada vez que hacíamos algo contra el reglamento, quedaran bien escritos. Llegué a la escuela muy temprano, me llamó la atención ver cómo escurría agua del piso de la dirección, cómo había fisuras de las que rezumaba humedad. Agua que se trasminaba por las junturas de las ventanas y de las grietas de las paredes. De pronto se rompían las ventanas de la pecera que eran los cubículos de la directora, de los prefectos, maestras y secretarias, y se dejó venir una avalancha de agua de la oficina de la dirección que se había reventado estruendosamente: un estallido y toda la furia del agua contenida que por fin tomaba su cauce y venía contra mí, que resbalé por ese tobogán en que se transformó el pasillo que iba a dar al patio del recreo.

A mi lado, Fama y Fortuna nadaban, arrastrados por la corriente como por unos rápidos que desembocaban en un lago enorme y profundo, cercado por juncos y montañas llenas de coníferas gigantes y helechos del tamaño de la Torre Latinoamericana, provenientes del cretácico o del jurásico. Luego, Fama y Fortuna, era yo como dos peces dorados y me miraba las aletas y trataba de decir algo, pero me daba cuenta de que ni Fama ni Fortuna, que éramos yo, teníamos lengua. Así que me vi de nuevo las aletas y las

escamas que brillaban coralinas iridiscentes en las aguas de ese lago transparente, donde Fama y Fortuna, que era yo, nadábamos en la orilla sobre la que se transparentaban las sombras de un oleaje ligero provocado por un viento suave, una brisa que como lo apaciguaba todo. Hasta que de repente, en un abrir y cerrar de párpados de pez, todo se tornó oscuro y aterrador y tuve conciencia de que éramos peces sin lengua, peces deslenguados que por esa razón anatómica biológica y científica nunca sabremos a qué sabe el agua del mar ni de los ríos ni lo que significa besar, o pronunciar esta boca es mía. Sin aire, sin lengua, sin voz, convaleciente de la más oscura mudez, desperté jadeante, empapada de sudor, sedienta, y a punto de llorar y como si el no tener lengua en el sueño me oprimiera el pecho y los pulmones en la vigilia. Lloré como dos peces en mi cama que era un lago congelado del jurásico.

Abrí los ojos hacia el despertador, aún faltaban veinte minutos antes de la hora. Me levanté y encendí la luz, agarré la libreta e intenté ponerme a escribir, pero nada más me salieron unos dibujos horribles con los ojos de los pinches peces de la dirección y tu nombre, Rudra. Tu nombre sin corazones como antes. *XEQK proporciona la hora del observatorio misma de Haste, Haste un nuevo concepto del tiempo 6:05, 6:05.*

Me metí a bañar, Rudra, y pensé en que qué tal y sí eras un extraterrestre que habías venido a romper el orden del mundo con tus cosas.

En el salón les mandé un papelito a Andrea y a Lizbeth para vernos a la salida, pero seguían enojadas, así que me pusieron cara de que no estuviera molestando, como si la reptiliana fuera yo. Me sentí sola y molesta, como un Madelman esquimal abandonado en medio del glaciar ártico, a punto de encontrarse con un enorme oso polar que lo derribaría de un zarpazo, y luego le hincaría los colmillos en el pescuezo, dejándolo todo descuartizado sobre la nieve, antes de que las heladas aguas del Ártico se lo tragaran. Así estuve todo el santo día hasta que salí al recreo congelada y herida.

Andrea, Lizbeth, las cosas no se pueden quedar así.

Andrea me miró y me dijo: Claro que no, y se llevó el dedo índice en señal de que cerrara el pico.

Entonces nos dimos cuenta de que J. Bonilla nos estaba observando y se dirigía hacia nosotras. Llegó del lado de Lizbeth y la tomó del hombro: ¡Buenos días, señoritas! Sí saben que no pueden reunirse en grupitos, ¿verdad?

La diferencia entre las células animales y las células vegetales es que unas tienen pared celular y las otras no. Y hay algunas células, muy pero muy animales, como las de ese señor que apestaba a *old spice* y al que todo le había salido bien siempre. Cuando pensé que el Madelman esquimal se iba a sobreponer de su encuentro con el oso polar y que sobreviviría, la placa de hielo donde se encontraba se quebró y cayó hasta el fondo de las aguas del Ártico, que lo devoraron como a un delicioso rollo de melón envuelto en jamón serrano.

Azul de metileno

De todas las cosas que me gustaría ser en la vida, la que más me gustaría sería ser una célula vegetal y formar parte de la epidermis de una cebolla, no ser la cebolla sino una de las células de su epidermis. Estábamos en el laboratorio; la maestra Tina se hacía un chongo en medio de cabeza, un chongo como de corona piña, mientras sacaba un par de portaobjetos que puso sobre la mesa: también sacó una tabla de madera y un bisturí. ¿Bisturí o escalpelo?, dijo Lizbeth. Eso qué importa, de todas maneras, de lo que se trata es de hacer cortes finos, le contestó Andrea y con el dorso de la mano hizo un gesto como de estar rebanando, luego imaginé que lo que estaba rebanando imaginariamente era un corazón y me dio cosa. Me estremecí un poco al tratar de identificar si el corazón rebanado era el suyo para compartirlo a la concurrencia, o si era el corazón de otra persona siendo rebanado para comérselo en ligeras rebanadas con chilito piquín y limones, como las jícamas que vendían en el tianguis.

En eso estaba divagando, mientras Tina sacó los materiales, los puso sobre la mesa de cada equipo, también un abatelenguas. Luego puso la hoja con la práctica, revisamos la lista de materiales y comenzamos con la preparación; se trataba de comparar las células de la mucosa de la lengua con las de una cebolla. En el equipo estábamos Lizbeth, Andrea y yo, teníamos que obtener la muestra con un abatelenguas; como Lizbeth era la que menos hablaba, le

dijimos que lo mejor era que ella pusiera su muestra. Luego, decidimos que veríamos las células de todas y las compararíamos.

Resultados: en las cuatro muestras de mucosa de la lengua pudimos apreciar varias células con sus respectivos núcleos, gracias al azul de metileno, bien diferenciados, como entre cinco y doce células en cada una, pero todas revueltas, identificamos el citoplasma, pero no sus orgánulos, ni uno solo; aunque lo intentamos y, al microscopio, todo se movía. Logramos distinguir que las células de Lizbeth eran las que más se movían seguidas de las de Andrea, las mías estaban medio pasmadas, detenidas, a lo mejor porque me puse triste tratando de saber de quién era el corazón que pensaba rebanar Andrea y quién se lo iba a comer.

Luego vimos las células de la cebolla que diseccionamos con un bisturí sobre la mesa del laboratorio, aunque la cebolla era apestosa, la telita que obtuvimos de su epidermis y pusimos sobre el portaobjetos era hermosa; más aún cuando la teñimos con el azul de metileno. Al microscopio, orden, cuadritos similares unidos y separados por paredes regulares. Podría pasarme toda la vida viendo las células de la cebolla, las de un brócoli, las de las hojas de los fresnos del patio, las de los truenos, ver las células de un higo de la higuera del solar a donde nos íbamos a sentar a la hora del recreo y a donde creíamos que nadie nos veía mientras unas a otras nos trenzábamos el cabello. Podría quedarme embelesada en la regularidad y la belleza de las células vegetales al microscopio, horas, días, meses, años; con tal de no pensar en lo muy difícil que era que mis células tuvieran alguna relación con las células de mi mamá.

Llenamos todos los requerimientos de la práctica y se hizo tarde, me quedé en el laboratorio, luego todo se oscureció muchísimo, montones de nubes cargadísimas y negras encima de nuestras cabezas. Terminé de acomodar todo y salí al patio que entonces era más bien el estacionamiento de la unidad de nuestro departamento y ahí estaba el coche de mi papá. ¡Qué bien que ya regresó!, pensé.

Rogelio, escuché a lo lejos y comenzó a tronar el cielo. La Serpentina iba conmigo, nos acercamos a ver si mi papá estaba ahí; no estaba, aunque de la puerta de la cajuela salía una mano y una pierna, como en película de terror, me di cuenta de que se trataba de partes del cuerpo de mi mamá y me eché a correr. Entonces pensé que el corazón que se iba a rebanar era el de mi mamá.

Desperté aterrada, enojada y triste, Rudra, muy triste.

No sé por qué te escribo esto, si ni siquiera hemos platicado desde que te dejé plantada. Y ahora pienso en ti como en una especie invasora, así se los conté a Andrea y Lizbeth: Rudra es como una especie invasora, y se echaron tremenda carcajada. Andrea sacó su bronce dorado e hizo la coreografía para pintarse los labios. Qué especie invasora ni qué ocho cuartos, a poco no te gustaría ser como ella, me contaron que el otro día en la clase de matemáticas todas se dieron cuenta de que, cuando el maestro las pasaba al pizarrón, les veía las nalgas y que, cuando le tocó pasar a ella, se colgó una fotografía de un delfín bebé en la falda con la frase: «No le da ternura». Dicen que el maestro se puso nervioso y que cuando iba a comenzar a regañarla, ella se le quedó viendo como retándolo, y el tipo cambió el tema y desde entonces ya no pasa a ninguna de su salón al pizarrón.

Si yo pudiera, gritaría como ella, no solo que quiero estar enamorada, sino que ya nos dejen en paz. Así: ¡Déjennos en paz! Sobre todo a mi mamá. Ya no la soporto. Y Andrea comenzó a decir todas las cosas por las que no soportaba a su mamá, que eran muy parecidas a las mías, y cada vez peores, ahora que había cambiado de trabajo y tenía que estar todo el día en una oficina. El día de mi cumpleaños que acaba de pasar, vino por mí a la escuela para llevarme al centro comercial dizque a comer para celebrar. Ese día me estaba bajando horrible, el segundo de mi periodo siempre se pone espantoso, y no traía toalla de repuesto, se me olvidaron y me manché. Teníamos que regresar a su trabajo, como se había hecho tarde estaba muy enojada, luego tuvimos que pasar a la Comer a

comprar unas toallas y unos mallones, me miraba enojadísima, no decía nada, eso era peor. En la fila de las cajas una señora tomó una revista que estaba cerca de ella, y eso fue suficiente para que comenzaran a discutir. Mi mamá le gritó y la otra señora también, casi se agarran de las greñas, solo se calmaron porque llegó un policía a decirles que se calmaran o las sacaba de la tienda. Fue tan horrible. Era mi cumpleaños y solo tenía un barro horrible cerca de la boca, a mi madre gritando como loca y una regla que lo inundaba todo.

Lizbeth nos contó que su mamá ni fu ni fa desde que se fue su papá, que como que le hubieran bajado el volumen, que apenas hablaba, que era como si ahora tuviera una mamá en silencio, una mamá en pausa, que lo que le daba miedo era que regresara su papá. Andrea me tejía una trenza y les conté del sueño, me acordé de que cuando desperté solo quería encontrar a Rogelio, mi papá, para que me diera las llaves de su coche y pudiera sacar a mi mamá de la cajuela. Aunque a veces lo que más quiero es que se quede lejos de mí, como esa vez que se fue de la casa, no sé a dónde ni cuánto tiempo, solo sé que fue después de que se murió mi abuelo, yo acababa de entrar a la primaria. Eso pasó hace mucho y ahora quisiera que mi mamá otra vez estuviera muy lejos.

Aquella vez que se fue hablaba casi todos los días. Ahora recuerdo que Rogelio no ha regresado y hace mucho que no habla por teléfono ni manda cartas, postales, nada: ni el día de mi cumpleaños, mi papá se convirtió un poco como el papá de *El exorcista*. Cuando mi mamá se fue, estuvo divertido quedarme con él.

Un día me platicó que él y mi mamá se juntaron antes de que yo naciera, después de dejar la comuna jipi en la que se conocieron, llegaron a la casa donde todavía vivimos y compraron una mesa de madera y tejido de paja hindú que se encontraron en un tianguis de cosas antiguas, junto con una campana que sonaba todas las mañanas antes de comenzar el día, me dijo que estaban muy

ilusionados. Luego mi papá consiguió ese empleo en la oficina como diseñador, y mi mamá trató de quedarse en casa a cuidarme, hasta que comenzó a marchitarse. Una no piensa que las plantas del desierto se puedan marchitar fácilmente. Cuando murió mi abuelo, mi mamá se puso bien rara, como si de verdad le hubieran comido la lengua los ratones. Luego se fue varios meses a arreglar cosas suyas. Quién sabe.

En ese momento, mi papá se quedó a cuidarme como pudo, intentó peinarme hasta que a mí se me quitaron las ganas de ser peinada y hasta que le pedí que me llevara al peluquero a que me cortaran el pelo como de niño. Dejé de decirle *papá* para llamarlo por su nombre. Rogelio, como lo llamaban en el taller de artes gráficas donde se hacía la revista para las juventudes. Rogelio aceptó que yo trajera el pelo como de niño, eso nos facilitaba muchas cosas, era un pleito menos conmigo y con todas las otras cosas que teníamos que mantener en orden. Poco a poco nos fuimos acostumbrando a estar sin mi mamá; y su ausencia la fuimos poniendo en todas las vasijas y cacerolas que dejamos de usar, nos acostumbramos a tener un solo plato para cada quien, un solo set de cubiertos, un solo par de tazas, de vasos y un sartén en juego para evitar que crecieran los montones de trastes en el fregadero. Todo lo demás que creíamos que algún día podría servirnos o que necesitaríamos si mi mamá volviera lo echamos al fondo de la alacena, todo estrictamente organizado por formas y colores.

Rogelio iba por mí cuando salía de la escuela y me llevaba a su oficina donde lo veía hacer fotografías en una máquina enorme. Su oficina no era una oficina, sino un taller de diseño e impresión y, además, era el paraíso. Andaba entre las máquinas enormes a donde fotografiaba cuadros, imágenes para poder reproducirlos, en revistas y libros. Todo olía a químicos de revelado y a tinta, me gustaba tocar entre los dedos la pasta rojiza con que cubrían las imperfecciones de los positivos y los negativos, jugar con los pinceles que se ocupan para cubrir minucias que se descubrían con

el cuentahílos. Me gustaba imaginar qué era lo que se iba a imprimir de un negativo, qué era lo que iba a quedar en la imagen plasmada sobre el papel. A veces pienso que, si mi vida fuera un negativo, le taparía muchas imperfecciones, las suficientes para que quedara una impresión nítida y no la plasta de horrores y problemas en los que me meto a veces; problemas que solo hacen que todo se complique y que mi mamá termine gritándome: ¿Por qué, Maura?, lo que pasa es que no sabes seguir instrucciones, lo que pasa, Maura, es que no haces que las cosas salgan bien.

Como aquella vez que estuve en la cámara de revelado. Lo más divertido de ese paraíso donde trabajaba mi papá era dar vueltas en la puerta giratoria que permitía entrar a la cámara de revelado que se mantenía en penumbra porque solo se encendía la luz roja, lo que le daba una atmósfera de otro mundo a ese espacio que para mí era el Marte de un sistema planetario que oscilaba alrededor de soles de colores distintos, que parecían más bien globos de discoteca. Me encantaba estar ahí, ese era el espacio, una cápsula donde aislarme, quizá no era Marte, que estaba cerquita, sino otra galaxia muy ajena y lejana, con otras leyes del tiempo y del orden de las cosas, a donde quizá no existía la dicotomía hombres ni mujeres, sino plantas y flores, o jarrones y sartenes. Hasta ese día en que llegaron unas cajas nuevas, y quise ver qué había y se me ocurrió prender la luz blanca fluorescente para ver qué contenían las cajas. A los seis años no había escuchado de la fotosensibilidad, hasta que, después de ese incidente, Rogelio me explicó lo que era y lo que significaba haber abierto la caja con película de revelado. Acababa de echar a perder metros y metros de película fotosensible, la suficiente cantidad de película para los negativos de tres meses de la publicación de la revista, y un libro con ponencias de congresos sobre juventudes, bono generacional y orden. Cuando el subdirector de Rogelio tuvo que firmar un nuevo requerimiento de película al almacén, preguntó qué había pasado con la anterior. Rogelio intentó mentir, pero no pudo, porque a Rogelio no se le da mentir ni

inventar historias, solo trata de fotografiarlas con la mayor precisión y nitidez posible. Y le dijo a su subdirector que la película se reveló por accidente. El subdirector le dijo que no iba a tolerar más accidentes y que buscara otro lugar donde ponerme en las tardes, que un taller oficina de artes gráficas no era lugar para un niño. Rogelio lo corrigió: niña. Pues lo que sea que traigas, este no es lugar para que venga. Aquí no es guardería, qué no tiene madre o abuela, búscate una novia para que lo cuide. *La*, interrumpió, Rogelio. Pues, aquí no es lugar para eso. Rogelio no se aguantó y le dijo: Pues entonces para mí tampoco, es usted un verdadero imbécil. Azotó la puerta de la oficina del subdirector. Rogelio salió encrispadísimo y me pidió que recogiera mis cosas. Ese día nos expulsaron del paraíso y nos quedamos sin cámara oscura, sin trabajo y sin querer saber lo que era yo exactamente a los ojos de subdirectores nefastos.

Me subí a la Gremlin llorando mucho, sentí cómo desde mi corazón se bombeaba una sustancia oscura y viscosa a cada una de las partes de mi cuerpo, muy particularmente hacia mis ojos y mi nariz, desde donde salía transformada en lágrimas, mocos y gimoteos, aquella tarde en la que parecía que el corazón se me iba por un pozo profundo hasta el centro de la Tierra, que no estaba incandescente sino que era una tundra helada y perdida, sin focas ni osos polares, sino con animales espectacularmente transparentes y horrorosos como de mocos, a donde el Madelman esquimal no sobreviviría. Rogelio respiró profundo: Deja de llorar ahora, y arrancó el coche. En ese momento solo me daban ganas de regresar a la cámara de revelado y entrar por la puerta giratoria y que por ese cilindro de oscuridad y calidez me succionara una máquina que me llevara al espacio, a donde hubiera otras categorías como sartenes, esporas y alcachofas, que no tuvieran nada que ver con lo humano.

Después de que Rogelio se quedó sin ese trabajo, regresó mi mamá, un poco como zombi o alienígena de la dimensión

desconocida. Ella y Rogelio se peleaban todo el tiempo. Rogelio comenzó a emborracharse con sus amigos, sus compadres, las personas con las que se entrevistaba para el trabajo, con muchas personas y cada vez más seguido, hasta que consiguió ese trabajo de fotógrafo por el que se tenía que ir a viajar. Y nos quedamos solo mi mamá y yo, como las de *El exorcista*. Más o menos, porque en el departamento afortunadamente no había ático ni presencias demoniacas, o quién sabe. A veces me da miedo pensar que las cosas no me salen bien porque estoy embrujada o porque una presencia demoniaca me está poseyendo.

A veces, como en el sueño, creo que alguien me arranca el corazón para dárselo a la Serpentina; para que así, sin corazón, yo sea una persona normal que se porta bien y obedece en todo como quisieran mi mamá o Rogelio, para que no ande haciendo estropicios ni metiéndome en problemas. A veces siento que algo horrible pasó y que todo se descompuso, que todo es mi culpa, si yo no hubiera abierto esa caja de película todo seguiría bien como cuando yo era chiquita y estaba mi abuelo, mi papá no estaba borracho y mi mamá me cantaba y leía antes de dormir. El otro día la escuché hablar por teléfono con mi abuela.

Aquí está tu nieta, la dramática, que dice que la odio. Te manda saluditos.

Dice tu abuela, la dramática, que la vecina la molesta, que cada vez que lava el patio, sale la otra a lavarlo de nuevo con actitud de reclamo, como si ella no hubiera acumulado años de experiencia en lavar patios y dejarlos limpios, desinfectados, relucientes: ¡Pinche vieja!, exclama tu abuelita, la dramática.

Mira, Rudra, no sé si en tu familia o en la familia de Andrea y Lizbeth haya tanto dramatismo como en la mía.

El otro día me dice mi abuela: Oye, Maura, hazle caso a tu mamá, la dramática, a veces te advierte las cosas por tu bien y sí te quiere, aunque no apruebe todo lo que haces, sí te quiere, si te regaña es porque te quiere. Pero, Maura, hazme caso a mí también,

hazme mucho caso: no te cases, ten tu dinerito, viaja, estudia y no seas tan dramática como tu madre ni como yo.

Y entre tanto drama, salmodias y chillidos, a veces extraño mucho también a mi papá. Y a ti, Rudra, que a veces no pareces tan alienígena como me imagino.

Taj Mahal

Sabías, Rudra, que el Taj Mahal es un edificio que se hizo por amor, bueno, seguro que sí. Lo que no sabes es que quiero visitarlo y tomarme una foto en su jardín con alguien que me guste mucho. Desde hace un tiempo que comenzaron a gustarme las personas, se siente raro. Pero lo más raro es lo que sentí cuando íbamos en primero. El casi beso que nos dimos y la cara de la prefecta cuando nos encontró, luego las cosas que le dijeron a mi mamá que se puso loca. Te extraño. Bueno, en realidad extraño escribir cosas para ti sin estar enojada contigo ni pensar que eres una reptiliana.

Quisiera contarte todo, platicar contigo algún día. El otro día entré al laboratorio de biología y me entretuve observando el frasco que estaba sobre la repisa, rotulado: feto, nueve semanas; ahí nadando en formol como en una piscina personal color ámbar. Qué extraordinario que su cabeza fuera más grande que el resto del cuerpo, como de marciano o camarón: una cabeza enorme, porque hay muchas cosas que reflexionar antes de venir al mundo, tratar de reconocer el sentido de la vida antes de la vida, como una espiral que no cesa de producir nuevas volutas, con miles de preguntas que ni naciendo te vas a responder; porque siempre todo se pone más raro, siempre: cómo me crece el cuerpo, puras rarezas. Como ahora que se me hincha todo, los pechos y las caderas como si me esponjara; hormigueo, comezón, dolor de huesos que se expanden; quizá en la vida de feto en su alberca personal de líquido amniótico

adentro de la madre también duele, pero no se siente tanto, porque la cabeza es más grande y entonces nomás se está pensando y no sintiendo, ¿quién sabe?

Luego me di cuenta de que la maestra Tina, la misma a la que le volaste la bata aquella vez, me estaba observando. ¿Quieres ver más?, me dijo. De la vitrina sacó varios frascos y los colocó sobre la mesa del laboratorio, frascos rotulados con fetos de diversas edades y especies: un caballo, un ajolote, un perrito. Luego comenzó a hablar. Es curioso que todos los seres del universo estemos compuestos de los mismos elementos y seamos tan distintos; frente a los frascos con los fetos, puso una orquídea que extendía sus raíces afuera de la maceta de vidrio. Luego me dijo: ¿Te imaginas que compartes algo del ADN de una orquídea, un alce, un cangrejo o un ajolote? Y que tú, que eres tú, tan tú, con todas esas similitudes con cada especie y seres de la Tierra, hasta algo de roca hay en ti, en tus huesos, en tus uñas, tus cabellos. Incluso, si tuviéramos contacto con seres de otros planetas y galaxias, compartiríamos algo con ellos, materia cósmica compartida entre seres que consideramos tan diferentes. Cierra los ojos, Maura, obsérvate desde fuera, considera que la tú de ti que ahora eres puede ser otras tú de ti con el paso del tiempo, y que incluso la tú de ti que seas después se acordará y vinculará con esta tú de otras maneras. Ni las personas ni las plantas ni las ánimas somos una de una vez y para siempre, cambiamos, devenimos de tantas y tan diversas formas. Justo a mí ahora me ha dado por devenir más planta que otra cosa. Mira cómo salen hojitas de mis manos y raíces de los dedos de los pies, y tamborileó los dedos sobre la mesa mientras susurraba como si con una ráfaga de ese viento se anclara aún más al suelo. Anda, Maura, ayúdame a acomodar esos frascos en las repisas. Sentí raro y lindo. Esa era la misma maestra que nos había dado la clase esa de la naturaleza de hembras y machos, bueno. No sé, la gente cambia, dice mi mamá.

Aunque la que creo que nunca va a dejar de decir tonterías es la prefecta Noemí. No sé tú, Rudra, pero yo ya no soporto las cosas que dice, y tengo miedo, mucho miedo, al pensar en tantas cosas, como la planta nuclear que puede explotar en Veracruz o la Guerra del Golfo, a las del otro salón se les ocurrió hacer un periódico mural para poner toda la información y hacer una colecta de latas de atún para enviar a la ONU y que lleguen a Kuwait. Honestamente, no estoy segura de que enviar latas de atún ayude en algo ni a la ONU ni a las personas que están en guerra. Tampoco es que haya mucha información, lo del periódico mural está bien, pero no entiendo nada, solo aparecen Bush y Saddam Hussein peleando en Kuwait, y miles de millones de litros de petróleo quemándose en el desierto. Una vez pasamos por la refinería de Coatzacoalcos, mi papá se bajó a tomar fotografías, todo se veía como desolado, ni siquiera estoy segura de que fuera ese el lugar, pero estaba todo muy triste, y mi papá se bajó a tomar fotografías del suelo y de la carretera. Lo extraño mucho.

Cuando regresábamos de la oficina, mi papá y yo veíamos caricaturas, los *ThunderCats* era de nuestras favoritas, decíamos que nuestra casa era un cubil felino. Mi playera favorita tenía el ojo de Thundera y quería ponérmela el día en que íbamos a vernos tú y yo, Rudra. Quería verte en el Poppin Tiger a donde Rogelio me compró la playera de los ThunderCats y el Osito Cariñosito verde con el trébol en la panza, un día que le dije que me sentía muy triste y que le pregunté por mi mamá. Ese día me llevó a Plaza Universidad y me regaló el osito cariñosito con el trébol en la panza y luego fingimos en el Helen's que era mi cumpleaños y me cantaron las Mañanitas con un minipastel. La verdad es que esa época en que mi mamá no estaba todo parecía más cómodo. A veces creo que Rogelio sí me hubiera llevado a verte. Lloré mucho el día en que no pude ir a verte y odié tanto a mi mamá.

Con mi mamá creo que solo soy un error y que nunca lograré ser lo que ella quiere que sea. Extraño cómo fueron las cosas antes, con

mis papás, como aquella vez que fuimos los tres a ver los *Cazafantasmas* y terminamos aventándonos palomitas con los de al lado y los de enfrente hasta que se acabaron las palomitas, hubo chiflidos y prendieron la luz. Luego volvieron a poner la película que ya ni supe de qué se trataba, pero me seguía dando mucha risa, y cuando salimos Rogelio me compró un Pegajoso de plástico verde transparente y mi mamá estaba contenta. Ojalá todo pudiera resolverse con una guerra de palomitas y un juguete de plástico transparente que vivirá miles de años más que nosotros o lo que podría durar el Taj Mahal.

Rudra, me gusta pensar que el Taj Mahal es un edificio que se hizo por amor, ya sé que es cursi, pero la primera vez que lo vi fue en un póster enmarcado de casa de mi abuela —y fue mi abuelo Mauricio el que lo enmarcó—, por eso, imaginé que me gustaría ir a visitarlo con una persona que me gustara mucho. Ahora mi mamá tiene un novio, se llama Martín. Para hacer la maqueta del Taj Mahal se le ocurrió pintar aserrín de verde para simular el pasto, también se puso a tallar el mausoleo en piedra pómez, quedó increíble. Pintamos la alberca como un espejo donde se reflejaban las nubes y el edificio enorme y los cipreses alrededor del espejo de agua. Lo más divertido fue cuando nos dimos cuenta de que teníamos las manos pintadas de verde y jugamos a ser los reptilianos de la dimensión desconocida que íbamos a conquistar a todos los seres sobre la faz de la Tierra, y comenzamos por amedrentar a la Serpentina que huía desesperada del gesto de nuestras fauces y manos verdes, como Rockefellers extraterrestres que se adueñan del trabajo y de la sangre ajenos. Ese Martín no me cae mal. A veces mi mamá parece de mejor humor cuando está él. El día de la maqueta nos hizo de comer milanesas con puré de papa y sopa de fideos, estaban bien ricas. Luego fuimos por un helado.

Rudra, hice la maqueta del Taj Mahal pensando en ti, hubiera querido regalártela, pero sé que todo es raro, sospechoso e incomunicable. No tengo palabras para decirlo ni a quién, por eso

mejor escribo estas cosas que nunca vas a leer, y que ahora me sirven para calmarme un poco y extrañar cada vez menos a mi papá.

Lo que más me gustaría que pasara es que un día podamos viajar al Taj Mahal, tú y yo, Rudra. Y estar ahí, reflejarnos en el espejo de agua, mirar las nubes, esperar el atardecer, comer una naranja y beber agua fresca. Estoy segura de que en las paredes de ese lugar nunca habrá pintas como las que pusieron en las paredes de la escuela: «DesViadas». ¿Quién puede hacer eso? Pintaron un letrero enorme con letras rojas de aerosol sobre el muro que da a la avenida. Lo que después me dio risa es la respuesta con letras más pequeñas de color verde: Sí, pero no rumbo a tu casa.

Yo creo que esa respuesta la pusieron tú y tus amigas, después borraron todo y volvieron a pintar la pared de color verde secundaria pública. Me encantaría poder hacer cosas como las que ustedes hacen y tener las respuestas que ustedes tienen.

Brócoli

Las células animales se distinguen de las células vegetales en que las primeras son unas inútiles que no pueden hacer su propio alimento. Las vegetales en cambio producen carbohidratos y oxígeno y me imagino que son más felices y libres. Ahora solo quisiera convertirme en un brócoli para poder escribir todas las explicaciones del mundo siendo un vegetal y no entender ninguna de las palabras e imágenes de la prefecta Noemí que más bien tiene el cerebro de un protozoario.

Dejar de escuchar sus peroratas, siendo un brócoli, y no entender nada sobre la higiene íntima de nuestras «cositas», ni sobre el milagro de la vida antes de la vida, ni de aspiradoras gigantes tragando bebés como máquinas salvajes del fin del mundo: peor que otra guerra atómica mundial contra los no nacidos aún, con su inocencia, enfrentando a malvadas personas que les niegan el derecho de nacer y los desaparecen de la faz de la Tierra. La prefecta Noemí diciendo cosas que no entiende, le preguntamos si de verdad creía que los fetos estaban vivos desde el principio y dijo sí, son como un chícharo, están vivos como un chícharo dentro de la vaina y por eso los sacamos de ahí para comerlos, eso pasa con los bebés cuando son desprendidos del cuerpo de la madre, porque entonces se mueren. Si sacamos al feto de la mamá se muere el bebé, pensé en voz alta: Entonces qué pasa cuando nacen, ¿mueren? Qué tontería, gritó con su voz tipluda, estamos ante los

misterios de Dios que debemos respetar, y se quedó ahí toda hecha bolas como una madeja de mecates y lama con su historia de bebés y fetos debatiendo sobre la vida y la muerte, todo tan ajeno a las líneas paralelas que trazábamos con las escuadras para las láminas de dibujo técnico.

Rudra, ¿seguiríamos haciendo líneas paralelas con las escuadras, planos de espacios anhelados y caligrafía, si no le hubieras gritado a Bárbara que la amabas? ¿Sentiría yo lo mismo si no te hubiera visto y escuchado?, ¿qué fue primero?, ¿la conmemoración de la Revolución o estas ganas de encontrar otras maneras? Otras maneras en las que no haya prefectas Noemís diciendo que las criaturas están en peligro porque hay mujeres salvajes que aspiran bebés para sus aquelarres de brujas descarriadas. Otras maneras, donde no me sienta culpable todo el tiempo. Otras maneras, donde no sienta que tengo que disculparme por todo, hasta por respirar.

Lamento, Rudra, haber ido de chismosa a la dirección; me sentía como enjaulada. Luego supe que te hicieron firmar una carta condicional donde te obligaron a comprometerte a dejar de jugar futbol, a usar la falda del uniforme y a alaciarte el pelo, para que pudieran darte certificado de secundaria. También que mandaron a llamar a tu papá y que te obligaron a ir a una terapia para que trataran la enfermedad que tenías. La verdad es que con todo esto, yo solo quiero convertirme en brócoli.

Bordar servilletas para las tortillas y escuchar las pendejadas de la prefecta Noemí sobre lo que debe ser una señorita decente me tienen hasta la coronilla; cada punto de cruz es una queja contra todo lo que pasa, los enojos y cosas de mi mamá y todo está mal, la escuela, la vida. Odio bordar, siento que cada punto de cruz es una puntada a las cosas para que no se muevan y todo se mantenga estático y ceñido a una manta de bordado que jerarquiza y acomoda todo de acuerdo a su valor e importancia en una pirámide donde a mí me toca estar hasta abajo.

Desde el día en que J. Bonilla nos llamó a la dirección a Lizbeth, Andrea y a mí, para decirnos que no podemos reunirnos en grupitos y nos puso a escribir cien veces en la libreta de civismo: Debo respetar el reglamento, Debo respetar el reglamento, Debo respetar el reglamento, Debo respetar el reglamento, Debo respetar el reglamento, Debo respetar el reglamento, Debo respetar el reglamento, Debo respetar el reglamento, Debo respetar el reglamento y así mil y un veces; todo está raro, turbio, de cabeza, invertido e incomunicable. Andrea y Lizbeth enemistadas como naciones en conflicto, y yo en medio de un horrible: «¿Con quién te vas, con melón o con sandía?», en el que la decisión es más difícil que cuando se separaron mis papás, porque, bueno, Rogelio se retiró como si nada, hasta dejó de hablar por teléfono, yo no tuve que decidir nada: solo estar ahí viendo cómo el enojo de mi mamá se iba haciendo más grande, como cuando se esponja un pastel en el horno y se derrama y se sale de la estufa y lo inunda todo.

Como ahora que debo respetar el reglamento, debo respetar el reglamento, debo respetar el reglamento; y todo me parece peor, en el salón pasan cosas raras, es como si se hubiera transformado en una jaula donde algunas se volvieron pequeñas prefectas noemís que todo lo delatan, que juran amar y respetar el reglamento. El otro día, Dorlina, a quien desde ese día le puse «su majestad», se puso a decir en el salón que había que erradicar el mal y la enfermedad de la escuela, que si no se lograba quitarle lo desviadas a las del nuevo grupo de economía doméstica, lo mejor era expulsarlas. Una desviada puede contagiar a las demás, si no, miren, y alzó la voz, todavía más para que Andrea y yo viéramos cómo nos pelaba los ojos. Raras.

Ganas de tirarle una patada que de una buena vez la mandara a su colegio inglés, pero no pude. Andrea tampoco, no dijimos nada, fue horrible. ¿Desviadas? Aves raras que perdimos el rumbo o que encontramos otra ruta para la parvada, ¿cómo saberlo? Ya me estoy cansando de esta sensación de no poder ser yo, de quedarme

callada, de sentir que por alguna razón todo es mi culpa. Las clases de la maestra Arrona dejaron de ser lo que eran para convertirse en un desierto donde memorizar las garantías individuales de la Constitución, que no sirven de nada porque ni nuestros derechos ni nuestras libertades importan mucho en la Treinta y Ocho gloriosa, ni en el mundo en general.

No sé, Rudra, desconozco muchas cosas. Y todo lo que he querido explicarte, desde el día en que nos encontramos en el baño y me ayudaste en medio de aquel desastre ecológico y apocalíptico con osos polares en planicies de hielo derritiéndose y una mancha enorme y roja en la falda, es que no sé cómo acercarme, es que soy un desastre, una foca que quisiera ser sirena y se hace bolas y termina más bien como estreptococo, porque en realidad de lo que me doy cuenta es de que estoy actuando como una cobarde miedosa, como un ratón aterrado debajo del sofá, esperando a que le lluevan los escobazos. Lo siento por haberte dejado de hablar. Lo siento por haberte acusado en la dirección, por haberte acusado de escribir el papel con nuestros nombres en medio de un corazón pintado con tinta rosa con aroma de fresas, porque ni siquiera lo escribiste tú y porque en el fondo me aterra que pudiera ser verdad que nuestros nombres y nosotras estuviéramos en medio de un corazón de tinta con aroma a fresas. Siento mucho que en la escuela todo esté pasando al ritmo de la voz cantante del J. Bonilla que apesta a que todo le ha salido bien siempre y que es un tirano tercermundista, como dice la maestra Arrona, que cada vez se pone más y más triste y apagada.

Me gusta imaginar que lo que hay de fondo de todo esto es un Robert Smith cantando «Lovesong» con todo el producto interno y bruto de la melancolía que se produce en Blackpool, Inglaterra, para el resto de las personas del mundo que no pueden casarse con su persona favorita de la secundaria ni vivir en un enamoramiento eterno. Un Robert Smith destilando una melancolía capaz de impregnarlo todo, sobre todo en estos días en que amanece

lloviendo y las cosas y los días parecen diluirse con la lluvia que parece que no se va a detener nunca.

La verdad es que no sé cómo fuimos a parar a la casa de los de la secundaria catorce. Ni cómo es que en ese departamento de setenta metros cuadrados cabíamos tantas personas todas raras, ni cómo nos colamos en eso que parecía una fiesta de preparatorianos. Lo que sé es que un viernes a la salida se hizo una bolita en la glorieta de atrás de la escuela; y fui con Andrea que estaba triste porque había intentado reconciliarse con Lizbeth, que ya le había dejado de hablar para siempre. Y yo estaba triste y enojada por todo, por la idea de infección que se adhería a todo que estaba en las paredes, las repisas, los pizarrones, los cestos de basura, el periódico mural, los instrumentos del laboratorio, las conversaciones, todo tenía una cubierta gelatinosa e invisible que lo contaminaba, y nadie sabía a ciencia cierta cómo funcionaba el virus, ni siquiera si era un virus, una bacteria o un musgo, liquen, hongo o entelequia venida de otra galaxia.

Llegamos a la glorieta, Andrea y yo queríamos platicar poquito, pero ahí estaban unos de la otra secundaria, cómo pasó, no sé, pero nos comenzaron a hablar y luego nos dijeron que iban a una fiesta y que si no íbamos con ellos. El que nos invitó se llamaba Gerardo, y parecía como sacado de una caricatura de gato y ratón que se persiguen: Anden, vengan. Fuimos. Le marqué por el teléfono de la esquina a mi mamá. ¿Qué pasó, Maura?, te dejé comida en el refri. Sí, mamá, pero voy a llegar tarde porque vamos a ir a casa de Andrea a hacer un trabajo del taller de bordados. Mentí, ni alcancé a escuchar qué me dijo, pero lo bueno es que le avisé que iba a regresar más tarde.

Cuando llegamos a la casa de Gerardo, la sala parecía fiesta infantil, de un lado los niños y del otro las niñas. Sonaba «Lovesong» de una casetera que estaba encima de la tele apagada. Todo estaba brumoso, el sol que entraba por los huecos de las cortinas gruesas iluminaba las nubes de humo del cigarro de los que

estaban fumando. Parecía pista de baile de quince años con hielo seco, aunque en su lugar se trataba del humo de los cigarros de todos los que estaban ahí y nadie bailaba. Ese día fumé por primera vez, o lo intenté, a medida en que fue cambiando la música y que nos fuimos mezclando, terminé en medio de Santos y Cecilia.

¿Tú qué haces aquí?, ¿con quién vienes?, ¿conoces a Gerardo o a Malena? Me rafaguearon de preguntas esos dos que parecían la versión joven de los viejitos de *El show de los Muppets*. Ni sé qué les contesté, solo que venía con mi amiga Andrea, a quien ya no encontraba entre tanto humo y gente. Luego de que le di dos fumadas al cigarro me dieron ganas de vomitar y cuando salí del baño, estaba ese Gerardo que parecía el resultado de un experimento genético con el que mezclaron a Dick Tracy con Snoopy, cabello medio rizado, los dientes más grandes que su boca y un gesto rarísimo, como perdido en el espacio, como de conejo de ojos rojos asustado. Rarísimo. De la nada, me dio un beso torpe, como de entrenamiento, que sentí como una pequeña descarga eléctrica. Lo más cerca que estuve de sentir esas ligeras corrientes de electricidad subiendo desde las plantas de mis pies hasta la coronilla, y luego, ponerme roja, roja, roja y nerviosa y palpitante, fue cuando tú y yo estuvimos cerca, Rudra, en el baño. Luego el muchacho se puso como destartalado, intentó tocarme el pecho: ahí lo empujé y le grité que era un baboso, ya habían comenzado a poner las cumbias y unos estaban bailando en la sala. Fui a buscar a Andrea que estaba en una de las recámaras con Santos y Cecilia que le estaban dando una fumada y un trago de algo. ¡Vámonos! ¿Ya viste la hora?, ahora sí nos van a matar. Salimos corriendo y nos subimos a un micro, por fortuna ya no llovía, pero estábamos rarísimas las dos y solo comenzamos a reír mucho hasta que Andrea se levantó y tocó timbre para bajar del micro. Me hablas cuando puedas. Sí, tú también.

Llegué a la casa muy tarde, iban a ser las diez de la noche y apestaba a cigarro. Me sentía como reptiliana, como si me

estuvieran saliendo escamas. Luego una sensación de que no debía haberme salido corriendo de ahí, aunque una vocecita muy chiquita me decía que estuvo bien; sin embargo, otra voz, salida de quién sabe dónde, ya estaba cantando una historia de amor con ese muchacho que parecía que se iba a desbaratar; y esa vocecita imaginaba toda una vida al lado de ese muchacho al que acababa de conocer. Y luego la otra vocecita, diciéndome que la babosa era yo por haberme puesto ahí, por haber fumado y sobre todo por andar imaginando sonseras con un muchacho al que acababa de conocer y que ni siquiera era que me gustara. Entre las vocecitas esas dentro de mi cabeza y la de mi mamá afuera diciéndome que era una inconsciente, que cómo se me ocurría, que ocupara la cabeza para pensar y no para dejar que se me esponjara la melena y andar haciendo tonterías. Toda yo era un caos que quería echarse a correr.

¡Ya viste la hora! ¿Quién te crees que eres? ¿Tú crees que esto es correcto? Y encima, que me mientas, hablé con tu abuela para saber si estabas ahí, ¿qué crees que pensará de nosotras que ni siquiera sé dónde estás? ¿Qué te está pasando? Solo quiero saber si estabas con esa muchacha desviada, dime que no estabas con ella. ¡Qué estabas haciendo! Y yo sin saber dónde andabas. Si te pasa algo, qué voy a hacer. Gritó y gritó. Luego dijo cosas que no quise escuchar, palabras que no quise oír, pero que había visto en las paredes del baño de la escuela: raras e incomunicables. Otra vez esa palabra, como trazo de paralelas que en un grado mínimo se desajustan y a la distancia se intersectan. DesViada. La V de la invasión desconocida en todas partes. El gesto del hombre asqueroso que miré a través de la ventana del autobús: dedos en forma de V encima de una boca, una lengua asomándose húmeda gelatinosa.

Sonó el teléfono. ¡Maura! Te hablan, me gritó mi mamá. Era Andrea. ¿Qué onda?, ¿cómo te fue? A mí bien, me dijo. Mis papás no estaban, salieron a una cena del trabajo de mi papá y mi abuela se quedó dormida. Acá no. Te cuento el lunes, qué bueno que todo

bien en tu casa. Colgué, mi mamá estaba chillando, y el metiche de su novio me dijo que estaban preocupados, que les dio miedo de que hubiera pasado algo, que no sabían dónde buscarme. Ahórrese el sermón, señor, que usted no es mi papá, nada de lo que yo haga es de su incumbencia.

Todavía no sé bien a bien qué es incumbencia, pero cuando se lo espeté a la cara, me sentí muy poderosa. No es de su incumbencia. Ahí sí que saltó mi mamá, me dio una cachetada y me mandó a mi recámara.

La Serpentina estuvo ronroneando en mi recámara hasta que quién sabe cómo saltó de la pila de libros y tiró el libro que andaba leyendo cuando nos conocimos, Rudra, el del disparate del niño que se pone a viajar con patos salvajes y saltó tu papelito donde me invitabas a Plaza Universidad, lo desdoblé, y del otro lado, ahí estaba intacto tu número telefónico con pluma de color verde que aún olía a limón. Una cubetada de agua fría por la espalda, montones de cuchillitos diminutos comenzaron a picarme en las rodillas.

En brócoli, convertirme en brócoli y que me comiera una vaca. Después de casi tres años, encontré tu número de teléfono. Quiero ser un brócoli y que me coma una vaca. Cuchillitos picándome las rodillas y todos los hubieras del mundo, y todas las imaginarias llamadas telefónicas que debía haberte hecho, ahí agolpándose en mi cabeza. Lloré más, mucho: se derritieron los polos, se desgajaron *icebergs* y mi corazón se apachurró aún más pensando en la madre osa polar tratando de rescatar a la cría con el hocico mientras se desgajaba su isla de hielo y caían irremediablemente al océano en descongelación lleno de botellas y bolsas de plástico, hasta que me venció el sueño donde el Madelman esquimal era devorado por leones marinos en el Ártico.

Antihistamínico

Rogelio me llevó a Plaza Universidad, entramos a una tienda a probarme vestidos. Todos eran horribles y me picaban. Me daba horror tener que colgarme una cosa de esas en el cuerpo y que se me notaran los pechos y la panza; verme chaparra y fuera de lugar. En la tienda de vestidos estaba molesta e incómoda, le dije a Rogelio que sí íbamos a comprar el vestido para la fiesta del cumpleaños de la mamá de mi mamá, pero que primero fuéramos a Helen's a celebrar mi no cumpleaños, quería helado y pastel y algo que me quitara el picor de todo el cuerpo por haberme puesto esos vestidos con sus etiquetas y sus holanes, cierres, moños, hombreras, costuras, ribetes; tenía comezón por todas partes como si una marabunta subiera y bajara por cada una de las superficies de mi cuerpo. Luego, más horror, imaginar un peinado que me sacara los chinos de la cara y que mostrara a todo el mundo los millones de granos a punto de explotar en mi frente, mi nariz, los infinitos volcanes de sustancia incandescente, blancuzca y viscosa que me brotaban en todas partes menos en los ojos y en la boca. Así que miré a Rogelio y le dije sí al vestido; pero antes quiero helado y pastel. Entonces, ahí estaba yo. Sola en el Helen's y llegaban los meseros bailando en zapatillas brillantes de color turquesa, maquillados con iluminador, labios encendidos, pestañas rizadas y postizas, barbas y bigotes recortados con precisión quirúrgica, grandes melenas rizadas y esponjosas, echando palmas: *djobi,*

djoba, cada día yo te quiero más, djobi, djoba, cada día yo te quiero más y un pastel con velitas encendidas sobre sus cabezas, *djobi, djoba, cada día yo te quiero más*. Después, todo raro, unas Mañanitas que ya no eran las Mañanitas sino la marcha nupcial, y ya no son los Gipsy Kings quienes suenan a lo lejos sino un coro oscuro e impreciso tarareando una marcha fúnebre; picor y comezón en todo el cuerpo, entonces yo llevaba puesto un vestido de boda de encaje blanco con pedrería, pesado desde el cuello hasta los pies; que luego ya no era un vestido de boda sino más bien una camisa de fuerza ajustadísima: hormigueo, escozor en todo el cuerpo; con terror aventé a los meseros a sus pasteles, mientras ellos arrojaban ramos de flores con espinas y serpentinas chillantes con diamantinas. No podía correr, el vestido de camisa de fuerza de boda se me enredaba en los pies y me asfixiaba. Me faltaba el aire, todo era parálisis: los brazos, las piernas, las manos, los pies: una opresión en el pecho como de miles de cuerdas atándome el corazón a las costillas: mientras, detrás de mí, todas las velitas de los pasteles se habían convertido en un devastador incendio donde Helen's ya no era Helen's sino una iglesia medieval ardiendo, la Santa Inquisición. Ronchas y terror, no podía despertarme, Rudra, y me gusta escribir para ti, como si escribiendo estas cosas pensando en ti, hiciera que me conocieras mejor y un día volviéramos a quedar para vernos en Plaza Universidad.

Mi mamá me escuchó y fue a despertarme. Trasudaba como si el incendio de la iglesia medieval estuviera instalado en mi pecho. ¿Qué soñaste?, me preguntó mi mamá y comencé a narrarle todo, llorando; me secó las lágrimas y los mocos con su camisón. Extraño a mi papá, mamá, soy rara y me siento horrible. A veces me imagino como un bolillo que aventaron al estanque de los patos de Chapultepec y que entre los patos y el agua se deshace sin que quede ni una migaja. No quiero esconderme, me siento como la de *El exorcista*, y ya no me interesa portarme ni bien ni mal, todavía no

sé quién soy ni qué quiero. Mamá, no me sale ser yo. Mamá, no me sale nada.

Mi mamá se puso a llorar y me abrazó. Lloramos juntas mucho rato, se me bajó la sensación de picor, poco a poco, sí tenía ronchitas, eran leves y cedieron con una pastilla, pero todo lo demás no cedió. No quiero usar vestido y no quiero seguir en esa escuela ni en ninguna donde tenga que fingir nada. Meterme a jugar futbol. Estar contigo, Rudra, también le dije. Quiero que nunca más volvamos a escuchar las cosas que dice la tarada de la prefecta Noemí. Mamá, el mundo no puede ser así como ella dice, que el sida es una enfermedad para castigar a los que no se portan normal. Entonces le conté a mi mamá que quisiera pedirte disculpas por haberte dejado plantada en Plaza Universidad, que quisiera ser tu amiga, conocerte, saber más de ti, cómo sueñas, qué quieres hacer en el futuro, que quiero viajar contigo al Taj Mahal o por lo menos irnos de pinta al parque de la Pagoda e inventar otras historias que no se parezcan a las que cuentan en las telenovelas rancias de las ocho de la noche; a donde todo es blanco y negro; y a donde las gordas o las morenas o las raras no existimos más que para servir el café, limpiar los pisos y que se burlen de nosotras. Otras historias, Rudra, donde podamos bailar juntas y a lo mejor tener una casa con jardín y unas bicicletas y viajar juntas a muchos lugares después del Taj Mahal.

Entonces otra vez sentí su mirada, su mirada de espanto y rareza cuando sé que no soy lo que ella quiere, cuando me dice que me arregle, que sea bonita, que me peine, que no use esa playera oscura, que no me va a comprar la camisa de cuadritos, que me ponga falda, que no ande así, que cómo se me ocurre ponerme las botas de electricista que dejó mi papá. Y se lo dije, Rudra, a mi mamá, que no soy un auto chocado para que me lleven a arreglar, le dije que me siento como Regan, la de *El exorcista* y que la cabeza va a comenzar a girarme para vomitarlo todo verde. Y, bueno, Rudra, ya sabrás:

Vomité.

Y le grité a mi mamá que extraño mucho a mi papá. Y que con ella siento que me equivoco en todo, y que todo me da miedo; que cuando estoy con ella cada que respiro, inhalo miedo y exhalo puras equivocaciones y errores, como la cosa que escribimos en el examen sobre los ríos de África; y entonces pienso que cada cosa que anoto y palomeo en el pizarrón es en realidad un error, una falla en el sistema que nos llevará a la extinción.

A veces, Rudra, imagino que el mundo fuera una boda de final de telenovela a donde no me invitaron y solo me toca llegar al final a hacer la limpieza para dejarlo todo rechinando para la próxima fiesta de protagonistas güeras diminutas que se casan con barbados blancos de ojos claros. Entonces, Rudra, lo que pasa es que respiro miedo y enojo y exhalo angustia y resentimiento; inhalo todo lo que hay a mi alrededor y exhalo error, exhalo equivocación. Como la canción esa. *A cada paso que doy, voy por la vida hilvanando traspiés*. Me siento un error cósmico, ancestral. A veces me invade la idea de que soy un gran error que no logrará entrar a la preparatoria, ni a la universidad, un error que no amará ni será amado, un error que se quedará como una planta en una maceta olvidada en el patio debajo de las escaleras. A veces, Rudra, creo que soy el error con el que nunca más vas a querer hablar.

A veces siento que todos los miedos de mi mamá se me enredan en los pies a cada paso que doy y que a cada tropezón me convierto en un error más grande y que ahí están los ojos de mi mamá viéndome con molestia y desaprobación; como si estuvieran viendo una bola de nieve que crece: una avalancha de error que la va a aplastar o quién sabe. Pero esa noche, Rudra, pasó algo raro, muy raro, como de *El exorcista*, y con ayuda de un padre Karras imaginario, mi mamá lloró conmigo y del fondo de la alacena sacó una cajetilla de cigarros y se puso a fumar frente a mí y frente a la Serpentina, que estornudó. Buscando no sé qué respuesta en cada inhalación de tabaco y nicotina, exhaló unos aritos y como la oruga

de *Alicia en el País de las Maravillas*, me preguntó: ¿Tú? ¿Quién eres tú? Apagó el cigarro, respiró profundo. Al exhalar me abrió los brazos. Lo siento. Te amo.

No entendía nada, por un momento pensé que, de verdad, mi mamá era como una oruga gigante que iba a engullirme, pero no: se transformó en una mamá que me abría sus brazos y me quería consolar.

Lloramos tanto, Rudra, y con cada llanto yo veía cómo se reconfiguraban los *icebergs* del polo norte: bloques de hielo que se iban restaurando: una capa de ozono que se retejía suavemente, como si ningún aerosol con clorofluorocarburos hubiera sucedido. Y lloré en el pecho de mi madre como si nos quisiéramos mucho y hubiéramos entendido algo.

Nos quedamos dormidas, Rudra. Esta vez soñé con un estanque, yo estaba en el fondo observando y en la superficie a través del agua podía ver el rostro de mi mamá, como si estuviéramos en una postal impresionista siendo un poema de nenúfares y lirios, un poema transparente de agua fresca y dulce donde parecía que la serenidad y el cariño no se iban a detener nunca, el rostro de mi madre un manantial y sus palabras riachuelos de serenidad. Desperté. Mi mamá seguía ahí. Roncaba poquito. La Serpentina se subió a la cama y ronroneaba entre nosotras. Era como si en lugar de haber salido de la película de *El exorcista*, estuviéramos en la parte más idílica de *La laguna azul*.

Y no me quedaba claro si antes o después de eso nos íbamos a enterar de los sacrificios humanos o íbamos a comer pitufibayas envenenadas. Pero quería estar ahí mucho rato con mi mamá, como cuando estaba chiquita y todo parecía cosa sencilla y no sabíamos nada del calentamiento global ni del derretimiento de los polos ni de la extinción de las especies y el Madelman esquimal lograba instalar su campamento y se amistaba con las focas y los osos polares y pastoreaba a una manada de bueyes almizcleros con los que se sentaba a descansar en las llanuras de Kalaallit Nunaat.

Rudra, ojalá y tuviera menos miedo para marcarte por teléfono y contestar. Si un día platicamos te voy a contar que soy yo la que marca como a las seis de la tarde, un día sí y un día no, a tu casa y se queda callada del otro lado. Ojalá y un día de estos pueda entregarte estos papeles donde te cuento todo lo que pasó.

Incumbencia

Al otro día, Andrea propuso que mis pechos tenían forma de Boing de triangulito, de naranja, añadí: Pechos de Boing de triangulito de naranja. ¿Los tuyos? No, los míos no aparecen, todavía ni existen, a ver si un día de estos se dignan en hacer presencia, hasta entonces los llamaremos pechos planos, los pechos fantasmas, así dijo Andrea de sus pechos. La aparición y la forma de mis pechos y de otros pechos que quieran comentarse conmigo son de mi incumbencia.

Hay cosas que son y otras que no son de mi incumbencia. Las cosas y los temas y las personas que me importan sí son de mi incumbencia, las estupideces que nos pone la prefecta Noemí en la clase de domesticación, no. Es de mi incumbencia lo que está ocurriendo con el derretimiento de los polos a causa del adelgazamiento de la capa de ozono; por eso es de mi incumbencia no usar sprays, lo bueno es que el cabello chino no los necesita, con puro gel de chía es suficiente. Es de mi incumbencia separar la basura, aunque nadie más lo haga o aunque en el camión de la basura lo echen todo revuelto, aunque me pelee con mi mamá por eso, yo creo que un día hasta nos van a obligar a separar la basura, aunque ahora a nadie le importe. Es de mi incumbencia no usar demasiados plásticos, reutilizar los cuadernos y no echar las pilas usadas a la basura. Todo eso es de mi incumbencia. La guerra de Kuwait, Laguna Verde, la energía nuclear son de mi incumbencia y me aterran: es como si hubiera un barril de pólvora a punto de

estallar. Tercera guerra mundial, de mi incumbencia, igual. A veces, las personas que conozco, no todo de las personas que conozco, solo lo que tiene que ver con ser amigas, bueno, no sé, hablar de nuestros pechos, leer nuestros horóscopos e imaginariamente empatar con los de las personas que nos gustan, compatibilidades y distancias, las tarjetas y las postales de la papelería que, nada más por comprobar, nos mandamos por correo. Rudra, ¿qué signo eres? Yo creo que serás de aire o de fuego; definitivamente no de agua ni de tierra. Seguro eres de aire y por eso siento que te vas volando de todo y que ya se te ha borrado todo lo que tiene que ver conmigo, ni lo bueno ni lo malo que ha pasado entre nosotras dos te ha de importar, eso para ti ya ni ha de existir, no es de tu incumbencia de ninguna manera, un poco como pasó con mi papá.

Ahora mismo no sé si es de mi incumbencia saber dónde está mi papá, Rogelio, y por qué no me escribe o me llama por teléfono, tampoco sé si es de mi incumbencia saber si mi mamá y su novio van a vivir juntos ni si tendrán hijos, otros hijos; a lo mejor tendrán una hija nueva, flamante y reluciente, menos errabunda que yo, menos molestosa, más dulce, más femenina, más peinada, más dócil, más lista, más mejor hija, más la hija que mi mamá quiere en vestidos de holanes y moñitos: una hija que no sea una errata, una hija que no se equivoque todo el tiempo como yo, una hija serena no morena. Eso no o sí, quizá, no sé si es de mi incumbencia, pero cuando lo pienso se me revuelve la panza y siento de nuevo esos cuchillitos picándome en las rodillas y me da una sensación como de náusea y rebotación, una sensación de ser una pelota de esponja echada a rebotar en un salón de vitrinas de cristalería con todas las copas y vajillas de todas las madres y abuelas de la colonia. Esa parte de mi incumbencia me aterra. Es de mi incumbencia, Rudra, poder hablarte un día y aclarar las cosas.

Aunque hace unos días mi mamá y yo despertamos en *La laguna azul*, todavía me siento errabunda y eso sí que es de mi incumbencia, a veces todavía creo que va a volver su mirada de

desaprobación. También me incumbe saber si el mundo siempre ha sido así, si todo se trata de hombres y mujeres y de ser uno u otro, me incumbe mucho saber si hay otra manera, si ha habido otras maneras de acomodarse en el universo. Me incumbe ser sirena, me incumbe ser lo que se me pegue la gana y encontrar otros modos. Me incumbe Rudra. Me incumben a veces Salma Hayek y Luis Miguel. Me incumben mis amigas, me incumbe Andrea y los autos de las revistas que trae de la oficina de su papá, con los que fantaseamos que un día nos vamos de pinta a la playa, un Mercedes Benz sí que es de mi incumbencia, pero un Mercedes Benz que no contamine, uno que funcione con energía solar; a donde quepan las maletas y la sombrilla enorme para tendernos en la playa a platicar en un recreo que no se acabe nunca, una playa soleada, limpia, autosustentable, donde se conserven las especies, las algas, las palmeras, las tortugas, una playa con manglar, una playa feliz con todas nosotras cantando bajo una enorme sombrilla: *Djobi, djoba, cada día yo te quiero más* y *piensa que en esta corte francesa eres, más que gitana, princesa*: Rudra, me incumbe mucho que nada nos separe y que podamos vernos después de mucho tiempo, viajar juntas y aprender a bailar. También me incumbe saber por qué nos quitaron el viaje a Oaxtepec y por qué hasta ahora nadie, ninguna, ha dicho nada. Me incumben la calidad del aire y la guerra en Kuwait, las mujeres de la Revolución. El reactor nuclear. El otro día, la maestra Arrona nos puso una canción, «Caritina», una coronela a la que nunca le hizo justicia la Revolución; ni la revolución de Madero ni la de Villa ni del PRI, ninguna revolución. Es muy de mi incumbencia el poema de Rosario Castellanos que nos dio la maestra en un papelito que recorté y pegué en el cuaderno, al lado de la canción de Amparo. Es de mi incumbencia lo que la maestra Arrona pone en la clase y que saca de quién sabe dónde, porque en el libro de español no estaba, ni en el de civismo ni en el de historia, estaba en un papelito con tinta azulosa sacado de quién sabe dónde y esa frase que no se me sale de cabeza: *debe haber otro modo*, *debe*

haber otro modo, *debe haber otro modo*, *debe haber otro modo*, esa frase que quisiera repetir como periquito, como los periquitos de la casa de mi abuela, hasta que se nos ocurra algo que sea muy de nuestra incumbencia, *debe haber otro modo*, porque ya no aguanto esa espantosa clase de domesticación, ni todas las cosas que pasan.

Para la clase de economía doméstica nos pidieron avena, miel y manzanilla para hacer una mascarilla para quitar el acné; y sí tengo acné, mucho, hileras de granos en la cara, pero también tengo miedo y ese no se quita con mascarillas ni tés, ni con nada. Tengo mucho miedo y ganas de reventarlo todo, *debe haber otro modo*. Todavía no sé si es de mi incumbencia preguntarles a las demás cómo se sienten con todo, no sé, *debe haber otro modo* con otros miedos y yo creo que sí es de nuestra incumbencia hacer algo con el acné y con el miedo. *Debe haber otro modo* u otro miedo. *Debe haber otro modo*. Debe haber otro miedo. Mi miedo más grande es que mi mamá me deje de querer y me corra de la casa. Mi miedo más grande es que las cosas nunca cambien y se queden igual para siempre. Mi miedo más grande es quedarme deforme como el Piolín malvado de las caricaturas, eternamente. *Debe haber otro modo*, esa sí es mi incumbencia, debe haber otro miedo. Mi miedo es a equivocarme, a hacerlo todo mal. Mi miedo más grande es a que un día nadie me quiera. Mi miedo más grande es a no poder encontrar otro modo de ser persona. Mi miedo más grande es no poder ser yo, así como soy. Mi miedo más grande es convertirme en un imán de todos los miedos de mi mamá y jalarlos todos con una gran fuerza electromagnética y que se realicen y entonces yo sea mala, fea, horrible, malvada y bruta sin entrar a la prepa sin llegar a la universidad, entrar en un cuarto oscuro más oscuro que el del trabajo de Rogelio a donde no me puedan encontrar. Mi miedo más grande es que no nos volvamos a hablar, Rudra, y que nunca lleguemos a ser amigas o algo, me da miedo que todas mis amigas se vayan y quedarme sola con todos estos miedos pelándome los dientes. Me da miedo ser tonta y responderlo todo mal, me da

miedo no poder entrar a la universidad. Me da miedo que mi mamá se vaya a enojar más de lo que se enojó cuando pasó lo de los baños contigo, Rudra. Me da mucho miedo todo. Me da miedo que nada nunca se vaya a arreglar. Tengo miedo de mí, de quedarme atorada para siempre en un tobogán de palabras y horror. Me da miedo que alguien se dé cuenta de lo que estoy pensando.

Ya salió la convocatoria a la prepa de la universidad y en la lista de tareas que está en el pizarrón mi mamá puso: «Resolver y estudiar la guía de ingreso al bachillerato», todos los días. *Debe haber otro modo* y otros miedos. Ojalá y otras clases y otros universos. Es de mi incumbencia cambiar de miedos y encontrar otros modos, creo. Mi miedo más grande cuando tenía cinco años era que los extraterrestres abdujeran a mi papá y se lo llevaran, quién sabe a dónde, a qué dimensión desconocida, y que no volviéramos a verlo nunca. Lo peor es que no se lo llevaron los extraterrestres, sino que se fue él solito, ningún extraterrestre le lavó el cerebro, solo se fue y no ha vuelto ni ha llamado y yo creo que ya no va a regresar, como si sí se lo hubieran llevado los extraterrestres.

Es de mi incumbencia encontrar otros modos para salir de esa maldita clase de domesticación y de todas las formas imaginarias y reales de fracasar que se me ocurren cuando me pongo a pensar en el examen de la universidad, en lo que haré de grande, en lo que va a pasar con mi mamá, en lo que voy a hacer cuando crezca y en lo que va a pasar si algún día encuentro, o no encuentro, a una persona que me guste mucho, como tú, Rudra. A veces creo que nunca nadie se va a enamorar de mí. En la clase de domesticación otra vez la prefecta Noemí, con copete de tubo de drenaje y masticando chicle, dijo sus tonterías: Dios, dijo, nos creó hombre y mujer, y no hay más. Dios es sabio, que no se nos olvide, porque claro que, si se nos olvida, suceden cosas horribles como la contaminación y como el sida, esa enfermedad de personas raras. El mundo, señoritas, está pasando por una pandemia, las personas que

se han enfermado y muerto porque se han apartado del camino del amor correcto y del amor a Dios y se han enredado de malas maneras y por eso los han castigado. El sida y la contaminación son un castigo por los pecados de las personas que no se saben comportar. Luego nos puso un video donde unas aspiradoras gigantes se llevaban a los bebés de los cuerpos de las mujeres y nos dio una hoja impresa con las cosas horribles que les hacen a los bebés. Y otra vez, como los años anteriores repitió: Eso se llama aborto y es el peor de los pecados que una mujer puede cometer, las vidas de los bebés están en peligro, y, como en el kínder, nos dio unos dibujos para iluminar donde un bebé del tamaño de un chícharo en el cuerpo de una mujer aspiradora decía: No me mates.

En ese momento, pensé que yo era más como una hija aspiradora y que había algo muy horrible en mí y que tenía que llamar por teléfono al responsable de tanto desorden, quizás un dios. Comencé entonces a imaginar a un dios con quien telefonear, un dios con rizos y varita mágica encantando y desencantando cosas y personas como si fuera la Campanita de *Peter Pan*; a capricho, sin voluntad, echando polvitos mágicos para volar; quizá, un dios más parecido a Mi Bella Genio o a la Señorita Cometa, un dios errático y divertido como en un viaje astral de los de la revista que nos leyó Andrea en el recreo, echando maromas por todas partes. Un dios con rizos y vestidos esponjosos, radiantes y multicolores que se equivoca, porque apenas está aprendiendo cómo usar sus poderes, un dios investigando si le gustan más los niños o las niñas o toda la humanidad y si le gusta usar vestidos, diademas, tiaras, trajes sastre o chores, camisas, playeras, bikinis o trajes de baño completos, bermudas o *correr desnudos por la selva con la mujer, ir natural* teniendo *cuello y testuz, como* los animales del zoológico o *la hermana avestruz*. Un dios que no sabía exactamente si estaba contento con que se le inflamaran los pechos o se le ensanchara la espalda o la cadera, un dios que no sabía si le gustaría que se le engrosara la voz hasta ser Plácido Domingo y cantar *Veeerde será* y

abrazar un árbol enorme. Quizá me iba a contestar un dios con dolor de huesos que están creciendo, uno al que se le están enchuecando los dientes y al que el cabello se le está volviendo un estropajo, un dios con algo de malestar estomacal y mucho acné, un dios con tanto acné como el mío y al que todo mundo le diga que no es para tanto y que entre en furia y cuelgue el teléfono cuando le pregunte: ¿Por qué nací así?, ¿por qué aquí?, ¿por qué a mí? La mera verdad es que el dios que existe, si es que existe, en mi cabeza y en mi corazón es una chava de secundaria como nosotras con cólico menstrual, ojeras, acné y cabellos rebeldes ablandados y enrolados en caireles perfectos y simétricos a fuerza de Aquanet. Y no castiga, piensa que todo está mal, y a veces se divierte y hace y deshace a medida que la regla se lo permite. Hoy me duelen los pechos más de lo que puedo soportar, además hace frío, mucho frío, y no hay nada que me quite el dolor de los pezones, me dan unas ganas locas de frotarme contra algo calientito, meterme en las cobijas de mi cama y no salir de ahí nunca. Lo único que me permite aguantar las horas que faltan para que este suplicio de clase termine es que debajo de este salón está el taller de cocina y todos los lunes hacen tartaletas y el olor de la masa dorándose con el queso, las papas, la salsa de jitomate y esa yerbita que les pone la maestra de cocina son una promesa de que a la salida habrá un delicioso bocado de tibieza y gusto para sobrellevar este infierno, donde el dios de la prefecta Noemí se parece más a un tirano de telenovela de horario estelar que a la divinidad que imagino bailando bamboleo o rapeando con las compañeras del tercero D en lo que antes era nuestro taller de dibujo técnico, donde nos podíamos refugiar de sus cosas de feminidad de revista de *Kena La Navidad* o su folleto ese de la aspiradora que devora bebés de la vagina de mujeres con cara de diablas y terror.

Horror sobre horror, esta semana por lo menos a tres compañeras les tusaron el copete por haberse rehusado a quitarse el copete de tubo que caía por su frente: está horrible, tres tusadas,

tres. A mí no se me puede hacer el copete de tubo, más tardo en ponerlo que en lo que las viboritas del cabello chino se vuelven a formar, así que no uso copete, pero Bárbara sí.

El otro día, la tusaron. Fue la prefecta Noemí. Por esa situación, Bárbara dejó de venir a la escuela tres días, cuando regresó traía puesta una mascada psicodélica en la cabeza, se veía muy guapa, pero eso ya tú lo sabes, Rudra, que le gritaste frente a toda la escuela que la amas. Nadie podía creer que la prefecta Noemí se hubiera atrevido a hacer eso, y menos con las tijeras que le prestaron en el taller de corte y confección, si al menos hubiera pedido unas de peluquero de la clase de belleza.

La prefecta Noemí era una mujer muy pobre de espíritu y solo sabía seguir las instrucciones del J. Bonilla que parecía haberle sorbido el seso a Munra, a quien los espíritus del mal ya no le ayudaban mucho para dirigir a la Treinta y Ocho, que poco a poco dejaba de ser gloriosa para parecerse más a un centro para criminales juveniles, un reclusorio en el que ya nadie lo estaba pasando bien. Ni las maestras ni nosotras.

Todos los días pasaba la prefecta Noemí a cada salón y nos revisaba las manos, los peinados y el largo de las faldas. El otro lunes a veinte compañeras les cortó las uñas al ras, por traerlas ligeramente largas y con brillito. A otras tantas, les desdobladilló la falda por traerla demasiado corta, a su cortedad de miras, y tuvieron que andar todo el santo día con los hilos colgando o con la extensión de falda de periódico que a algunas les hacían engrapar para cubrir las rodillas. El infierno era saber que algo habíamos hecho mal, no sabíamos qué, pero era horrible: yo pensaba que los ojos de Fama y Fortuna de la pecera en la dirección de Munra estaban por todas partes observándonos y esperando nuestra más pequeña equivocación, la más mínima metida de pata o desvío de la instrucción para recortarnos la melena, expandirnos la falda o achatarnos las manos. Debía haber otro modo, Rudra, y no este, donde nos podaban o nos cortaban como malas yerbas de jardín

abandonado. Debía haber otro modo y otro miedo, uno que se sintiera más como desafío o reto, que este que nos volvía desconfiadas y tristes. Este miedo horrible que me empujó a acusarte en la dirección por un papelito que tú no escribiste; aunque en realidad, el que tú sí escribiste y me diste personalmente se quedó atrapado en un libro y aunque casi todos los días marco tu número, aún no he podido atreverme a decir nada; como no me atreví a ir a Plaza Universidad. Y desde entonces, el miedo ha ido creciendo tanto, todos los días, por no poder hablar contigo; un miedo estúpido que crece y crece alimentándose con algunas de las cosas que ha dicho mi mamá y su mirada de desaprobación. Y siento cómo ese miedo se expande adentro de mí nada más de escucharla, porque el problema no son todas las cosas horribles que alguien puede decir, sino qué tanto una está dispuesta a escucharlas y a creerlas. Y yo escuché y creí que sí, que lo que decía mi mamá así tenía que ser y se convirtió en un miedo horrible y comencé a fingir que sí me iba a portar bien; aunque no sepa claramente quién soy, sí sé que no quiero ser ni una chismosa ni una cobarde, no quiero nunca ser esta que niega lo que siente y lo que piensa. *Debe haber otro modo* en el que el miedo no sea *El exorcista* sino una fuerza que te empuje a salir de la isla para encontrar otras posibilidades, aunque sea para quedarte dormida, como quisiera poder dormirme en estas clases del horror de la prefecta Noemí. Ahora pienso que si nos juntamos encontraremos otros modos de ser lo que se nos pegue la gana y comer tartaletas de papa y queso, viajar a la playa, conducir un Mercedes Benz y detener el derretimiento de los polos, la tercera guerra mundial, y ser amigas, Rudra. Seguro que *debe haber otro modo* y lo voy a encontrar para poder acercarme a ti.

Pájaros en la cabeza

Quiero dejar de pensar, quiero que paren todas las cosas que me digo de una vez por todas. Quiero caminar como aquella vez que cayó un aguacero a la salida de la escuela. Caminar como ese día que llevábamos falda de deportes y tenis. Luego una no elige la lluvia que la va a mojar y se mojaron los tenis, y de sus costuras comenzaron a salir espuma y burbujitas, ¡Un burbujero de pies!, exclamó Andrea. Atacadas de la risa viendo cómo los tenis echaban burbujas, comencé a cantar aquella cancioncita hawaiana: *burbujitas, burbujitas en el vino, hazme feliz, hazme sentir bien,* acompañada con los movimientos de mis manos mientras movía las caderas como si estuviéramos en un luau de Honolulu, ahí esperando todas el camión para volver a nuestras casas, cantando y riendo, porque era gracioso que los tenis burbujearan, mientras caía la lluvia sobre nuestras cabezas. Quiero parar de decirme cosas. Pero no puedo. Soy Maura y no puedo detener esa vocecita interna que me dice cosas y que no se calla nunca, Rudra. Me urge hablar contigo, me urge parar de pensar y hablar con alguien. Me urge tener una forma de detener los pensamientos que me llevan a estar en lugares donde todo es drama y terror: que paren las palabras, que pueda solo cantar y conversar, bailar, en paz. Quiero un burbujero de pies, cantar y reír sin parar con mis amigas.

La vocecita dice: Lo que pasa, Maura, es que no sabes seguir instrucciones, que no lees los manuales, que te sales del guion y del

mapa. No hay etiqueta que te valga más que *desbalagada*. Que no resuelves, que no atinas, que no aciertas. Lo que pasa, Maura, es que la banda *está borracha, está borracha, está borracha*. Cómo llegó esa estúpida canción a tu cabeza. Te hubieras quedado con la de las burbujitas, al menos esa tenía coreografía y te recordaba la primera vez que pisaste un escenario y que te sentiste contenta de bailar para tu mamá, que pidió permiso en la oficina para estar entre el público de un luau improvisado en la colonia Marte, y vestirte con la falda de rafia que te tejió tu abuela, los collares de flores y las frutas. Pero no, en lugar de eso, estás tarareando esa horrible canción de *lo que pasa es que la banda está borracha*, aunque en realidad lo que pasa es que a ti se te ocurren las peores ideas del mundo. ¿A quién se le ocurrió que ir a esa casa donde estaban los de la otra secundaria podría ser una buena idea? Solo a ti. Ahí estaban las de la prepa que eran amigas de la hermana de Gerardo, que se te acercó y te ofreció una fumada, qué rara sensación la del humo, la mareada; como cuando todo sale mal y no aciertas en nada. Lo que pasa es que no aciertas en nada. En tu cabeza, la prefecta Noemí, quien al salir de clase te dio el folleto ese con los datos de un médico que trataba enfermedades mentales como la tuya, porque lo tuyo era una enfermedad, aseveró: Te vas a curar, hay lugares donde tratan a las que como tú se desvían del camino. Puntadas de punto de cruz en servilletas para las tortillas: flores, pajaritos, mariposas, pero si lo que a ti te interesaba eran ojos, rostros, cabellos, melenas, rizos, pechos, caderas, manos, miraditas. Y una nunca elige la lluvia que la moja. Que paren esas palabras de la vocecita, ya. Que salgan burbujas de mis tenis ahora. *Enjoy the silence*, todo que necesito está aquí en mis brazos. Silencio.

Enjoy the silence. Como de otra galaxia donde nadie piensa en el punto de cruz, Malena aterrizó, ojos profundos enmarcados delineados perfilados negros, ¡Para! *Enjoy de silence* ¿Ya viste?, dijo con los ojos puestos en ti y en el escudo de abejitas bordado en tu suéter. ¿Ya viste? De su morral sacó una postal que puso en tus

manos. ¡Azul!, pensaste, con esta mujer todo debe ser azul. Y miraste la postal donde estaba un rostro hermoso hecho jirones, esferas amarillas, fondo azul. Azul. ¿Cómo te llamas? Me llamo Malena y tú te llamas Maura, ya me dijo Gerardo que te llamas Maura. ¡Azul cobalto, eléctrico, de Prusia, con esta mujer todo debe ser azul, pienso y observo la postal en la que el rostro tiene cabellos, ojos y nariz, una mujer que miraba hacia abajo con serenidad y dulzura, a pesar del movimiento de las esferas que vertiginosamente dan vueltas alrededor de una cerca o corral sobre una bahía con rocas y el cielo azul e infinito, loquísimo ese azul inmenso y profundo donde todo giraba interminablemente en lo que tú veías como esferas amarillas y luces; algo que no aciertas a saber bien qué es, como eso, como qué, una mujer que soñaba y fue despertada de su sueño, una mujer que en azul estaba como esta mujer que ahora te habla por tu nombre. Maura, ¿te gusta el arte? No sé, yo creo que sí. Ah, pues estaría bueno que te dieras una vuelta por el museo de Arte Contemporáneo, es de Televisa pero pues está bien porque ahora que se murió Dalí trajeron una exposición con algunos cuadros y unas fotografías de sus bigotes. Azul, con esta mujer todo debe ser azul y como de otro planeta, piensas, Maura, perdida en la inmensidad de la postal donde una mujer fue despertada por un insecto y, luego en la de sus ojos, los de Malena, que ya se sabe tu nombre y que te pide que pienses en azul y cierres los ojos. Labios en contacto, beso larguísimo y lento a ti, como un caramelo agridulce que se disuelve lentamente entre la lengua y el paladar: alegría y picor en las papilas gustativas y *All I ever wanted, all I ever needed, is here in my arms, enjoy the silence,* en azul. Silencio cálido; una pequeña jungla se extiende entre las paredes del departamento; una selva efervescente en la que de las habitaciones salían grandes aves como guacamayas o cacatúas en parvadas que dibujaban su sombra sobre las montañas y los cañones, en los que los árboles y plantas iban contoneándose al ritmo de Depeche Mode. Todo lo que tengo está aquí en mis brazos. Silencio. Ronroneos,

hojas que se rozan y se estrujan: exuberancia: aromas, flores, esferas gigantes y estruendosas girando en azul, en amarillo, como las esferas del cuadro en la postal; y tú aferrándote a los labios de Malena que te tomó por la nuca como si fueras una avecita a la que nada más le temblaban las alas, *all I wanted, all I needed*, ¿ves? Mira, y del morral tejido sacó un cuaderno con sus apuntes de surrealismo y ahí estaban Remedios Varo y Leonora Carrington y los gatos y los helechos. El tatuaje de Malena en su costado: una guacamaya, alrededor follajes reverberantes, agua.

Words are very unnecessary
They can only do harm
Vows are spoken
To be broken. Enjoy the silence.

Levantas la vista.

Andrea mirándote desde la otra esquina del cuarto.

Enjoy the silence.

Lo que pasa, Maura, es que te sales del mapa porque a ti quien te gusta es Rudra o lo que imaginas que es Rudra y además te gusta Gerardo y ahora Malena; y si por ti fuera, en tu locura te gustaría toda la humanidad. Cuando tu madre se entere, además de preguntarte si ya viste la hora, te preguntará, ¿sí estás desviada? Vociferaciones: Eres igual a tu padre y a sus amigos mariguanos, terminarás como él. Te sales del mapa, te desvías y las desviaciones hacen mal, ruta de perdición, camino a la oscuridad.

Enjoy the silence

Las palabras hacen mal.

Silencio gélido.

Hielos perpetuos de la mirada de Andrea a tus pies.

Abandonada en una isla congelada y misteriosa, rodeada de agua y hielos viendo deslizarse palabras: rara, error, desvío, desvarío, a solas en medio de la tundra, de esa selva de hielo en la que te quedarás. Error tras error, saliéndote del mapa, desviada, extraviada, y no puedes en una sola cosa estar, en una sola situación que no te

traiga problemas, una sola cosa que no sea una equivocación, Maura, una sola.

All I've ever wanted
All I've ever needed
Is here in my arms
Words are very unnecessary
They can only do harm

Sus ojos, una pregunta, Andrea se acerca a riesgo de que se quiebre el hielo bajo sus pies: ¿Ya nos vamos?

Salimos de aquel departamento, en completo silencio. *Enjoy the silence*. A kilómetros de distancia en el Ártico, el agujero de la capa de ozono no se iba a recuperar jamás. Andrea se despidió raro. Nos despedimos raro, como si algo se hubiera quebrado, como grandes bloques de hielo desprendiéndose en los polos.

Luego, cuando Andrea se bajó del micro, pensé: ¿qué es de tu incumbencia, Maura? Si aún no tienes palabras para decir lo que pretendes amar. Raro, sospechoso e incomunicable. Sin palabras ni calidades ni texturas ni expresiones con las que identificar lo que quieres y lo que te gusta, solo sensaciones incomunicables e indecibles haciéndote rebotar por dentro como una pelota ultrarrebotadora en un cuarto de dos por dos. Las palabras son *very unnecesary.*

Una pausa antes de entrar a casa. El poema de la clase de español en tu cabeza dando vueltas como los pájaros patinadores, pájaros patinadores en tu cabeza dando vueltas a la pista para encontrar una sola cosa que haga que todo se vuelva distinto, que se ponga de cabeza porque *debe haber otro modo*, *debe haber otro modo*, pájaros patinadores, y *debe haber otro modo*, planas de *debe haber otro modo* en la libreta de español, en la libreta de civismo, *debe haber otro modo*, pájaros patinadores en la cabeza y luego, algo que flotaba en el aire: porque pájaros patinadores en la cabeza y querrán dejar de decirse cosas horribles en la isla misteriosa y congelada; y a lo mejor no estabas sola, a lo mejor Malena ya tenía

otras maneras, nombres y palabras, ahora sabes que debes volver a verla, regresar y preguntarle cómo es que una mujer besa a una mujer. Después de todas las chingaderas que sucedían en la secundaria, en la ciudad, en el mundo y la galaxia: las tusadas, las faldas desdobladilladas, las hojas llenas de reportes, las amenazas, como si una tercera guerra mundial no estuviera a punto de empezar. Desvíos, desvaríos. Todo lo que necesito en mis brazos está…

¿Ya viste la hora?

Enjoy the silence.

Debe haber otro modo, debe haber otro modo, seguro. Las planas en la libreta, de escalerita, como queriendo mostrar, palabras dibujos, palabras vocecitas, no. *Words are very unnecesary. All I wanted. All I needed*. Dibujos de palabras a punto de ponerse a girar, Malena, paraíso de aves, alegría y libertad; otro modo, un camino nuevo y posible dispuesto a la exploración: desvío, atajo hacia la felicidad, quizás, quizás, quizás. Entrar.

Enjoy the silence.

¿Ya viste la hora?, dice, y piensas en los relojes que se ondulan.

Esferas de palabras girando, el mundo no puede ser tan pequeño como para un solo camino, ¿y las veredas, los atajos, las brechas, las orillas? ¿Cómo se llegó a América? Por el camino recto, el asignado, la ruta del progreso: unívoco, violento y cruel: camino trasatlántico en una sola dirección, la dirección de la ruta del progreso. Horror.

Otras maneras, pájaros patinadores en la cabeza, islas misteriosas, congeladas, que un día antes de que se derritieran los polos, íbamos, iban, a encontrar.

Concentrarme en mis incumbencias, pájaros patinadores, esferas, burbujitas, besos.

Mamá, *debe haber otro modo*, las promesas se hicieron para romperse, los sentimientos son intensos, las palabras son triviales,

sin sentido y olvidables. Tengo que hacer una llamada. *Enjoy the silence.*

Tomé el teléfono y marqué tu número, Rudra. Solo escuché tu voz y colgué, otra vez.

Painful to me
Pierce right through me
Can't you understand?
Oh, my little girl.

Exposición

La vida se creó en África. De allá venimos; de allá la humanidad, o algo parecido, viene desde hace miles de años, esto que somos: un estornudo en la historia del mundo. En realidad, no tenemos tanto tiempo sobre la Tierra, apenas una pelusa en la gran cobija de los tiempos y lo hemos hecho todo tan estrepitosamente mal. Sobre la mesa estaban algunos de los exámenes de geografía con las mismas respuestas; una exposición del arte de la repetición sobre el escritorio de la oficina de la directora Munra Luz Ramírez. Fama y Fortuna, los peces que lo veían y lo juzgaban todo, dirigían sus miradas escrutadoramente a cada hoja de respuestas, cada una similar a la anterior y a la anterior: con diferentes nombres y tipos de letra. Y ahí estaba J. Bonilla que más que nunca apestaba a *old spice*, la maestra de geografía y nosotras, Andrea, Lizbeth y yo: a las demás las dejaron esperando en la sala de la dirección.

Mi cabeza era como un panal donde millones de abejas bailaban y comunicaban algún mensaje que yo entendía como *debe haber otro modo*; mientras intentaba atender a las preguntas de la directora fiscal con las que quería reconstruir el crimen, dilucidar qué había pasado exactamente y, sobre todo, averiguar quién fue la cabecilla, la jefa de la banda, la autora intelectual que se había encargado de que todas, todas menos Dorlina, tuviéramos las mismas respuestas equivocadas.

Quizá lo único que querían nuestras autoridades era tener el nombre de la creadora de esa nueva geografía en que la hidrografía de África fluía de formas tan raras e insospechadas. Las autoridades estaban buscando a la cartógrafa que mapeó esa geografía inusitada y espectacular. Seguro ofrecerían a la exploradora y a sus camaradas el primer lugar en el cuadro de honor por la innovación geográfica. Eso pensaba yo, ese día en que curiosamente me encontraba optimista.

Comenzaron pidiendo que les reveláramos quién había escrito esas respuestas en el papelito. Trataron de persuadirnos con el viejo chantaje de que preferían saberlo por nosotras que por terceras personas: que, en caso de confesar en ese momento, buscarían aminorar el castigo. Ninguna dijimos nada.

Recurrieron a la vergüenza moral, ¿qué estaba tan mal con nuestra generación, con nuestro grupo, con nosotras? Romper las buenas costumbres de la escuela que, si bien habíamos logrado en los grados anteriores ser ejemplo de tenacidad, trabajo en equipo, buenas calificaciones y rectitud; a la luz de los últimos acontecimientos estábamos mostrando el lado más oscuro de nuestro comportamiento y peor aún, estábamos siendo un pésimo ejemplo para el resto de la escuela y muy en particular para nuestras compañeras de primero. Ninguna dijo nada. Respiré profundo para no reclamar nada acerca de la forma en que hicieron ojo de hormiga nuestro viaje a Oaxtepec ni de cómo nos quitaron el derecho a un taller de artes y oficios de libre elección, solo respiré, mientras la colmena de abejas en mi cerebro seguía zumbando *debe haber otro modo*. También pensé en lo estúpido que había sido su video del feto que grita en silencio: inhalé y exhalé con los ojos, que se me voltearon poquito. Los ojos volteados, ojos de toroloco decía mi mamá, ojos torcidos para no atender ni caer en las provocaciones de su discurso. Como nada de eso les funcionó se nos fueron a la yugular de la amenaza, el temor al dios de la carta de buena conducta. Era el último bimestre, insistieron, en que, aunque

lográramos pasar todas las materias y tener un promedio regular, sin la carta de buena conducta no íbamos a lograr entrar a una buena prepa, que en las prepas de la universidad no nos iban a aceptar por revoltosas. No pude evitar una risita ante tal afirmación, como si no viéramos las noticias con todos los revoltosos de la universidad.

¡Antiguos espíritus del mal, transformen este cuerpo decadente en Munra, el inmortal! Munra Luz Ramírez entró en cólera, porque después de eso nos dijo que ya habíamos perdido mucho tiempo y que, en realidad, solo habían querido darnos la oportunidad de arreglar las cosas. Ayúdennos a ayudarlas, fue lo último que dijo. Y después le pidió a Noemí con los ojos que trajera la evidencia.

La evidencia no llegó sola. En una bolsa de plástico estaba el papelito a donde distraídamente había anotado las respuestas, inspirada por el horrible sueño después de la conmemoración del ochenta aniversario de la Revolución Mexicana. *No vamos a encontrar otra playa que tenga palmeras moviéndose al viento. No vamos a encontrar un amor a medida otra vez.* Vamos a encontrar una nueva geografía o quién sabe.

En ese papelito todo era un disparate que ninguna de las copionas cuestionó. Todas solo copiaron, se dejaron llevar porque si tú me pasas mal las respuestas nunca lo sabré, porque a veces confío ciegamente en ti, como la genética de las células que a veces reproducen ADNs alterados o los juegos de teléfono descompuesto donde una gran idea deviene en un infomercial para jubilados que no pueden dormir, y llaman a media noche a solicitar tenis que nunca van a usar. Nosotras no decíamos nada, solo mirábamos hacia el escritorio a donde cuidadosamente estaban colocados los exámenes respondidos a puño y letra por cada una de nosotras; respuestas sí, a todas luces erróneas, pero copiadas con ligeras variantes de un examen a otro, reescrituras semejantes en los trazos, pero singulares en los puntos de las íes, la inclinación de cada letra, la presión del trazo sobre el papel, su dimensión, las redondeces circulares o elípticas de cada «o».

Esto es una calca, prorrumpió Munra Luz Ramírez, copiaron las respuestas del examen y sabemos exactamente quién elaboró el papelito con la geografía más rara e invertida y sospechosa del planeta, porque afortunadamente aún hay alumnas honestas. Al centro de detención juvenil ingresó su majestad Dorlina, inmaculada, con su claridad y su excelencia, con su finura y con todas sus medallas tintinando y, sobre todo, con esa superioridad que en México se otorga incondicionalmente a la tez blanca, a los ojos y los pelos claros. Con su parsimonia, con la voz más endulzada que té con doble ración de sacarina y como si hablara en versales y versalitas. Me parece que la letra es de Maura, encontré el papelito en el bote de la basura y, cuando la maestra nos dijo lo que había pensado, me vine a la dirección, para informar de lo sucedido. Espero que mis compañeras aprendan esta lección por su propio bien. Y pajareó los ojos como hacen las reinas de belleza y las mujeres de la liga de la decencia.

Andrea, Lizbeth y yo nos miramos con complicidad como cuando nos juntábamos en el patio bajo la higuera a hacernos trencitas de colores y cotorrear como periquitas. No había nada que hacer. No había salida. Imagino que el reflejo del suéter verde con el escudo con las abejitas revoloteando alrededor de Josefa Ortiz de Domínguez, tuejemplosiemprenosguiará, hizo que me viera todavía más verde de lo que me sentía. Tan verde y tan sin salida como una palomita de San Juan atrapada frente a la ventana intentando escapar. Fama y Fortuna clavaron su mirada en mi rostro verde como de medusa, quise que se hicieran piedra, pero no lo logré. También quise desaparecer, pero no lo logré. Munra Luz Ramírez agradeció los servicios de Dorlina y del brillo y el tintineo de sus medallas, de su blancura y de su dulcísima voz con efecto de versales y versalitas. Porque Dorlina era la niña del cuento que habíamos leído en la clase de español, ese de la niña condecorada. «Aprendan a Mandolina que está sentada sin hacer estropicios».

El J. Bonilla, que apestaba a que todo le había salido bien siempre, comenzó su perorata; me miró de arriba abajo y dijo: ¡Ah!, otra vez usted, Maura Adriano Guerra, ¡Aplácate, Juana Gallo! Haciéndole honor al apellido, el asunto es que usted no se sabe bien para quién trabaja, porque en verdad que lo hace usted muy mal, mire que comprometer de esa forma a todas sus compañeras, arriesgarlas de esa forma a perder el año solo por querer hacerse la lista. Pero si será usted soberbia y delincuente. Y luego con lo otro que ya se sabe, con esas cosas de nadar en aguas raras junto con todas esas terroristas de batas rojas. Pero si será usted naíf. ¿Sí sabe lo que es naíf? Lo naíf es lo inocente por ingenuidad. Lea en voz alta, azotó el diccionario de la Real Academia sobre el escritorio de Munra Luz, la maestra de geografía se sobresaltó, pues no esperaba eso. ¡Lea!, espetó ese hombre que además transpiraba autoritarismo y toxicidad radioactiva:

Naíf:

1. adj. Dicho del arte o de una obra artística: Que se caracteriza por reflejar la realidad con deliberada ingenuidad, aparentemente infantil, y con poesía y simplicidad. Apl. al arte, u. t. c. s. m.
2. adj. Dicho de un artista: Que cultiva el arte naíf. U. t. c. s.
3. adj. Propio o característico del arte naíf. Un paisaje naíf.
4. adj. coloq. Ingenuo o inocente. Una conducta naíf.

¿No le parece que aplica perfectamente?, si será usted ingenua e infantil, ¿se cree usted redentora?, ¿quién se cree usted, que todavía es una escuincla que no sabe lo que quiere ni lo que es el mundo?, ¿se cree usted que va a cambiar algo con pasarle las respuestas equivocadas a sus compañeras? De verdad, ¿creen que va a pasar algo con sus jueguitos? Claro que sí, claro que va a pasar algo. Ahora van a aprender que hacer trampa es grave, es un delito,

romper las reglas es incorrecto y peligroso. Es un error andar por ramas torcidas, desviarse no está bien nunca. Además, qué se cree usted, la creadora de un nuevo espacio, mire que sus disparates sobre la geografía de ese continente de donde han venido tantos males y enfermedades no me parece tan casual.

Y mientras decía todo eso, J. Bonilla, que apestaba a *old spice* y a que todo le había salido bien, se inflaba como sapo de satisfacción consigo mismo, ya se imaginaba condecorado con la medalla al mérito de la justicia juvenil. Entonces mandó llamar a Bárbara, que estaba en la sala de la dirección. Andrea, Lizbeth y yo nos miramos extrañadísimas, igual que todos los presentes; rarísimo que la quisieran agarrar contra Bárbara que nunca había tenido ni un reporte.

A los ojos de Fama y Fortuna, Bárbara era una novedad, en sus tres años de secundaria nunca había pisado la dirección ni para bien ni para mal. El resto de la comitiva no, ya éramos viejas conocidas del procedimiento. El baboso de J. Bonilla sabía lo que hacía, amparado en algunos méritos que como señor tenía a sus veintitantos años de soberbia y de los cuidadosos peinados y acicalamientos que seguramente le hacía su mamá.

Comenzó a interrogar a Bárbara, quien ni se inmutó, a los pocos segundos de la gritería de ese señor, todas comenzamos a voltear los ojos, menos Bárbara, quien comenzó a mirarlo desafiante, había algo tan retador y valiente en ese gesto que para mí era como estar viendo a la Victoria de Samotracia con cabeza. Para J. Bonilla, en cambio, eso era un desafío que no iba a dejar pasar. Las sospechosas comunes ya sabíamos todo el juego, la gritería, la redacción del reporte, la firma, la expulsión, la carta condicional, lo sabíamos todo y nunca habíamos retado llegando a ese punto, asumíamos todo ante los ojos del castigador, y de Fama y Fortuna que no dejaban de clavarnos sus ojos de pez anaranjado de pecera tercermundista. Y justo cuando esperábamos todo el trámite, dijo

que todas podíamos retirarnos, menos Bárbara, que tenía que quedarse. Que saliéramos inmediatamente.

En ese momento, Andrea, Lizbeth y yo nos miramos; y fue como si nos hubieran caído todas las respuestas por iluminación: como si en ese momento tuviéramos que treparnos a un auto que no iba a detenerse nunca ni siquiera ante un cañón, sobre el que volaríamos hasta encontrar otra manera de ser personas. Así que solo movimos la cabeza en señal de que no nos saldríamos y que no íbamos a dejar a Bárbara sola, que lo único que había hecho era haber interpretado a Zapata como nadie.

¡Suspendidas! Todas.

Cartas condicionales para cada una.

¡Terroristas!

El próximo lunes frente a toda la escuela tendrán que recitar los lugares por donde pasan los ríos más importantes del planeta y además tendrán que venir sus padres a firmar la carta condicional. A lo mejor no podemos reprobarlas, aunque si ustedes quieren, podemos retardar el certificado que necesitan para avanzar, en una de esas hasta las hacemos repetir el año, ¿o no, directora? Munra Luz le seguía el juego, adoptando el papel del policía bueno. Bueno, maestro, es nuestro deber que estas jóvenes enmienden su error y salgan de la secundaria lo mejor preparadas para enfrentar el mundo y continuar con sus estudios en lo que se casan y se convierten en madres ejemplares.

Se hizo el papeleo, de las cartas, de los citatorios, del aviso de suspensión.

Cuando salimos de la escuela, había un alboroto. Estaba furibunda contra Dorlina, cómo podía ser tan así, tan güera y tan chismosa, si me la hubiera encontrado me la hubiera puesto pareja, lo peor de este mundo es alguien que delata a los demás. Yo fui a delatarte a ti, Rudra, una vez. Y sí me siento de lo peor.

Pero, ese día, la peor era Dorlina y tenía unas ganas de desgreñarla, solo que alguien ya se había adelantado y fuiste tú,

Rudra. Nos contaron que a la salida le gritaste: ¡Chismosa! Otras te secundaron y se hizo la bolita. Todas pensábamos en ella como la del cuento: «Aprendan a Mandolina que está sentada sin hacer estropicios». Se armó la bolita donde todas estaban gritándole a Dorlina: ¡Chismosa! Sus amigas la dejaron sola. Desde la dirección pidieron una patrulla y todas nos echamos a correr como gallinas descabezadas. Aunque, en mi cabeza, que todavía estaba en mi cabeza, seguían zumbando las abejas diciendo que debía haber otro modo.

Debía haber otro modo. Y otros espacios, así que solo llegamos todas a la casa de los amigos de la catorce, a la casa de Gerardo. Llegamos todas, sacadas de onda. Andrea y Lizbeth llegaron, Bárbara se quedó en el camino.

Cuando llegamos, Malena sacó un casete de su morral y lo puso en la grabadora de encima de la tele. Se escucharon los acordes de una guitarra y luego toda una orquestación rarísima. ¿Qué era eso? *Hay veces que no tengo ganas de verte. Hay veces que no quiero ni tocarte. Hay veces que quisiera ahogarte en un grito. Y olvidarme de esa imagen tuya, pero no me atrevo*…

Y siguió y luego unas trompetas como de mariachi y unos acordes como de marimba, maderas: *en crescendo. Somos como gatos en celo, somos una célula que explota y esa no la paras.*

No la paras.

Una célula que explota

Somos una célula que explota y un mapa que se está rehaciendo, no andaremos de rodillas, el alma no tiene la culpa. En silencio, en esa casa rarísima sin padres, adolescentes de secundaria y prepa habíamos encontrado una nueva geografía, una hidrografía que fluía por espacios nuevos y desconocidos al ritmo de *debe haber otro modo*; si ese otro modo existía, lo hallaríamos fluyendo por sonidos, sabores y aromas raros, sospechosos e incomunicables. Malena puso al centro una de las mesitas ratoneras; de su morral sacó un pastel pequeño de chocolate envuelto en una servilleta bordada con motivos florales, pude ver que entre las rosas de la servilleta también estaba bordada una planta en forma de estrella con siete hojitas que se iban haciendo más grandes de las orillas al centro.

Vamos a comer un pastel feliz, solo un trozo, paciencia. Si alguien no quiere, está bien, solo diga. Con las manos en ese gesto de quien se comunica con la divinidad, nos inquirió Malena.

Nadie dijo que no.

Nadie vaya a beber alcohol ni cerveza ni nada, solo podemos tomar té de manzanilla, jugo o agua, ahí hay unas naranjas, manzanas, piña y unos Boings, también podemos comer sándwiches. Malena miró a Ulises, escuché que le decían el Negro, pero sentía raro tener que llamarlo así, casi tanto como cuando en la casa mis tías güeras me decían prieta. Ulises, que acababa de destapar una caguama, se levantó a vaciarla en el fregadero…

Malena le puso una velita de cumpleaños con forma de signo de interrogación al pastel. Una interrogación que se abría y se quedaba en suspenso, aquella tarde en que llegamos de nuevo a esa casa, después de huir de la patrulla y de estar a punto de ser expulsadas. Malena y Gerardo comenzaron a cantar: Estas son las Mañanitas… que cantaba el rey David, a la Revolución Mexica se las cantamos aquí.

A la bio, a la bao, a la bim bom ba, anivdelarev, anivedelarev, ra ra ra.

Malena cortó el pastel de chocolate en pedazos regulares para los que estábamos ahí: Gerardo, Andrea, Ulises, Lizbeth y uno que se llamaba Santos y tocaba el sax, ella y yo. Quiénes eran esos muchachos, se me hacían conocidos, seguro los había visto antes, ahí mismo quizá; pero en ese momento se me figuraban al padre Karras de *El exorcista*, pero en modo alegre, más como ángeles desubicados y salidos de Rockotitlán.

Somos una célula que explota y esa no la paran, tampoco vayan a fumar tabaco, nos dijo Malena. Solo un poco de pastel, despacio, sientan el sabor del chocolate. Imaginen que estamos en una de las fiestas de *Alicia en el País de las Maravillas* y que poco a poco vamos a entrar en un espacio distinto. Recordé el libro del niño que se empequeñece para irse a volar con los patos salvajes, otra vez recordé las marismas que Nills sobrevolaba encima de uno de los patos de la parvada, me quedé pensando en la palabra *marisma* como si quisiera quedarme a vivir para siempre en ella. Luego regresé a *Alicia en el País de las Maravillas*, la película de Disney que había visto con Rogelio, mi papá, en el Cine de Coyoacán el día que fuimos al concierto de guitarra que dio un amigo suyo. Rogelio y su amigo me llevaron al cine. Recordé que quería tirarme en el pasto como Alicia y que las flores y las plantas me cantaran y que una oruga como la de la película me recitara poemas como el de las aguas del Nilo, los ríos de África.

Comimos todos, porque el pedacito de pastel que hizo Malena decía:

Cómeme.

Escuchamos todo el disco, se llamaba *Diablito*, Malena traía el casete en su morral y lo escuchamos completo y lo dejamos en la casetera a que se regresara una y otra vez. Aguardamos y, mientras la luz del sol se trasminaba a través de las persianas de la ventana de la sala, poco a poco una sensación de completa relajación invadió el espacio: una cascada de paraíso tropical y dulce que caía suavemente entre helechos gigantes, hojas enormes, lianas y árboles de follajes multiformes, aves sonorísimas, sombras y montañas, como la vez en que Malena y yo nos besamos. Después, serenamente un rumor de agua en movimiento que provenía de mis venas e iba y venía como si fueran riachuelitos y arroyos se vinculaba con los ruidos del agua de la casa que también estaba conectada a la red de agua y a la hidrografía del valle de México y a los ríos que venían del centro del país. Luego, como si todo se hubiese transformado en un mapa de hidrografía, ya todos éramos caudales fluyendo que se evaporaban en los ojos y que manaban en destellos de luz de agua de las yemas, de los dedos y de las manos. Me sentía suelta, fluida, entonces vi cómo los demás también se estaban sintiendo como esos cuadros de tercera dimensión surcados por ríos, arroyos, lagos, mares y riachuelos, o les brotaban manantiales, esos cuadros que debes mirar atenta y detenidamente para que broten las imágenes. De pronto, todos estábamos entretenidos con los rayos de luz que se filtraban por las persianas que iluminaban las partículas de polvo que flotaban ahí en una coreografía de arenas que subían y bajaban como los caballitos de un carrusel diminuto y exactamente parecido al de dos pisos de Reino Aventura que se encendía por las noches. Ulises traía un sombrero de pana que se quitaba y ponía debajo del chorro de luz y luego se lo echaba a la cabeza como si se estuviera bañando con esa luz a jicarazos. Los demás solo ponían sus manos como si se las

estuvieran enjuagando. Nos reímos plácidamente imaginándonos regados o bañados por esa luz. Cuando pensé la palabra *plácidamente*, fue como si cada una de sus letras se fuera desbaratando en placitas con mesas de té en cafeterías parisinas y luego, otra vez Alicia y conejos con relojes y sombreros y jardines de rosas cantando. Así, poco a poco, los ríos de África salieron de nuevo por mi boca: El Nilo que desemboca en el Mediterráneo, y tiene dos riñones, el Zambeze, el Congo, el Níger, de ahí venimos, me dije, del Níger, de las nubes del Kilimanjaro, de las nubes que se forman en todos los hielos perpetuos de los volcanes de las grandes elevaciones del mundo, del Himalaya, de los Andes, Iztaccíhuatl, Popocatépetl, del ciclo del agua que comienza en los océanos y estruendosamente cae en las selvas, las montañas y los bosques. Los ríos del mundo son de agua, de agua que pasa por mi casa y somos como gatos en celo, somos una célula que explota. ¡Cate de mi corazón!, gritó Gerardo y nos puso a mirar cómo se paraba de cabeza en la pared, nos acercamos. De repente, Gerardo de cabeza, agua que pasaba por mi casa, agua, que a veces por mi casa ya no pasas y te estancas. Me voy, me fui en mis propias aguas, entonces, agua que pasas por mis venas, agua que pasas, te deslizas transparente, fresca, dulce, agua de manantial: agua de río, agua resbalando, agua en agua: gotitas de agua que se detenían en las puntas de mis manos; y tu nombre, Rudra: pronuncié tu nombre y ahí estabas, llegaste: Rudra. A la casa de agua.

El mundo es raro.

Sonó el timbre.

Entró Malena: Miren, llegó una amiga que quería presentarles, y la amiga eras tú, Rudra.

Eres tú, Rudra, que te he llamado con mis pensamientos de agua, y enseguida de verte, me han dado unas ganas locas de llegar a donde estás y decirte que todo este tiempo he estado pensando en ti. Me acerco como si fuera en cámara lenta, con suavidad, como cuando las gotas de agua recorren las ventanas despacio, llevándose

en su trayectoria a otras gotas de agua, así voy, fluyendo lento y suave, hacia ti, Rudra, la de las cartas, lo sabes todo de mí, a nadie más que a ti le he escrito tanto y sé que lo sabes, por eso estás aquí, porque te he atraído con mis palabras y mi pensamiento de agua, y voy acercándome con los brazos extendidos, como si se estuvieran abriendo las compuertas de una presa; pero al llegar a ti, de golpe, te echas para atrás con cara de horror. No sé cómo me miras, pero se siente horrible: un desierto con tormentas de arena que lo erosiona todo. Estoy frente a una tú que no eres tú, que no es la de las cartas que he escrito, y me mira con horror y me rechaza: ¡Quítate, babosa!

Entonces ya no eres, Rudra, la de los diálogos interminables en mi cabeza ni la de aquella ocasión que me ayudó a quitar una mancha de menstruación de la falda con quien casi termino dándome un beso. Eres tú y no aquella a quien le marqué varias veces a su casa para no contestarle, eres tú y no la destinataria de todas las cartitas que escribí y que nunca envié; eres tú la que dejé plantada sin avisar en Plaza Universidad, eres a la que castigaron por mi culpa. Eres la que gritó: ¡Bárbara, te amo! Y ya no eres la destinataria de mis cartas, sino que eres la persona que más me odia en el mundo.

¡Quítate! Y te sacudes de mí, como si te quitaras un bicho repugnante de encima: Malena, ¿dónde está Bárbara? Me dijiste que iba a estar aquí.

Todo se puso nublado, nubes negras cargadísimas de electricidad, tormenta y oscuridad. Dejé de ver y de escuchar, solo pude balbucear tu nombre otra vez, Rudra, perdóname. Supe que le reclamaste a Dorlina a la salida. Rudra.

¡Hazte!, eso no tuvo nada que ver contigo. Qué idiota y estúpida eres. Eres una babosa que se siente que lo sabe todo y que cree que puede hablar de mí y de las demás, de verdad crees que me importa que no hayas llegado a Plaza Universidad, no seas tonta. Eres una tonta niñita de mamá que terminará estudiando mientras se casa, y

terminará casada y con chamacos a la primera. Tendrás unos chamacos horrendos y chaparros como tú. Por un día que fui amable contigo ya te hiciste toda una historia en la cabeza, no quiero verte. Vine porque pensé que Bárbara iba a estar aquí. Ya cállate. Me di la vuelta. Cuando sentí un jalón de greñas, todo fue muy rápido. No entendí nada. Solo sentí su odio. Me tumbó en el piso y comenzó a golpearme. Me defendí lo más que pude, solo alcanzó a darme unos manotazos. Los demás se dieron cuenta y me la quitaron de encima. Malena le dijo que se fuera y que no volviera nunca. El miedo y la vergüenza me invadieron y punzaban junto con los golpes que me ardían en la cara. No podía hablar ni decir nada. No entendía de dónde venía tanto odio, aunque me lo imaginaba. Todo ese odio era para mí, solo por ser yo.

Andrea y Lizbeth intentaron consolarme. Sin decirlo, todas sabíamos cómo era sentir un golpe inesperado de la persona que más quieres que te quiera. En ese momento, sentía cómo se me iba hinchando el pómulo de la cara y el jalón del cuero cabelludo, el ardor del jalón de la playera sobre el cuello.

Todavía sonaba *esto es la noche y de la noche son las cosas del amor*. Malena sacó el casete de la grabadora, los demás trajeron hielos y nos dijeron que esperáramos ahí.

Una oleada de ganas de llorar sin osos polares me inundó y estallé en un berrido como si no hubiera llorado nunca antes. Ya era tarde, muy tarde.

Sonó el timbre. Era mi mamá, venía con su novio. Al acercarse, gritó: Apestan a mariguana, ¿qué les pasa?, ¡están locas! Y comenzó a gritar, como loca: ¡Mariguanos! ¡Voy a llamar a la policía! ¿Quién te golpeó?, ¿y ustedes por qué no hicieron nada? ¿Fueron ustedes? Andrea, dime, ¿quién fue? Nadie podía decir nada, estábamos paralizados. Yo más. Su novio le pidió que se calmara y poco a poco logró que dejara de gritar. Yo la odiaba más que nunca o que a nada en el mundo. Quería desaparecer de la faz de la Tierra para siempre

y, sobre todo, quería no tener que ver nada con ella ni con Rudra. Solo quería desaparecer de la faz de la Tierra.

Ya en la calle estaban los papás de Lizbeth y Andrea.

Al llegar a casa me metí a mi recámara, puse la grabadora a todo volumen, y no pude parar de llorar. La cara se me estaba hinchando; el dolor y la vergüenza me punzaban por todas partes y en algún lugar de mi pensamiento pude sentir que sí que lo merecía, mientras otra parte de mí decía que no, que nadie se merece eso. La música me daba oportunidad de estar en otro lugar, en uno donde se puede disfrutar el silencio, *my little girl, all I wanted is here in my arms.*

Apaga ese maldito aparato. Cada día estás peor. No puedo contigo, lo bueno que ya regresó tu papá y quiere verte.

¡Apaga la grabadora, ya!

Como no la apagué, mi madre bajó el switch.

Yo también me apagué y traté de que la noticia de que mi papá había regresado no me provocara nada, así que no pude dormir en toda la noche pensando en él, y en qué chingados le ocurría como para volver ahora.

Pensé que podía tener cáncer y buscaba perdón y tratamiento. Entonces me inventé una historia en la que si mi papá obtenía nuestro perdón su tratamiento sería más efectivo, y podría vivir más y mejor con nosotras que siempre seríamos el amor de su vida; aunque también pensé en que por fin se habría encontrado a sí mismo y traería ahora paz, serenidad y una fortuna con la cual por fin comprar una casa de dos pisos con jardín.

También lo imaginé volviendo de un viaje larguísimo, en el que se perdió porque le dio amnesia luego de una caída en una cascada a donde estaba tomando fotografías para una revista de viajes y perdió la memoria, y ahora que se había recuperado venía por nosotras con la fortuna que le pagó el seguro por haber pasado tantos años en coma como riesgo de trabajo. Pensé en todas esas posibilidades y más, y por eso no dormí casi nada hasta que ya muy de madrugada me ganó el sueño.

Rumba, samba, mambo

Todos los ríos llevan al mar y el mundo es raro. A lo lejos comienza a sonar un saxofón, un vibrato, se escucha esa canción: *yo sabía que te ibas a ir, hoy tu voz la oí decir yo me voy de aquí, el otro lado es la solución, yo me voy de aquí, hoy te vi partir*: estamos en el departamento de Malena y Gerardo, que comienzan a aplaudir. Andrea y Lizbeth extienden un mapa gigante del continente sobre la alfombra de la sala y encima de él comienzan a colocar las cordilleras con forma de chocolates Kisses. Ulises coloca tiras de papel de china de diferentes tonos de azul y verde azul, en donde van los océanos, los lagos y los ríos.

Al fondo del departamento está Rudra, quien me mira curiosamente. Estoy colocando aserrín verde donde se supone que van los bosques y las selvas y comienzan a crecer árboles altísimos por los que se trasmina la luz que entra por la ventana.

Mira, todavía lo tengo, y de su melena saca el bilé bronce dorado que habíamos comprado en el tianguis. Escucho: ¡Rumba, samba, mambo! De pronto, Andrea, Lizbeth, Gerardo, Malena y yo estamos en hilera y traemos grandes abanicos, todos traemos un bronce dorado en la mano derecha, le quitamos la tapa y comenzamos a deslizar el bilé por el centro de los labios superiores a la izquierda y luego del centro a la derecha y luego el labio inferior de la derecha a la izquierda para rematar con apachurrón de labios. Seguimos abanicándonos. Los miro a todos y bailamos sobre el mapa que

cobra tercera dimensión y entonces zapateamos sobre un océano enorme de papel de china azul. Malena, Lizbeth, Andrea y Rudra bailan, luego un coro de voces que proviene de todas partes y del que a veces se cuelan algunas frases que dice: Ulises que no es tan Ulises, sino más bien es el río que se había hecho con el papel de china, y estoy en ese sitio húmedo que se vuelve pantanoso, ya no hay música, las voces se tornan oscuras y todo se llena de sapos y moscas; detrás de mí está una especie de Rudra con dos cabezas y cuerpo de lagarto, una cabeza es Rudra y la otra es Bárbara y le sale otra de la panza y es Dorlina, tres cabezas de una Rudra que trae en las garras todos los papeles que le he escrito y los viene aventando al aire, y de repente siento que todo mundo los estuviera observando y leyendo en voz alta. Y me inundo de vergüenza, mientras la Rudra de tres cabezas me empuja y me dice: ¡Hazte! Eres una babosa, y me arranca mi cabeza que era caparazón y me quedo hecha gusano en un charco de lodo y llueve, llueve, en ese lugar hasta que siento que una lengua de sapo está a punto de alcanzarme para engullirme.

Maura, ¿estás bien?

Despierto aterrada. Estuvo horrible, mamá. Espantoso.

Por favor, dime que no fumaste mariguana.

No.

¿Comiste mariguana?

No. Ya déjame en paz, a ti qué te importa. Mejor vete con tu novio y déjame en paz. No quiero estar aquí, no quiero verte, no quiero nada. Te odio, te odio. Quiero largarme de aquí. Nunca me vas a aceptar como soy, tú quieres una hija como Dorlina o como Bárbara, no como yo. Tú quieres que me parezca a ti o a tus hermanas, que sea perfecta y no que sea como soy.

Sí comí mariguana y sí me quiero largar y ya no quiero saber nada de ti. Te odio, mamá, te odio. Nunca me has visto. Solo me miras y te retuerces porque no soy la hija que quieres y estoy harta. Te odio.

Tu papá regresó. Mañana viene tu papá a verte. Pensé que ya habíamos arreglado esto que me estás diciendo.

Esto no se puede arreglar. Soy un monstruo. Eres una princesa que parió un monstruo y me odias por eso.

No te odio, Maura, hago lo que creo que es lo mejor para ti y no tengo idea de cómo hacerlo distinto, solo quisiera que no te pierdas y que seas feliz, y que aprendas a amar y que te amen, y creo que ni yo misma lo sé porque alejo a las personas que me tratan bien, y no quiero que te pase lo mismo, quiero que sepas que sí me equivoqué, y quiero que me perdones por todas las cosas horribles que te he dicho, perdóname. He estado haciendo contigo exactamente lo que hicieron mis papás y te he mirado de la misma forma que ellos me miraron y que me miro a mí, y es horrible porque sé cómo se siente y cómo por miedo se dejan de hacer cosas que uno ama o podría amar. Lo siento mucho, Maura, todo lo que me dijiste la otra noche me hizo pensar que en realidad no he sabido estar contigo. Es como si entre nosotras yo hubiera puesto un alambre de púas que hace que no quieras estar conmigo ni contarme tus cosas. Lo siento. Maura, hija, te amo y me duele mucho no saber acompañarte, pero te prometo que voy a aprender. Te prometo que voy a aprender a mirar y a hablar con amor. Maura, lo siento mucho, hija, siento haber sido tan dura, ojalá y no hubiera sido así. Ven. Mi mamá me abrazó como si me abrazara por primera vez y, en ese momento, el monstruo de tres cabezas del sueño comenzó a desvanecerse poco a poco llevándose la sensación de dolor que me causaba todo lo que pasó anoche en casa de Gerardo cuando llegó Rudra.

Me metí a bañar y fue como si el agua se llevara todo el lodo y el horror del monstruo de tres cabezas que acababa de soñar y volviera a estar en una cascada rodeada de mucha belleza. Aunque tenía la cara hinchada, con rasguños, y todo me dolía.

Sonó el timbre.

Era él, Rogelio, mi papá.

Cuando nos vimos, nos soltamos a llorar.

Mi mamá nos dejó ahí y estuvimos mucho rato sentados en la sala, sin decir nada. Como si fuéramos unos aparatos electrónicos que para arrancar tuvieran que esperar a que millones de datos de información cayeran en sus sistemas y se estuvieran conectando nuevamente.

Rogelio comenzó a decir que teníamos que denunciar a la persona que me pegó, que teníamos que ir a levantar una denuncia. Mi mamá le dijo que no. Que fuéramos al médico y que no intentara resolver lo que no había resuelto todos los años que se largó. Iban a comenzar a pelear cuando me levanté de la sala y les pedí que me dejaran en paz.

Que ni siquiera me habían preguntado qué quería yo.

¿Qué quieres hacer? Preguntaron al mismo tiempo, como las esfinges del oráculo de la *Historia sin fin*.

Nada.

Solo quiero que esa persona se desvanezca.

Solo quiero que todo eso pase y ya.

Mau, ven conmigo. Tengo que hablar contigo y contarte lo que ha pasado todos estos años. Ya se me había olvidado que mi papá me decía Mau.

Debe haber otro modo

Llegamos caminando al Helen's. Él dijo que era mi cumpleaños. Pedimos pastel y chocolate caliente. Ya no me acordaba cómo era verme en los ojos de mi papá. Sus ojos, una sonrisa en sus ojos y me desbaraté de alegría y rabia, en una mezcla de dulce amargo que agrada y desconcierta al mismo tiempo. Además pedí unas papas a la francesa. Les puse cátsup y comencé a sopearlas en el chocolate caliente, mientras Rogelio me veía como si estuviera viendo a un extraterrestre y hablaba y hablaba y hablaba.

Qué cosas estaba diciendo este Rogelio que había sido abducido y devuelto desde el espacio exterior esta mañana. Hablaba y hablaba a lo lejos, que si me extrañó mucho todo este tiempo, que si sí amó a mi mamá, a mí qué, es su problema. Y yo queriendo decir, papá, Rogelio, ¿por qué te fuiste?, ¿sabes todo lo que ha pasado desde que te fuiste? Lo mucho que te he extrañado, lo que te necesité. El mundo es horrible. Y tú no estabas, no estuviste. ¿Qué estabas haciendo? ¿Estabas en una plancha donde los extraterrestres hacían experimentos con tu corazón y tu memoria? ¿Tenías una nueva familia extraterrestre con una buena hija extraterrestre que se portaba bien, que no se drogaba a escondidas, que no se enamoraba y que nunca nunca era lastimada por terceras personas? ¿Eso pasaba en tu vida extraterrestre mientras acá todo era un caos? Mientras mi madre enloquecía todos los días por todo a todas horas y sobre todo por mí. ¿Por qué regresaste? Aquí ya nadie

te estaba esperando, menos yo. Y entonces veía cómo le sacaban el corazón en la plancha de los extraterrestres y lo sustituían por unas papas a la francesa. Luego qué, seguía hablando, diciendo cosas estúpidas… Orlando, ¿Orlando, qué? ¿Compañero, novio, pareja? ¿Eso qué? ¿Cómo no dijiste nada? Me llevabas con él, no quiero saber nada de tus cosas, mejor que te lleven los extraterrestres y no vuelvas. Orlando, el que tocaba la guitarra, dices y a mí se me revuelve todo. Sigues borracho y mariguano, seguro. Todo lo que dices lo confirma. Sigo sopeando papas con cátsup y chocolate caliente, mientras tus ojos se hacen cada vez más grandes como los de los extraterrestres que te abdujeron. Ojalá y en la plancha del laboratorio de los extraterrestres encuentren una forma para llamar a todo esto. A mí qué me importa que por tu cobardía y para tapar tus apariencias te hayas quedado con mi mamá. Te odio. De nuevo *El exorcista*. Las papas con cátsup y el chocolate caliente no hacen bien, lo dulce amargo es insoportable. Vomito.

¿Me estás diciendo que eres homosexual? ¿Que te gustan los hombres? ¿Eres maricón, papá? Tú no eres maricón, papá. Tú no eres eso. Tú solo eres mariguano y borracho, como dice mi mamá. O quién sabe, pero no quiero saber nada. Ahora dices, en recuperación. Vomito. Los meseros se asustan y acuden como una parvada de ángeles celestiales a llevarse todo el hedor y horror de tu perorata y de todo lo que me pasa por la cabeza y sale por mi boca. Rompiste todo, qué me importa que ahora estés en recuperación y hayas pedido un café americano y una cocacola, a mí qué me importa que mi mamá te haya odiado tanto y que ese odio lo haya enfocado en mí. A ella también la odio. Los odio a los dos, son lo peor que le ha pasado a mi vida desde el principio. Mientras la parvada de meseros solícitos venía a limpiar danzando en una coreografía encantadora del lago de los cisnes, a mí se me iba saliendo todo el vacío que la ausencia de Rogelio había dejado en mi estómago y en su lugar se llenaba de coraje y ganas de odiarlo todo.

¿Sabes qué, papá?

Vete, preferiría que no hubieras regresado nunca. Te odio.

Los odio a ti, a mi mamá, a sus novios. Los odio a todos.

Aventé el plato de pastel, las papas que quedaban y el chocolate. Me largué a la calle.

Corrí, corrí, corrí. Un hombre asqueroso de traje y corbata que me vio correr me gritó obscenidades que no entendí, pero que me dieron mucho asco. Llegué muy lejos.

Llegué a la estatua de Francisco Villa que está en la esquina de División del Norte y Eje 8.

Pasó tanto tiempo. Casi tanto como una era geológica. Me quedé ahí, cayó un gran aguacero. Tuve miedo de que me partiera un rayo. Lloré hasta quedar vacía de todo el odio, en su lugar quedaron tristeza y vergüenza por todas las cosas horribles que le había dicho a mi papá, por las que le había dicho antes a mi mamá. Estaba asustada y hacía mucho frío. Ya estaba oscureciendo y esta nueva era geológica que comenzaba en una estatua de Francisco Villa cerca de la avenida División del Norte después de un vómito espectacular seguido de la coreografía de la parvada de ángeles celestiales del Helen's la íbamos a llamar el Exorcistaceno.

No quería volver a la casa, me daban vergüenza todas las cosas que les había dicho a mis papás y tener la cara rasguñada.

Entonces, los vi venir hacia mí. Eran mi mamá y Rogelio, estaban juntos, atrás de ellos venían mi abuela y su novio, el novio de mi mamá y el novio de mi papá. Toda esa comitiva de gente rara venía a buscarme. Cuando llegaron mi mamá y mi papá me abrazaron. Toda esa gente rara me estaba abrazando.

Fuimos a casa.

Comimos todos juntos. Mis abuelos, mis papás y mi abuela, con sus novios.

Les conté lo que iba a suceder el lunes, lo de que teníamos que recitar los ríos ante toda la escuela, lo de que nos querían reprobar,

les conté de mis amigas, un poco de lo que pasó con Rudra.

Por primera vez en mucho tiempo pude sentir una mirada cariñosa de parte de mi mamá, una mirada que no me reprobaba, y miré también cómo dejaba de parecerse a una princesa para convertirse en una señora a la que a veces le gustaba fumar.

Hasta miré cómo le daba alegría mirar a mi papá, como amigos.

Dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno

Amaneció chispeando.

A estas alturas solo podríamos decir que todo comenzó en ese departamento a donde mi mamá llegó a gritarme como loca. Luego todo fue cuestión de barril de pólvora y un chispazo que encendió algo que estaba en el aire, el poema de Castellanos, el regreso de mi padre con su novio, los kilómetros de hojas escritos con tinta roja ante los ojos de Fama y Fortuna en la dirección sobre cada uno de nuestros deberes, «debo llegar a tiempo», «debo entregar las tareas», «debo portar el uniforme completo», «debo ser una señorita decente»; además de los copetes podados, las faldas desdobladilladas, las manos con las uñas al ras, y las expectativas de entrar a una prepa o a una escuela donde pudiéramos ser más libres, todo estaba ahí puesto como el servicio de un picnic esperando a las hormigas.

Malena, Ulises, Santos y Gerardo, como los ángeles de *Las alas del deseo* que una vez puse a escondidas, anhelando ver una cosa de pornografía y terminó siendo una película de mucho amor, se colaron a la ceremonia entre los padres de familia invitados. Nosotras, Andrea, Lizbeth y yo, llevábamos todos los ríos del mundo en la cabeza a un evento que no podría decir muy bien qué era: si un auto de la Santa Inquisición que terminaría en una ejecución como la de Diana Salazar, o nuestra primera acción de arte colectiva.

Así que no necesitamos mucho para echar a andar el plan más que una inhalación y una exhalación profunda que disipara todos los pájaros patinadores dando vueltas en las islas misteriosas de nuestras cabezas para que danzaran una coreografía en conjunto. Una inhalación que provocara que las islas dejaran de ser islas y se ordenaran armónicamente en un archipiélago vibrante y activo alrededor de un volcán erupcionando en el Océano Pacífico infinito.

La maestra de ceremonias, su majestad, Dorlina, se alisó el moño de su uniforme de gala y magnificente indicó:

A continuación, escucharemos a algunas compañeras de tercero C que copiaron en el examen y que, gracias a la buena voluntad de nuestras autoridades, recitarán de memoria los ríos del mundo, con lo que obtendrán una nueva calificación para que no las reprueben.

El auditorio como un panal de avispas azuzado, bisbiseo y rumor, padres de familia incómodos, comenzando a crujir de vergüenza por haber sido citados en la escuela para el linchamiento público de sus hijas. En fin, Munra Luz Ramírez tomó el micrófono:

Esta es una lección para las jovencitas a punto de graduarse, para que confíen en que sí se puede hacer las cosas correctamente. Para que sepan que el trabajo colectivo, cuando es en bien de una comunidad es necesario y no cuando sirve para hacer trampa. Que las reglas son para el bien de la comunidad y obedecer es una virtud que debe cultivarse. Estoy segura de que esta es una lección que nunca olvidarán.

Inhalamos y exhalamos profundamente, comenzamos como un coro en el que algunas voces cantantes jalaban a los otros y no nos detuvimos: fluimos:

Los ríos del mundo son agua, el agua es una molécula formada por dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno: alrededor del agua se ha creado la vida. Del agua surgieron las primeras moléculas complejas que dieron paso a formas de vida insospechadas. Somos agua. Fue el océano la matriz de este planeta Tierra. Fue la tierra un cuerpo surcado por venas y vertientes: ríos, lagunas, lagos, arroyos,

inconmensurables bloques de hielo y agua: el Éufrates, el Nilo. Una voz potentísima retumbó de entre los asistentes: era Malena. El cuerpo de cada persona está conformado por setenta por ciento de agua, el de las mujeres pierde una cantidad importante a través del agua y la sangre que fluye en su menstruación, y en el escenario fue deslizándose una suave e higiénica toalla sanitaria gigante, lo suficientemente grande como para una mamífera del tamaño de King Kong. Una toalla sanitaria hecha de toallas sanitarias unidas delicadamente mediante puntadas hechas con hilos de algodón: estaba pintada en bronce dorado y bermellón en sus orillas y en el centro la frase «*debe haber otro modo* de ser». La toalla gigante parecía una vagina o una boca a punto de decir algo. Sobre ella Gerardo proyectó con una máquina de acetatos:

persona
río
mujer
océano
yo
nosotros
en el amar
y confluir
en el mundo
respiración
LIBRES

Ni Munra Luz ni J. Bonilla ni ninguno de los maestros sabía qué hacer. Munra Luz comenzó a gritar por el micrófono que nos detuviéramos. ¡Paren!, J. Bonilla intentó desconectar el proyector de acetatos, pero no lo logró, así que Gerardo pudo proyectar todas las palabras que habíamos planeado.

¡Hija, te amo! Eran Rogelio y mi mamá. Frente a toda la escuela mi padre y mi madre gritaron que me amaban. Otros padres y madres secundaron y gritaron: ¡Te amo! Un coro de te amos invadió el auditorio que comenzaba a anegarse pues al mismo tiempo

comenzó a caer un aguacero estruendosísimo. Miles de te amos se confundieron con las gotas del aguacero golpeando el techo de lámina del auditorio, teamos, granizo y lluvia. En segundos el agua comenzó a desbordarse de las alcantarillas del patio que se anegó como los salones. Nos desparramamos del escenario. Huimos. Padres de familia, maestros, Munra, J. Bonilla, Arrona, entre las aguas huyendo.

Agua pasa por mi casa. Como si el agua se lo hubiera llevado todo dejando una marisma enorme en el patio de la escuela. Con los primeros rayos de sol un destello bronce dorado se reflejó sobre el agua que dejó la tormenta. Llegó la calma o algo parecido, que de alguna manera estaba desviando el curso de los acontecimientos hacia otros modos posibles.

Bronce dorado

Bronce dorado las autoridades nos llamaron terroristas bronce dorado nos enviaron a presentar exámenes extraordinarios bronce dorado hicimos exámenes de ingreso al bachillerato obtuvimos certificados obtuvimos credenciales bronce dorado ingresamos a la prepa al CCH a otras escuelas bronce dorado nos acosaron en el micro la pesera y no nos detuvimos aprendimos a guerrear bronce dorado aprendimos oficios bronce dorado nos equivocamos y lo volvimos a intentar bronce dorado comimos jícamas con chile muchas veces bronce dorado nos amamos con otras personas bronce dorado aprendimos a besar a enamorar a decir esta boca es mía a no claudicar bronce dorado la homosexualidad salió de la lista de enfermedades de la organización mundial de la salud bronce dorado se nos abrieron las cantinas se nos azuzó por todos lados bronce dorado se nos minimizó no somos una no somos tres prensa vendida cuéntanos bien se nos dijo de muchas formas que nos decían cambujas machorras que nos decían salta pa'tras bronce dorado nos dijeron desertoras prófugas del metate lesbianas libais tortilleras desviadas traileras lenchas escuchamos esta es otra manera de estar y estuvimos bronce dorado la inminente tercera guerra mundial afortunadamente sigue sin estallar pero después de Kuwait hubo más guerras y centrales nucleares bronce dorado el Ejército Zapatista de Liberación Nacional bronce dorado salimos a marchar masacres en Acteal en Aguas Blancas bronce dorado la

Huelga de la UNAM bronce dorado Ayotzinapa bronce dorado Fue el Estado salimos a marchar a pintarrajear muchas muchas veces de vestidas de machorras de solidarias con las causas bronce dorado nos emborrachamos y nos fue mal muy mal bronce dorado aprendimos a veces la sobriedad la serenidad el yoga bronce dorado nunca dejamos de cantar bronce dorado teníamos once doce trece catorce quince años bronce dorado nos gustaba bailar bronce dorado éramos fuertes y sin miedo bronce dorado éramos verdes rojas blancas de cabello rizado lacio con tubo en el copete con fleco sin moños con moños bronce dorado bronce dorado bailamos Technotronic y Depeche Mode bronce dorado las de bordados y tejidos bronce dorado las de economía doméstica las de cocina bronce dorado las de estampado bronce dorado las de artes plásticas bronce dorado las de dibujo técnico bronce dorado las de belleza bronce dorado creamos electricidad bronce dorado enseñamos los calzones sacamos las uñas y las pintamos bronce dorado nos hicimos más fuertes bronce dorado lo logramos bronce dorado así con gusto bronce dorado incondicional bronce dorado amigos para siempre amigos y nada más bronce dorado había tartaletas de papa con queso todos los lunes a la salida bronce dorado los bebederos bronce dorado el patio de la higuera los líquenes los musgos los helechos el auditorio bronce dorado Debussy Chopin cada una de nosotras bronce dorado Andrea bronce dorado Lizbeth bronce dorado bronce Bárbara dorado bronce dorado las raperas bronce dorado todas bronce dorado casi veinte años después se legalizó en De Efe poder abortar bronce dorado saquen sus rosarios de nuestros ovarios ante bronce dorado aprendan a Dorlina que está sentada sin hacer estropicios bronce dorado Dorlinas que se multiplicaban *everywhere* en su blanquitud en su defensa de la moralidad bronce dorado premio de la juventud nacional marchas de Dorlinas en defensa de la familia tradicional liga de la leche cuánta blanquitud bronce dorado no había manera de interrumpir oleadas de derechos que convirtieron en *slogans* trastes

rosas etiquetas naranjas chingaderas para no dejarnos pasar agua que no has de beber déjala correr corrimos lejos bronce dorado esto ya lo estoy tocando mañana bronce dorado fuente ovejuna señor bronce dorado luego se disolvió bronce dorado en neón bronce dorado seguía encima una inminente tercera guerra nuclear y Laguna Verde al lado pero no los necesitábamos para hacer lo que teníamos que hacer en la Treinta y Ocho gloriosa bronce dorado luego nos miraron raro bronce dorado pintamos nuestra rareza con lápiz labial el bronce dorado iluminó la secundaria Treinta y Ocho gloriosa y luego la colonia Del Valle la Narvarte la Portales Nativitas hasta llegar a la central de abastos e inundar la ciudad de ese color que rebeló que algo había comenzado aunque no sabíamos qué bronce dorado que siempre haya calzones bronce dorado y luces de colores bronce dorado que sigamos fuertes y que en bronce dorado destellen nuestras palabras y que en bronce dorado dejemos de tener miedo para ponerlo a arder en compañía los jotos con las lenchas están abriendo brechas bronce dorado no siempre estamos solas tenemos compañeros amigos luchas compartidas brillar de todas las maneras posibles acompañadas en bronce dorado nuestro nombre se escribe en las playas y en los cielos que nos colocamos un bronce dorado en la cabeza para alumbrar caminos en bronce dorado llevamos naves buques autos para acompañarnos y movernos lejos muy lejos en bronce dorado estamos en silencio y en grito permanente bronce dorado nos hacemos casita bronce dorado no dejamos de bailar una bolita que sube y que baja bronce dorado bronce dorado escuchamos Patti Smith bronce dorado bailamos descalzas de todos modos bronce dorado Rita Guerrero siempre estuvo ahí bronce dorado comimos pizzas y sincronizadas ensaladas de lechugas nos llamaron lesbianas y lo convertimos en lechugas lenchas bronce dorado enseñamos los calzones y sacamos las uñas bronce dorado avances leves sucesivos reveses bronce dorado no nos dejamos bronce dorado el calentamiento global no cesa bronce dorado recuperar la tierra los suelos limpiar el mar bronce dorado

defender un manantial un cerro bronce dorado derecho laboral bronce dorado miles de batallas que dar y nos valemos juntas bronce dorado eras tú y yo y éramos nosotras y no nos echamos para atrás bronce dorado un aguacero de te amos inundó el auditorio un aguacero de te amos fue suficiente para echar a andar acontecimientos en los que la protagonista eres tú y todas las compañeras bronce dorado esto ya no puede parar chorrea bronce dorado alerta alerta alerta que camina América Latina será toda feminista bronce dorado bronce dorado por las calles vamos cabeza en alto porque aprendimos a llevar el baile y la batuta bronce dorado esto no deja de chorrear llover mojar

Epílogo

Veinticinco años después de aquel 20 de noviembre de 1990, a 7 216 km de la avenida Coyoacán de la Ciudad de México hacia el noroeste, en el centro de Kalaallit Nunaat, una Madelwoman esquimal instala una estación polar desde donde monitorea el derretimiento de los polos, el desgaste de la capa de ozono e intenta dilucidar qué tendría que hacer la humanidad para que el mundo siga siendo habitable para todas sus especies y la única respuesta posible es dejar de ser lo que hasta ahora ha sido. Solicita a un asistente virtual que ponga la salsa más hermosa del mundo de acuerdo con Lizbeth… mientras se pinta los labios en bronce dorado y comienza a bailar con todos los compañeros de la estación que justo esa mañana han recibido un paquete de labiales indelebles bronce dorado.

Esta boca es mía.

Agradecimientos

Esta historia comenzó en el auditorio de una escuela pública, laica y gratuita; por ello estoy muy agradecida con todas las personas que me han acompañado en este sistema educativo; especialmente la maestra Carmelita, la maestra Ceballos, las profesoras y profesores del CCH Oriente, a mis tías las maestras y a todas las personas que, de una o de otra manera, brindan sus saberes y experiencias para transmitir humanidad.

A mis padres siempre, Maricha y Guerrero.

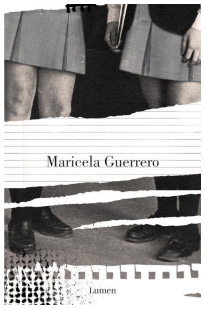
A todas las personas con quienes he conversado sobre este proyecto. A mis colegas del Ranchito con quienes tallereamos este libro y muchos poemas; especialmente a Daniela Tarazona, quien me dio el empuje para darla a conocer.

A Johanna Schwering, quien además de ser una traductora espléndida, leyó el primer borrador de esta historia dándome sus sugerencias y anotaciones para que este libro encontrara su forma.

A Nayeli García, quien junto con el equipo de la colección Lumen ha estado al cuidado de la edición de este libro.

Este libro se terminó de escribir durante la pandemia de covid. Después de mi contagio, se crearon las condiciones para lo que llamé la Residencia Corona, pues del Archivo Cacique Zombi Vampiro tuve veinte días de incapacidad en los que mis hijos estuvieron al cuidado de su padre y de los míos. Los primeros diez días estuve en recuperación; al decimoprimer día, sin otra tarea ni obligación más

que mi recuperación, escribí frenéticamente la segunda mitad de la novela; cada tarde mis padres me traían de comer y mi mamá se quedaba a platicar veinte minutos al otro lado de la sala. Por lo que estoy infinitamente agradecida con las condiciones que se acomodaron para que por diez días pudiera solo dedicarme a escribir esta historia sin tener que preocuparme ni por el menú.



Maura estudia el tercer año de secundaria en la diurna número Treinta y Ocho del Distrito Federal mientras su vida atraviesa un terremoto de dimensiones planetarias: papá se fue de la casa y en la escuela cancelaron el viaje de fin de cursos. Sin embargo, ella se las arregla para que en sus cuadernos quepan, organizados por colores, la composición celular de las plantas, los ecosistemas de la Tierra y la Guerra del Golfo Pérsico.

Son los años noventa: para la mayoría, el internet aún es un mito, el desprendimiento de glaciares una funesta promesa y la familia una institución que se tambalea. Pero en medio de la catástrofe en la vida de Maura se levanta, como un íntimo Taj Mahal, la Plaza Universidad con las malteadas del Helen's; también las jícamas con chile del tianguis, las aventuras que imagina para su Madelman esquimal y el bilé color bronce doradocompartido con sus amigas.

Y algo más. Algo irresistible. Un sentimiento nuevo, pegajoso y deslumbrante, que llegó junto con una inesperada mancha en la falda blanca de deportes. Y un nombre: Rudra, la del salón E; Rudra, la que grita cosas insensatas en las ceremonias escolares; Rudra, la que visita con ella el Kilimanjaro en sus ensoñaciones; Rudra, la que ¿algún día leerá esta historia?



Maricela Guerrero (Ciudad de México, 1977) es poeta e investigadora. Desde el kínder hasta la maestría en Letras Latinoamericanas por la UNAM se ha formado en escuelas públicas, su obra se enraíza en una sensibilidad crítica que entreteje las luchas de la clase trabajadora con las formas vivas de la naturaleza. Su escritura dialoga con lo orgánico, lo común y lo colectivo, desde una mirada poética que busca nuevas maneras de habitar el lenguaje y el mundo. Es autora de diez libros de poesía, entre ellos *El sueño de toda célula*, *Distancias. de los caprichos de tu corazón* y *A río revuelto*. Su obra ha sido traducida al inglés, alemán, italiano, holandés, entre otros idiomas. Desde 2018 es integrante del Sistema Nacional de Creadores. En 2023 fue escritora residente del International Writing Program de la Universidad de Iowa y de la Universidad de Stockton en Nueva Jersey. Ha participado en festivales literarios nacionales e internacionales, como Berlín, Colonia, Rotterdam y Poesía en Voz Alta. Ha impartido clases, talleres y seminarios en instituciones como la UNAM, la Universidad de Brown y la Universidad de Iowa. *Bronce dorado* es su primera novela

y, como su poesía, nace desde las grietas del asfalto y la memoria, donde lo vegetal y lo humano persisten en su dignidad.



Bronce dorado

Edición en formato digital: noviembre, 2025
D. R. © 2025, Maricela Guerrero

D. R. © 2025, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o

préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: PENDIENTE

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

Índice

Inscripciones
Rudra
Cuando íbamos en segundo
Jícamas con chile
Munra, el inmortal
Y si Adelita se fuera con otra
Playa con palmeras
No se trata de una película de Walt Disney
La fortuna sonríe a los audaces
Fama y Fortuna
Azul de metileno
Taj Mahal
Brócoli
Antihistamínico
Incumbencia
Pájaros en la cabeza
Exposición
Una célula que explota
Rumba, samba, mambo
Debe haber otro modo
Dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno
Bronce dorado
Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Inscripciones
Rudra
Cuando íbamos en segundo
Jícamas con chile
Munra, el inmortal
Y si Adelita se fuera con otra
Playa con palmeras
No se trata de una película de Walt Disney
La fortuna sonríe a los audaces
Fama y Fortuna
Azul de metileno
Taj Mahal
Brócoli
Antihistamínico
Incumbencia
Pájaros en la cabeza
Exposición
Una célula que explota
Rumba, samba, mambo
Debe haber otro modo
Dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno
Bronce dorado
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos